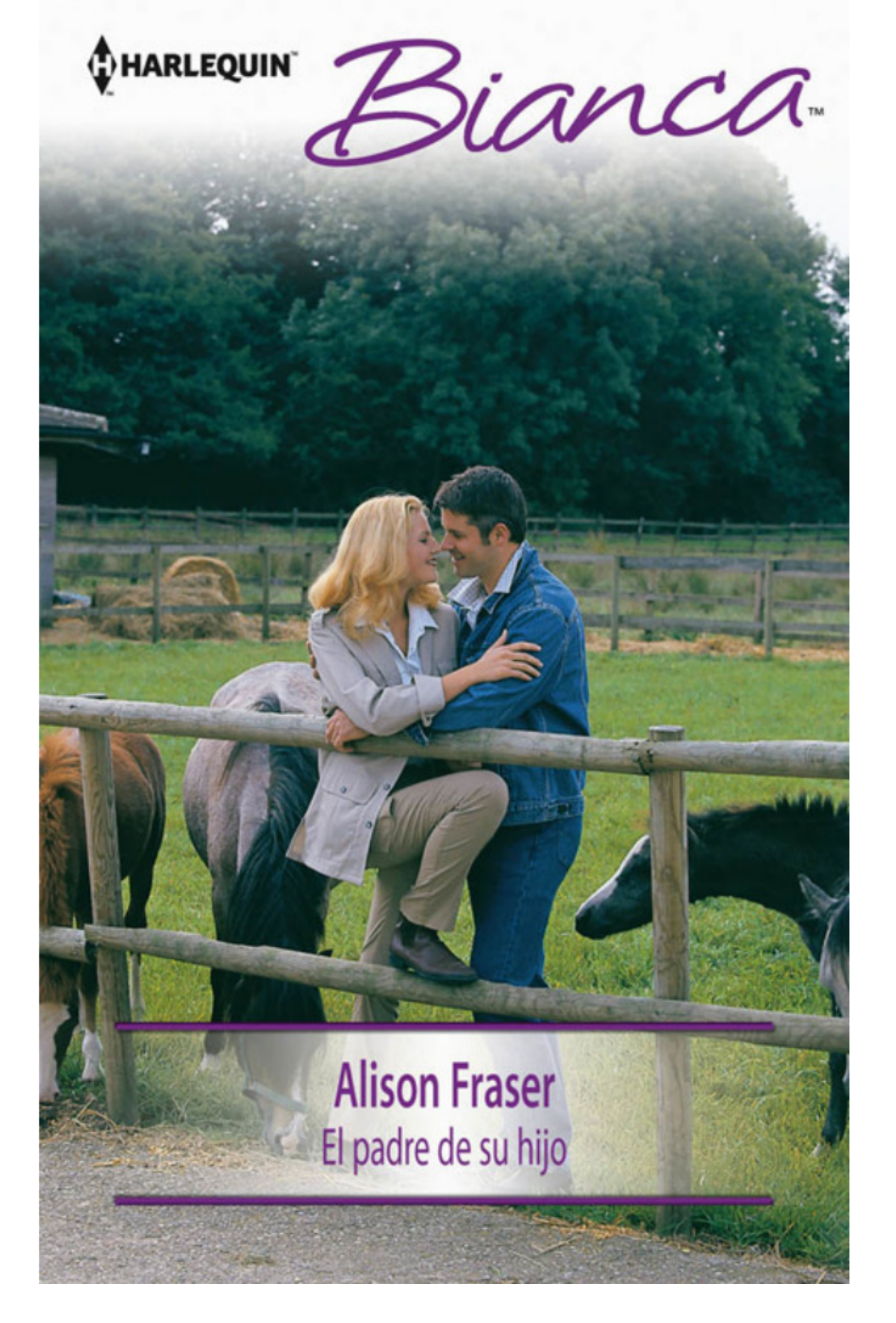

HARLEQUIN
Bianca
Alison Fraser
El padre de su hijo

El padre de su hijo
Alison Fraser

El padre de su hijo (2002)
Pertenece a la temática Amante para un millonario
Título Original: The mother and the millonaire (2002)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1350
Género: Contemporánea
Protagonistas: Jack Doyle y Esme

Argumento:

Jack Doyle había regresado a Highfield Manor convertido en millonario… y como nuevo propietario de la mansión que había pertenecido a la familia de Esme durante siglos…

Vivir junto al hombre al que una vez había amado con todo su corazón iba a ser muy duro para Esme. Pero lo que más la preocupaba era que Jack descubriera el secreto que ella llevaba años ocultándole: él era el padre de su pequeño.

Capítulo 1

Era uno de esos momentos que te cambian la vida. Al menos para Esme. Abrió la puerta, y allí estaba él. Algo mayor, claro. Mejor vestido, con traje oscuro y corbata de seda. Pero, en esencia, el mismo.

—¿Midge? —sonrió él a medias, sin estar seguro de que fuera ella. Ella estaba anonada. Era como si él regresara de entre los muertos—. Soy Jack Doyle —se identificó.

No era necesario. Alto como una torre, metro ochenta y cinco, cabello oscuro y ojos grises. Pómulos salientes y una sonrisa maliciosa. No era fácil de olvidar.

Ella intentó centrar sus ideas, pero solo consiguió tartamudear:

—Yo… yo…

Toda su compostura, cultivada durante diez años, echada por la ventana. Volvía a ser la torpe adolescente, regordeta y con el horrible apelativo de *Midge*.

No podía hablar. Y eso era una ventaja, porque le habría dicho: «¡Vete! Ahora tengo una vida propia».

Y él no lo habría entendido.

Él aprovechó su silencio para hacer inventario y examinarla. Desde el cabello rubio y la cara fina hasta la esbelta figura, piernas inclusive.

—¡Quién iba a pensarlo! ¡La pequeña Midge ya es mayor! —su tono era juguetón, pero no de burla.

Midge, es decir, Esme, que así se llamaba, lo sabía, pero no conseguía parecer coherente.

—Ahora, nadie me llama así —dijo por fin—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Era una frase cortés para enmascarar su condescendencia hacia él.

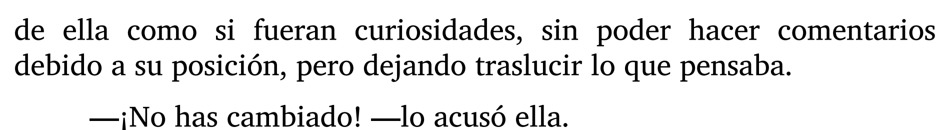
Doyle se dio cuenta. Siempre había sido ágil de mente. Excepto en lo que concernía a Arabella, la hermana de Esme.

—Da miedo —comentó él.

—¿Qué? —preguntó Esme, sin poder evitarlo.

Él sonrió, como si se riera de algo.

Esme recordaba esa sonrisa. Jack Doyle observando a la familia


de ella como si fueran curiosidades, sin poder hacer comentarios debido a su posición, pero dejando traslucir lo que pensaba.

—¡No has cambiado! —lo acusó ella.

—Tú sí —replicó él—. La dama de la casa señorial.

Esme se indignó, pero no quiso discutir.

—Mejor que no tener modales —contestó.

Él pareció sorprendido. Podría ser el hijo de la cocinera, educado en la escuela pública, pero Jack siempre había sabido comportarse. Entornó los ojos antes de responder:

—Pronto sabrás cómo es. Ya que no tendrás casa… —él había oído que la casa estaba en venta.

—¿Estás bromeando?

—No.

No parecía una broma, pero hacer comentarios crueles no era una faceta de él que Esme recordara.

—¿Está tu madre? ¿O debo decir su señoría?

—No, no debes. Mi madre volvió a casarse.

—Claro. Y por eso perdió el título. Pobre Rosie, eso debe de haber sido un trauma para ella —y lo había sido. Por eso había tardado en volverse a casar—. ¿Está o no?

—No.

—¿Y Arabella? —preguntó con desinterés.

Esme no se dejaba engañar. Jack nunca sintió desinterés por Arabella.

—Tampoco. Está en Nueva York. Con su marido.

—¿Vive allí?

—De momento.

No era mentira. Arabella estaría allí por algún tiempo. Y estaba con su marido. No era necesario decirle que los dos estaban cara a cara en un tribunal de divorcio.

—Bueno, me encantaría charlar un rato, pero estoy esperando a alguien.

—Sí, lo sé —replicó él con expresión divertida.

Esme tardó un poco en reaccionar.

—¿Eres el hombre de Jadenet?

—Sí soy yo —asintió Jack. Ella siempre le había gustado. Era lo mejor de los Scott-Hamilton. Y estaba mucho más bonita, incluso bella, pero se parecía más a su madre—. Telefonea a la inmobiliaria —sugirió—. Comprueba mis credenciales, si quieres.

Le ofreció el teléfono móvil.

Esme lo ignoró.

—¿No tienes ni idea, verdad? —lo acusó.

—Es obvio que no.

—¿Sabes cuántos años hace que los Scott-Hamilton viven en esta casa? —preguntó Esme con arrogancia.

—No me lo digas. ¿Desde la Carta Magna?

Esme no sabía bien cuándo había sido eso, pero estaba claro que él se reía de ella.

Siempre lo había hecho, solo que en el pasado había sido con cariño.

—¿Qué importa? No lo comprenderías.

—Por ser de clase campesina, ¿quieres decir?

Esme deseó no haber dicho nada. Estaba dando la imagen de una esnob, y no lo era. Jack la había desconcertado.

—No he dicho eso.

—No hacía falta. Ya sabes lo que tu familia pensaba de mí. Lo oí de buena fuente, ¿lo recuerdas? —Esme se sonrojó. Claro que se acordaba. Tenía sus propios recuerdos de ese día—. Siempre pensé que tú eras diferente, Midge.

Esme quería decir que sí, que lo era y que lo seguía siendo. Pero estaba más segura sin decir nada.

—No me llames Midge —fue todo lo que pudo decir—. Ya no tengo diez años.

—No —Jack dijo con énfasis, fijándose en su cuerpo esbelto, piernas largas, y la forma del pecho y las caderas—. Eso puedo verlo.

Casi la había desnudado con la mirada. Qué ironía. Diez años antes soñaba con que él la mirara de esa forma, y en ese momento la incomodaba.

—Papeles —dijo ella con hostilidad—. Supongo que traerás papeles.

—¿Papeles?

—Algo que demuestre que tienes una cita para visitar la casa.

Jack tensó los labios. ¿Quién se creía que era su alteza Scott-Hamilton? Y ¿quién creía que era él? Sacó una tarjeta de la cartera y se la tendió con una sonrisa. Esme la tomó, pero sin sus gafas apenas la podía leer.

—Si quieres te la leo —sugirió él.

Esa vez su tono era menos sarcástico.

—No soy tan tonta, ¿sabes?

—¿Acaso he dicho algo así, Mi… Esme? Solo que recordé que antes usabas gafas para leer.

Esme miró la tarjeta hasta que las letras quedaron enfocadas.

Jack Doyle

Director Gerente

J.D. Net

No se molestó en mirar el resto. No era Jadenet como había dicho su madre. Y ¿qué más había dicho sobre el posible comprador? Que era un empresario de internet estadounidense con muchos dólares. O no se había enterado de quién era, o era demasiado orgullosa para admitir la verdad.

—¿Sabe mi madre que J.D. Net eres tú? —preguntó con brusquedad.

—Es posible que no —dijo él encogiéndose de hombros—. No concerté yo mismo la cita.

No, claro. Él tendría lacayos que lo hicieran. «Id a comprar la casa de mi niñez», les habría dicho. No era la casa de su niñez la que estaba en venta. La casita en la que él había vivido era la que no se vendía. Ella suponía que él ya lo sabía.

—Será mejor que entres —dijo ella y le hizo seña de que la siguiera.

La casa estaba casi vacía. Su madre había subastado casi todos los muebles. También había intentado hacerlo con la casa, pero no obtuvo el precio deseado y por eso la había puesto en venta.

Jack examinó con detenimiento toda la casa. Evaluaba y medía todas las habitaciones. Por fin llegaron al comedor. Allí se detuvo. La

sala estaba vacía y Esme se preguntaba si Jack recordaría la noche que él había entrado buscando a Arabella. Esme estaba sentada en un extremo de la mesa y Rosalind Scott-Hamilton en el otro. Arabella no estaba. Había dejado a su madre para que actuara de intermediaria. Y Esme había sentido mucha vergüenza ajena.

Volvió a la realidad cuando él le dijo:

—Me gustaría echar un vistazo arriba.

Esme le dio permiso con un gesto. Pensó que debía esforzarse en resaltar lo bueno de la casa, pero no podía. No a Jack.

Jack comenzó a subir las escaleras y ella lo siguió. Cuando llegaron al rellano Esme le preguntó:

—¿Siempre ambicionaste volver y comprar esta casa?

—Veo que no ha cambiado tu gusto como lectora.

—No sé qué quieres decir —dijo Esme perpleja.

—¿*Jane Eyre*? ¿O era *Cumbres Borrascosas*? Esa en que el burdo mozo de cuadra regresa rico para vengarse de la familia…

—*Cumbres Borrascosas* —contestó ella.

Él señaló hacia afuera, a los jardines y campos abandonados, el laberinto y el pequeño lago.

—No es exactamente Heathcliff, ¿verdad? No creo que pueda oír a Cathy llamándome —dijo en tono de burla.

Esme sabía cómo borrarle la sonrisa.

—¿Quieres decir Arabella?

—¿Arabella? —frunció los labios—. ¿Quieres decir el Gran Amor de mi Vida? —Esme no esperaba que fuera tan franco, ni que a ella le doliera aún que prefiriera a su hermana mayor—. Siento decepcionarte, pero ha llovido mucho. He tenido al menos dos o tres grandes amores desde entonces.

Su tono era burlón y Esme le contestó de forma similar, escondiendo sus verdaderos sentimientos.

—Cuánto me alegro por ti. Y por ellas, claro.

¿Qué más podía hacer? ¿Decirle lo mucho que había sufrido mientras él se divertía? Y no sería cierto. Ella y Harry eran felices.

Jack se quedó cortado. La nueva Esme tenía zarpas afiladas.

—Tomaré eso como un cumplido.

—Yo no lo haría —murmuró Esme.

Jack hizo caso omiso del comentario y quiso aclarar las cosas.

—De todos modos, es pura coincidencia que queramos comprar este sitio —«¿queramos?», pensó Esme—. Necesitamos una base cerca de Londres. Sussex está bien situado en relación al continente y Highfield es una de las tres posibilidades que nos ha dado la agencia inmobiliaria. La que preferíamos se vendió antes de que pudiéramos optar a ella y la otra no tiene permiso para uso comercial. Eso nos deja con Highfield.

Parecía como si se resignara a su querida casa de estilo georgiano, una de las mejores del condado.

—No te preocupes. Al menos tiene algo a su favor.

—¿Qué?

—Siempre puedes decir que es tu heredad, y así impresionar a los otros nuevos ricos, amigos tuyos.

Esme había ido demasiado lejos, pero no le importó.

Quería hacer tambalear su confianza en sí mismo. Herirlo como él la había herido, aún sin saberlo. Porque Jack no tenía ni idea de lo mucho que había llorado por él.

Jack no sabía cómo reaccionar. El perrito de peluche se había convertido en un Rottweiler que guardaba su propiedad. Solo que ya no sería suya por mucho tiempo, tanto si él la compraba como si no. Pensó que en efecto parte del encanto era que Rosalind Scott-Hamilton descubriera que el comprador de su mansión era el hijo de la cocinera. Pero no era parte del plan y, si no era adecuada, no la compraría.

—Puede que tengas razón —replicó con sequedad—. El escudo de armas sobre el dintel de la puerta y mi retrato sobre la chimenea. ¿Qué te parece? —parecía que él se estaba burlando otra vez—. Si quieres, te lo encargo a ti.

—¿A mí?

—Si no recuerdo mal, tú eras una artista.

—Eso era antes.

—¿No hiciste la carrera de arte?

Esme había querido hacerla, pero la realidad era otra.

—No. Hice otras cosas —contestó cortante, sin aclarar más. Jack supuso que habría seguido el camino de su hermana, colegio privado,

puesta de largo… Sería por eso que había cambiado tanto—. ¿Quieres ver las otras habitaciones?

—Tú quieres vender la casa, ¿no?

Ella se sonrojó. No quería venderla, pero tenía que hacerlo.

—Lo siento. No estaba segura de que aún te interesara.

—Si no la veo toda, no me interesa.

—De acuerdo —y prosiguieron examinándola.

Las habitaciones estaban vacías y deterioradas. Solamente quedaban muebles en su antiguo cuarto.

—Este era tu dormitorio —adivinó él al ver los libros de la estantería. Ella asintió—. ¿Aún vives aquí?

—No —contestó Esme—. No quedará nada para cuando la casa se venda.

—¿Dónde vives ahora?

—En el barrio.

—¿Estás casada? —añadió él con curiosidad.

—¿Con quién podría estar casada? —contestó ella contrariada.

—Bueno… Estaba ese chico —repuso Jack con una sonrisa—, de una de las fincas cercanas. Solías montar a caballo con él. Tenía el pelo rubio, y varios hermanos.

Esme sabía en quién estaba pensando, pero no dijo nada. No había tenido un romance con Henry Fairfax.

—Jack, has estado fuera casi diez años. ¿Crees que la vida del resto del mundo se ha detenido?

—Tienes razón. Pero es cierto que, cuando no ves a la gente durante un tiempo, su imagen se queda congelada.

Tenía razón. Hasta ese mismo momento, la imagen de Jack había permanecido en su mente como la de su primer amor, un joven al que idolatraba, pero que no la correspondía.

Y allí estaba él, demasiado real, y suscitando resentimientos que no habían aflorado hasta entonces.

—¿Y a qué se dedica la nueva Esme? —preguntó él sonriendo.

Quizás lo preguntaba con verdadero interés, pero a Esme le parecía que no. Nunca se había fijado en ella cuando Arabella estaba presente.

—A arreglar casas —contestó ella.

—¿Arreglar? —repitió él dudando—. ¿Cómo qué, exactamente?

Esme lo miró de reojo. Algo en su expresión indicaba que realmente creía que la familia había caído muy bajo.

La idea la divirtió. Lo suficiente como para seguirle la corriente.

—Por lo general, ¿cómo se arregla una casa?

—¿Las limpias? —preguntó él, incrédulo.

En realidad las decoraba, pero estaba disfrutando de la confusión y no lo dijo.

—¿Te parece mal?

—No. Claro que no —su propia madre, aunque oficialmente era la cocinera, había limpiado en la casa de los Scott-Hamilton—. Solo que nunca te he imaginado haciendo ese tipo de trabajo.

—Así es la vida —sentenció Esme—. Yo tampoco te imaginé como un importante hombre de negocios.

—Tampoco es eso —negó él—. Diseño y vendo páginas web. Da la casualidad que ahora el dinero está en eso.

No era falsa modestia. Esme lo sabía. Jack nunca había exagerado sus logros. Había sacado el bachillerato y la universidad con sobresalientes; pero, seguro de su capacidad intelectual, nunca había sentido necesidad de vanagloriarse.

Fue al padre de Esme a quien se le ocurrió que hiciera de tutor de Esme. Hasta entonces, el hijo de la cocinera había trabajado en los establos, o en la granja. Pero, con su cerebro, seguro que sería mejor emplearlo ayudando a Esme.

Había sido una idea loca. Un chico de diecisiete años, por muy inteligente que fuera, ¿cómo iba a poder ayudar a una niña de once en lo que había fallado la cara escuela a la que asistía?

Pero había funcionado. Él había sido el primero en darse cuenta de que Esme podía recordar cualquier cosa que se le enseñara verbalmente, podía hablar sobre casi cualquier materia, y solo perdía capacidad cuando se enfrentaba a un papel. Él había sugerido que podía tratarse de dislexia, y las pruebas habían demostrado que estaba en lo cierto.

—¿Y el dinero es tan importante? —preguntó ella por decir algo.

—Lo es cuando no se tiene —respondió él. Ella no se lo discutió. Sabía que hablaba por experiencia. La madre de Jack había muerto de

cáncer y no le había dejado nada más que el dinero para el funeral. Jack estaba mirando por una ventana trasera hacia donde estaba la casita en la que él y su madre habían vivido años atrás—. Tengo entendido que la casita está alquilada.

A Esme se le hizo un nudo en el estómago pero mantuvo la calma.

—Sí, lo está. ¿Sabías que no forma parte de lo que está en venta?

—No lo sabía. Las condiciones particulares no lo mencionan —Esme miró la carpeta que Jack tenía en la mano. Fiándose de lo que su madre le había dicho, no había leído los detalles del texto de la inmobiliaria—. No entiendo cómo puede estar excluida, considerando que está en mitad de la finca.

—¡Pues lo está! —rebatió Esme con una seguridad que no sentía.

Jack se encogió de hombros sin querer discutir.

—Quizás sea por eso por lo que tenéis dificultades en venderla. La gente compra este tipo de fincas para tener intimidad.

—¿Quién ha dicho que tenemos dificultades para venderla?

—El hecho de que la finca haya estado en venta durante más de un año. ¿Acaso se trata de inquilinos a quienes no se puede desalojar?

—¿Por qué? —Esme no tenía ni idea de lo que ella era.

—Porque si estás preocupada por no poder echarlos, hay métodos para hacerlo.

—¿Métodos? —Esme abrió los ojos—. ¿Qué quieres decir exactamente?

—Pues se les puede mandar un par de matones para intimidarlos —Jack adivinó lo que ella pensaba—. O se les puede ofrecer una suma generosa para ayudarlos a trasladarse. Personalmente, prefiero la segunda opción. Me parece algo más civilizado.

Le estaba tomando el pelo otra vez y Esme volvió a sentirse como la niña que llamaba Midge, a quien él siempre hacía rabiar con dulzura y que había terminado adorándolo.

Pero en ese momento no le parecía dulce sino condescendiente.

—La casita no está en venta —repitió ella.

Él no se dejó impresionar.

—Veremos lo que dice tu madre, suponiendo que yo esté

interesado.

—¿Vas a hablar con mi madre? —dijo ella sorprendida.

—¿Hay alguna razón por la que no deba hacerlo? —¿estaba bromeando? Esme podía pensar en alguna, pero no iba a decirla—. A menos que tú creas que no es conveniente.

—Bueno… —ella hizo una mueca—. No os despedisteis de la mejor manera.

—No. No lo hicimos, ¿verdad? —sonrió él al recordarlo—. ¿Qué dijo? —ella se acordaba muy bien, pero no iba a ayudarlo—. Ah, sí… Algo así como que, aunque tuviera un título de Oxford, el hijo de la cocinera no era un pretendiente adecuado para sus hijas.

Esme se estremeció al oírlo. Habían transcurrido casi diez años. Ella estaba en el comedor y se había quedado perpleja ante la crueldad de su madre, viendo cómo a Jack le subían los colores, hasta que por fin el orgullo lo hizo reaccionar.

Nunca había visto a su madre tan anonadada. Claro que nadie la había llamado vaca idiota, malvada y engreída.

En realidad la respuesta había sido bastante moderada, teniendo en cuenta la furia que su madre había despertado en él.

Su madre se había quedado sentada, con la cara congestionada, mientras Arabella se reía divertida.

Había sido mucho más de lo que Esme podía soportar.

—De todos modos, hubo alguna compensación —añadió él entre dientes, pero lo bastante fuerte como para que Esme lo oyera. Ello lo miró a los ojos, pero tras unos instantes desvió la miraba porque se sonrojaba.

Una noche con la hermana equivocada. Una especie de premio de consolación. La conducta de él podía justificarse. ¿Pero la de ella?

Esme acalló los recuerdos adoptando una actitud brusca y profesional.

—Habla con mi madre, si quieres. Ya has visto todas las habitaciones menos los áticos y las cocinas. ¿Quieres verlos?

—No especialmente. Ya tengo las dimensiones del ático y puede que conozca la disposición de las cocinas mejor que tú, señorita Esme.

Parecía bromear, pero no engañaba a Esme. Su tono delataba amargura y tenía razón.

—Seguro —dijo ella, y se dirigió hacia la magnífica escalera.

La voz de él la detuvo.

—¿No sería más fácil atravesar las cocinas para ver las otras dependencias?

—¿Quieres verlas? —estaba segura de que él también conocía la parte trasera.

—Ver en qué estado están —confirmó él—. Los establos no estaban en muy buen estado cuando los vi por última vez.

Podía haber sido un comentario inocente. Quizás solo ella recordaba los detalles exactos de dónde y de cómo.

Se sintió molesta y avergonzada y se giró para que él no lo notara, caminando erguida y tensa.

Él la seguía, preguntándose por qué se habría disgustado y repasando todo lo que le había dicho.

Esme lo guio hacia el patio trasero, que estaba en bastante mal estado, lleno de hierbajos y basura. En un rincón estaba el coche de Esme, viejo y aparentemente abandonado. La pintura roja del garaje y de los establos estaba desconchándose.

Jack estuvo muy discreto y no hizo ningún comentario mientras medía y evaluaba lo que habría que reconstruir.

Esme permanecía callada. Se suponía que debía de intentar vender la casa, pero no creía que él la fuera a comprar.

Llegaron al cuarto de aperos, pero estaba cerrado.

—¿Tienes la llave? —preguntó él.

—No. Está en… —iba a decir la casita, pero paró a tiempo—, la casa, en alguna parte —lo que intentaba era no mencionar la casita donde él había vivido y donde ella vivía con Harry.

Él se encogió de hombros y entró en el granero. Esme no lo siguió, temerosa de que hiciera alguna alusión al interludio amoroso que habían tenido años atrás. Una pasión improvisada alimentada por una botella de whisky.

Se sonrojó al recordarlo. Se sentía como si hubiera vuelto a la niñez.

La Remolacha, era uno de los nombres que Arabella le había puesto. Y ella se avergonzaba mucho cuando la llamaba así delante de la gente. En realidad había pasado mucha vergüenza durante su niñez, y en ese momento, delante de un fantasma del pasado, volvía a sentirla.

No más. Pensó que no iba a quedarse allí esperando a ver si el señor Jack Doyle decidía hacer alguna insinuación sobre el pasado. Regresó a la casa y lo dejó solo. Entró en la cocina y abrió el frigorífico para tomar un refresco. Solo había vino blanco, y tónicas para acompañar a la botella de ginebra que estaba en un estante. Ginebra y tónica era lo que su madre tomaba. Tiempo atrás, en demasía.

Esme se sirvió una tónica con hielo y estaba dando un trago cuando entró Jack. Él la miró y luego miró la botella de ginebra. Esme adivinó lo que él pensaba. Decidió ser valiente.

—¿Quieres beber algo?

—Es un poco pronto para mí —contestó él—. Pero no te cortes.

—No me corto —murmuró Esme sin querer negar lo que él no iba a creer.

—¿Desde cuándo bebes?

Esme alzó la vista a tiempo de ver la expresión de desaprobación y de lástima de la cara de él.

Ella miró ostensiblemente el reloj.

—Desde hace tres minutos y veinticinco segundos.

—Quería decir en general.

—Lo sé —replicó Esme con una mueca.

—¿Y entonces?

¿Qué esperaba? ¿Una confesión sincera y completa? «Me llamo Esme y soy alcohólica».

—Solo para que conste. Esto es tónica pura —el descaro de él la hizo arriesgarse—. Pero tomé mi primera bebida de verdad cuando tenía dieciséis años. Fue whisky. No recuerdo bien quién me lo dio.

Claro que se acordaba, pero se preguntaba si él se acordaría.

La expresión en los ojos de Jack cambió. ¿Culpabilidad? ¿Desagrado?

Él no abandonó el tema.

—Tenías diecisiete años.

No era que fuera pedante. La edad era importante, y por eso ella le había mentido.

—En realidad solo dieciséis y un par de semanas.

—Tú me dijiste…

—¿Acaso importa? Tú estabas borracho. Yo estaba borracha. Y los dos queríamos vengarnos de mi madre. Fin de la historia.

Esme sabía que estaba siendo brusca, pero eso era mejor que sonrojarse.

Jack soltó una carcajada. Se sentía aliviado. Siempre se había sentido culpable por la forma en que había utilizado a la hermana pequeña de Arabella, pero parecía que la había subestimado.

—No hay nada como decir las cosas como son —comentó—. De todos modos, tú eras la más honrada del montón… ¿Sin rencores? —se acercó a ella, tendiéndole la mano. Esme se quedó mirándolo y se apartó de él con evidente disgusto. Él no esperaba esa reacción. Lo había tratado como a un paria, pero no era justo. En efecto, ella era muy joven, quizás demasiado, cuando hicieron el amor aquella vez. Pero ella lo había deseado. Y mucho, según él lo recordaba. Él retiró la mano—. ¿No es demasiado tarde para que me trates como a un intocable?

—Vale más tarde que nunca —replicó Esme y trató de alejarse de él.

Él la agarró por el brazo.

—Si lo que quieres es que me disculpe, me disculparé. Sentí mucho, siento mucho la forma en la que te traté.

Jack parecía sincero y Esme se sintió desarmada. Se le encogió el estómago al sentir la mano de él sobre su piel. Se preguntaba en qué momento su amor se había convertido en odio. ¿Durante esos diez años? ¿O en ese preciso momento?

—No quiero nada de ti —sentenció Esme con desdén—. Así que si me sueltas, te acompañaré a la puerta —Jack estaba desconcertado. Ella no aceptaba sus disculpas, había atribuido su breve relación a la borrachera, y sin embargo estaba tan enfadada que temblaba—. ¡Suéltame! —ordenó tratando de zafarse.

Jack la sujetó más fuerte.

—Aún no. Primero explícame qué te pasa.

—¿Explicarte?

—Hace diez años nos despedimos de manera más íntima. De acuerdo, en que fue con la ayuda de un whisky algo fuerte. Desde entonces no nos hemos visto ni hablado a excepción de una carta sin contestar. Y ahora me tratas con desprecio. Puede que yo sea lento de

entendederas, pero creo que me he perdido algo —y Esme también. ¿Una carta sin contestar?—. O se trata de la diferencia de clases sociales —ella continuaba callada—. Nosotros los mozos de cuadra estamos bien para una sesión rápida sobre el heno, pero no para entrar en la gran casa…

—¡Eso es ridículo! —consiguió decir Esme. Ella nunca había sido una esnob.

—¿Lo es? —la retó él.

—¡Sí! Para empezar, tú nunca fuiste un mozo de cuadra. Es cierto que alguna que otra vez limpiaste los establos para ganar dinero de bolsillo, pero muy a menudo conseguías que lo hiciera yo. Palear excrementos de caballo era un trabajo demasiado bajo para el señor Cerebro Doyle.

—De acuerdo. A lo mejor no era un mozo de cuadra, pero estaba lo bastante abajo en la escala social para que me miraras por encima del hombro.

—No es cierto —protestó convencida—. En todo caso, el condescendiente eras tú. Pobrecita estúpida y fea Midget, vamos a hacerle un par de caricias y a ser amable con ella. Eso, cuando no me tratabas como si fuera invisible, claro.

—No recuerdo nada de eso.

—¡Cómo ibas a recordarlo!

—Yo nunca insinué que fueras fea ni estúpida.

—No hacía falta —lo acusó ella—. Era obvio. Y además, lo era.

—No, no lo eras —Jack la miró consternado como si dudara de que estuviera bien—. Eras bonita y divertida, y…

—¡Déjalo! —lo cortó Esme—. Ya estás otra vez acariciándome y no lo necesito. Estoy satisfecha de mí misma y de mi vida. Solo estaba señalándote que si no dejo que me des coba no es por la clase social en la que hemos nacido.

—¿Acariciándote? —le alzó un brazo con la mano—. ¿Esto cae en la categoría de acariciar?

—No cambies de tema —contestó Esme.

—Lo siento, pero creo que me he perdido algo. Si esto es lo que tú consideras acariciar, debes de tener una vida privada muy aburrida. Si hubiera hecho esto —la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí—, o esto —levantó el otro brazo y con la mano le acarició la mejilla—, tendrías razón.

Jack se había movido con tanta rapidez que Esme no pudo reaccionar hasta que él ya la había soltado.

Ella se quedó con el corazón palpitante, y llena de rabia que no pudo contener; le dio una bofetada con tanta fuerza que la palma de la mano le dolió.

Esme vio horrorizada cómo la mejilla de él enrojecía. Nunca le había dado una bofetada a nadie, ni tampoco había sentido ganas de hacerlo. Era un instinto básico y primitivo. Como el sexo.

Y como la reacción de Jack, que pasó de la sorpresa a la venganza. Agarró a Esme por ambos brazos, la aprisionó contra los armarios de la cocina y, con una mano, la estiró del pelo y comenzó a besarla en los labios.

Era un asalto que le robó el aliento pero no la voluntad de luchar. Lo agarró por la chaqueta e intentó empujarlo, con furia y sin temor, al reconocer que él la subyugaba.

Pero él era más fuerte que ella y la furia y la pasión se confundieron y el beso continuó, haciendo que afloraran en Esme sentimientos dormidos. No hubo un momento exacto, ni una línea de división entre el odiado beso y las dulces sensaciones que lo siguieron.

Había empezado rechazándolo y había acabado implorándole, rodeándole el cuello con los brazos, vencida por su beso, hasta que pudo oír el latido de su corazón palpitando sobre sus senos. Y cuando él le apretó las caderas para acercarla a su cuerpo y que sintiera su excitación, ella comenzó a gemir.

La soltó para tomar aliento y la miró anhelante.

Durante unos instantes Esme se debatió entre la locura y la razón. Estaba llena de deseo y se habría dejado llevar, pero se apartó de él y conmocionada, avergonzada, desesperada, solo dijo:

—No puedo. Simplemente, no puedo. Déjame, por favor.

—Está bien —fue todo lo que él contestó, y la soltó, marchándose, sin discutir ni rogar, y cerrando la puerta tras de sí.

Pero ella no lo vio, porque sus ojos se llenaron de lágrimas por el terrible dolor de la herida que él había abierto.

Capítulo 2

Esme no estuvo llorando mucho rato. No podía permitírselo. Era por la tarde y tenía que ir a buscar a Harry.

Se lavó la cara con agua fría en el grifo de la cocina y guardó la tónica y la bandeja del hielo. Arrinconó la botella de ginebra pensando que si hubiera bebido tendría alguna excusa para su estúpido comportamiento.

La reaparición de Jack en su vida no la había pillado totalmente desprevenida. Había imaginado miles de veces la escena, pero en su versión él había cambiado, no era tan atractivo ni tan listo, ni tan superior a otros hombres. Ella se preguntaba qué había visto en él y se había mostrado distante y digna. Ya no sentía el enamoramiento de adolescente, porque ya no era una niña.

Pero la realidad había puesto en ridículo a su imaginación. Él no había cambiado. La mayor parte del tiempo era frío y comedido, pero tenía una vena apasionada que daba miedo. ¿Y ella? Ella todavía reaccionaba como una niña, aunque había reemplazado el amor infantil por resentimiento.

O quizás era lo que él había insinuado, que su vida privada era demasiado tranquila. Hacía mucho tiempo, desde que había hecho el amor. Tres años de abstinencia eran la causa de que se hubiera dejado besar.

Era una buena explicación y Esme casi quedó convencida de que era verdad, si no hubiera sido por Charles Bell Fox, lo más parecido a un novio que tenía. Lo conocía hacía años, siempre le había gustado y, animada por su madre, le había parecido un posible marido. Pero siempre había rechazado sus avances.

Charles era un caballero. Nunca la besaba contra su voluntad, nunca la apremiaba para más intimidad. Quizás si lo hubiera hecho su relación habría progresado.

Esme comprobó que Jack se hubiera marchado, cerró la puerta con pestillo y conectó la alarma antirrobo. Salió por la puerta de la cocina y, atravesando la parte trasera, llegó a su casa.

Construida en piedra tosca a finales del diecinueve, no era una casa bonita. Esme había intentado mejorar el exterior pintándolo de color terracota, un azul fuerte para las puertas y poniendo tiestos de flores a su alrededor. Estaba segura de que Jack no la habría reconocido.

Se puso zapatos bajos, agarró una chaqueta, y sin molestarse en

cerrar la puerta con llave se apresuró por un atajo a través del bosque. No quería arriesgarse a que el autobús escolar llegara pronto y dejara a Harry solo al borde de la carretera.

Como la verja estaba cerrada, salió de la finca por una puerta pequeña que había en el muro, y al llegar a la carretera observó que había un coche estacionado cerca de la verja.

Era un automóvil deportivo verde oscuro con cristales ahumados, por lo que no pudo ver al conductor. Pero intuyó quién era. ¿Quién si no iba a estar estacionado frente a Highfield, en una carretera de segunda donde no había nada interesante?

Seguramente él la habría visto, por lo que no podía volverse atrás. Además, el autobús estaba a punto de llegar.

—¡Vete! —murmuró entre dientes, y como por arte de magia el coche se puso en marcha. Pero su alegría duró poco, pues el coche giró en redondo y se paró junto a ella.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Jack con una de sus sonrisas. Esme asintió con la cabeza—. ¡Qué falta de responsabilidad, dejarte aquí sola! Podría venir cualquiera.

Su preocupación parecía falsa. Ella le contestó en tono cortante.

—Ya ha venido.

Él ignoró el comentario.

—Puedo llevarte a donde vayas.

—No, gracias.

—De acuerdo. Como quieras —dijo encogiéndose de hombros—. Esperaré aquí hasta que venga.

—No. No debes hacerlo.

Él la miró con curiosidad.

—¿Es celoso?

Estaba completamente equivocado, pero Esme no lo sacó de su error. Lo importante era que se fuera antes de que llegara el autobús.

—Sí, sí lo es. De verdad. Llegará de un momento a otro y si te ve…

Esme dejó que él completara la frase.

—¿Por eso te alteraste tanto cuando te besé?

Esme asintió. Era una excusa estupenda que no debía desperdiciar.

—Es muy posesivo. No le gusta que hable con otros hombres. Así que, Jack, por favor, vete —imploró mirándolo con sus preciosos ojos azules. Jack vislumbró a la pequeña Esme y le dolió. Se sentía responsable de ella y tenía la certeza de que un hombre tan posesivo no era algo bueno. ¿Pero qué derecho tenía a inmiscuirse después de tanto tiempo de estar fuera?—. Por favor… —repitió Esme encarecidamente al oír que se acercaba el autobús.

—De acuerdo —se quedó mirándola unos instantes y arrancó.

Esme se sentía culpable, pero pensó que tenía razón. El coche de Jack y el autobús se cruzaron.

—¿Qué te pasa? —preguntó Harry cuando ella prácticamente lo arrancó del autobús y lo hizo entrar por la puerta del muro.

—Nada —contestó Esme. Tenía miedo de que Jack cambiara de opinión y regresara. Recordaba que a veces se sentía muy protector hacia ella y la cuidaba cuando se lastimaba, física o sentimentalmente —. ¿Qué tal el cole? —preguntó en tono forzado.

—Como siempre.

—¿Y esos chicos? —mostraba preocupación verdadera. Él contestó con una mueca que Esme interpretó como que algo iba mal —. Mira, si me dejas que vaya al colegio…

—¡No! —Harry la interrumpió—. Solo conseguirás empeorar las cosas.

Quizás él tuviera razón. Esme lo entendía. El que fuera la madre a quejarse de los gemelos Dwayne y Dean que provenían del barrio más duro de Southbury no iba a mejorar su imagen. Ella se sentía indefensa.

—¡Vale! ¡Vale! —le rodeó los hombros con un brazo y le dio un apretón—. Pero, si la situación empeora, tienes que decírmelo —él asintió y Esme prosiguió—: Por empeorar quiero decir…

—Lo sé, mamá. Que si me amenazan con una pistola debo decírtelo —Harry le sonrió con picardía.

—Ya sé que bromeas, Harry, pero ¿alguno de ellos lleva armas?

—No está permitido.

Eso no contestaba la pregunta. Su escuela tenía todo tipo de reglas contra el acoso y la intimidación, pero eso no había impedido que los chicos del curso superior tomaran a Harry como blanco de sus intimidaciones.

Esme lo observaba mientras caminaba delante de ella. No había

motivo para que se burlaran de él. Era alto para su edad, bastante guapo. De pelo rubio y la cara delgada e inteligente, sin gafas ni defectos físicos ni amaneramientos que lo hicieran parecer raro.

Su profesor había sugerido que podía tratarse del acento, pues Harry hablaba en un inglés preciso y sin acento local. Pero eso no era todo. Era un chico inteligente. Aunque había aprendido a no levantar la mano ni llamar la atención en clase, no lo podía ocultar y lo asimilaba todo sin gran esfuerzo.

Esme no sabía si eso era una ventaja o no. Lo que sí sabía era que el mérito no era suyo. Ella solo era responsable del pelo rubio y la tez clara. En realidad se parecía al padre. No demasiado, pero sí en los ojos grises y algunos gestos. Lo suficiente como para que ella sintiera que debía mantenerlos alejados.

Cuando llegaron a la casa, Harry dejó su mochila en el vestíbulo y subió a su habitación en el ático.

Esme sabía que iba derecho a su ordenador. No podía impedirlo ya que no tenía ni hermanos ni amigos cercanos con quien jugar.

La madre de Esme había sugerido muchas veces que lo mandara a un colegio interno, pero Esme no tenía dinero para ello y tampoco quería hacerlo ya que ella había odiado los internados.

Además, no podía imaginarse la vida sin él. Los primeros años habían sido muy difíciles. En el colegio y siendo aún adolescente había pasado mucho miedo cuando se dio cuenta de que estaba embarazada. Siempre se encontraba mal. Como había adelgazado mucho, no se le notó hasta los siete meses, pero cuando lo descubrieron, la mandaron a casa. Primero hubo recriminaciones. Luego intentaron arreglar la desgracia. Una prima de la madre estaba dispuesta a adoptar a su hijo y Esme podría olvidarse de todo.

Esme había aceptado, hasta que un parto de veinticuatro horas la había lanzado a la vida adulta. Entonces, todo cambió y, mirando al recién nacido, consiguió fuerzas para desafiar el ultimátum de su madre: «vuelve a casa sin el bebé, o no vuelvas».

Los servicios sociales la habían ayudado a encontrar un albergue. Su nueva responsabilidad la había hecho entrar en la vida real de forma muy dura. Pero dejó de sentirse desgraciada al oír las historias de las otras chicas. Novios irresponsables, padrastros que abusaban de ellas, o madres ebrias. Comparada con ellas, su niñez parecía un cuento de hadas.

En el albergue aprendió a cocinar y a limpiar. También a maldecir y a luchar por sí misma. Luego se mudó a un apartamento en

Bristol.

Allí estuvo hasta que un día, cuando Harry tenía dos años, el niño se cayó en la escalera y se hizo una herida en la rodilla. Nada especial, pero al lado había una jeringa.

Eso la impulsó a tragarse el orgullo y volver a casa. Al verla, su madre no la reconoció de lo delgada y mal vestida que estaba, pero, después de repetirle mil veces «yo ya te lo había dicho», la dejó entrar en casa.

Rosalind Scott-Hamilton se había comportado tal y como Esme esperaba. Pero su reacción ante Harry fue una gran sorpresa. No le había hecho ningún caso mientras estuvo dormido en su coche, pero cuando se despertó y se quedó mirándola no pudo resistirse a su encanto.

—¡Qué niño tan guapo! —había exclamado sorprendida.

Esme había entendido la indirecta. ¿Cómo podía ser que alguien tan ordinario como su hija pequeña hubiera traído al mundo a un hijo así?

Aunque no permitía que la llamara abuela, y aparentaba indiferencia, Harry había conseguido ganársela.

Esme había vuelto al rebaño, pero solo en parte. Se había instalado en la casita y recibía algo de dinero de su madre a cambio de sus habilidades domésticas, hasta que por fin, al cumplir veintiún años, recibió un pequeño fondo de su madrina.

No era una vida muy emocionante, pero había sido satisfactoria. Pero ese día la aparición de Jack representaba una amenaza. No pudo esperar para llamar a su madre.

—Cariño —Rosalind Scott-Hamilton llamaba así a casi todas las mujeres—. Iba a telefonearte esta noche. ¿Qué tal fue la entrevista?

Esme respiró hondo y sin contestar preguntó:

—Mamá, ¿sabías quién era el interesado?

Rosalind hizo una pausa para pensar.

—Algún millonario de internet, creo. Alguien que paga al contado, según dijo el agente. ¿Por qué?

—Es Jack Doyle —espetó Esme.

—¿Jack Doyle? —la madre estaba intentando recordar el nombre.

—El hijo de la señora Doyle.

—¿De la señora Doyle? —repitió Rosalind.

Esme suspiró.

—La señora Doyle. Nuestra cocinera. La que vivía en la casita.

—Sí… sí… Ya sé quien dices. ¡Quién iba a pensarlo! ¡Después de tantos años e interesado en comprar! ¿Dijo que estaba interesado en Highfield?

—No, mamá. No lo dijo —la conversación no seguía el curso que Esme había previsto.

—Pues debe de estarlo —continuó la madre—. Él ya sabe cómo es Highfield puesto que no ha cambiado mucho desde que él era niño. La cuestión es si puede permitírselo o solo estaba haciendo una visita sentimental. Quizás Robin puede hacer alguna averiguación en la City.

La City era el centro financiero de Londres donde el padrastro de Esme hacía sus negocios.

—Aunque estuviera interesado, no querrías venderle Highfield a Jack Doyle, ¿verdad? —inquirió Esme.

—¿Y por qué no?

—Por todas las cosas que dijiste sobre él…

Para su madre, Jack era un chico de clase obrera que se había atrevido a pensar que era adecuado para una de sus hijas, solo porque había sacado sobresalientes en Oxford.

—¿Dije cosas? —murmuró Rosalind entre dientes—. ¿Quieres decir aquella vez que creyó que podría casarse con Arabella? Sí, aquello era absurdo. Pero mirando hacia atrás, seguramente le habría salido mejor que con el tipo ese con quien se casó —Esme se quedó sin habla. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Su madre había estado encantada cuando Arabella se había casado con Franklin Homer, supuesto heredero de una fortuna estadounidense. Solo que la fortuna se había disuelto al tiempo que el matrimonio—. De todos modos —continuó Rosalind—, si Jack Doyle quiere comprar Highfield, pues buena suerte.

—No lo dirás en serio, mamá.

—¿Por qué no? —Rosalind sonaba impaciente—. Me sorprendes, Esme. Pensaba que estarías encantada. Tú eres quien siempre ha abogado por los de abajo, y mantenido que no hay diferencia entre la clase obrera y nosotros, aparte del dinero. Además, necesito el dinero. Y tú lo sabes, cariño. Ya te lo he explicado.

Esme podría haber dicho que no. Que Rosalind tenía un marido

rico. Pero su madre veía Highfield como su póliza de seguros en caso de que pasara algo con su segundo matrimonio.

—No tardarás en venderlo. No tienes que vendérselo a Jack Doyle.

—No, pero sería perverso rechazar una oferta suya —arguyó Rosalind—. Y no veo cuál es el problema. No es como si él y tú hubierais tenido algo que ver.

Hubo un silencio. Esme podía haberlo roto contándole a su madre lo que nunca le había contado, pero consideró que no cambiaría nada.

Cambió de táctica.

—Al menos, asegúrate de que el agente le deja bien claro lo que está incluido en la venta.

—¿Qué quieres decir, cariño?

—Él cree que la casita también está incluida. Le dije que no lo estaba, pero no me creyó. Quizás Cornell, Richards & Baines podrían aclarárselo.

—Sí… bueno… —hubo una pausa mientras la madre escogía las palabras.

—¿Mamá? —apremió Esme intranquila—. ¿No habrás cambiado de opinión? Dijiste que podía tenerlo de por vida.

—Lo sé, cariño, y lo dije en serio, pero James Cornell dice que no es posible parcelar la finca de ese modo. Pero no te preocupes, no te pasará nada. Tú tienes derechos adquiridos y no te pueden desalojar.

Esme no estaba convencida.

—Y si nos pasa, ¿qué vamos a hacer Harry y yo?

—Pues tendréis que buscaros otro sitio —replicó Rosalind suspirando—. Pero eso no sería tan terrible, ¿no? Lo que quiero decir es que la casita es demasiado sencilla. Solo es una vivienda para empleados.

—A nosotros nos gusta —protestó Esme, furiosa—. Y si se compara con un albergue para mendigos, es un palacio.

—¡No seas ridícula, cariño! —replicó Rosalind—. Tú tienes otras alternativas.

—¿Por ejemplo? —Esme estaba segura de que su madre no iba a invitarlos a Harry y a ella a vivir en su casa de cuatro pisos en

Londres.

—No lo sé. Pero estoy segura de que hay muchos sitios donde podríais ir si dejaras de hacerte la mártir. He oído decir que Charles Bell Fox se casaría contigo y no está nada mal.

Esme sabía que era cierto, pero no era un asunto de la incumbencia de su madre.

—Charles y yo solo somos amigos.

—Solo porque no dejas que el pobre chico sea algo más —contradijo la madre—, y quién sabe por qué. Es rico, está soltero y es bastante guapo. ¿A qué esperas?

—A nada —replicó Esme contrariada—. Voy a llamarlo, ¿te parece?, y le pregunto si quiere que vivamos juntos.

Rosalind suspiró impaciente.

—¿Pretendías ser graciosa?

—No en particular.

—Es que no lo has sido. Sabes muy bien que yo estaba hablando de matrimonio y no de cohabitar. De eso creo que ya has hecho bastante, ¿no te parece?

—¿Qué? —Esme se quedó extrañada. Nunca había vivido con nadie que no fuera su familia—. ¡Ah, sí! Mi caída en desgracia. No creo que tener sexo ocasional cuente como cohabitar.

—De verdad, Esme —dijo la madre en tono de censura—. Tener un hijo con alguien que apenas conoces no es como para estar orgullosa. ¿Qué le has contado a Charles sobre Harry?

—Nada —Charles siempre había evitado el tema.

—Bueno. Espero que cuando le digas algo —continuó Rosalind—, lo adornes un poco. Meterse en la cama con un chico italiano que conociste en un café suena un poco mal.

Esme tuvo que controlarse para no soltar una carcajada. No conseguía entender que su madre se creyera una historia tan tonta.

—De acuerdo, mamá —contestó Esme con ironía—. Lo tendré en cuenta cuando Charles me pida que me case con él.

—Me parece muy bien —la madre parecía no darse cuenta del tono irónico—, porque Charles es tu mejor opción. No puedes esperar que sea yo quien siempre te saca de apuros. Bueno, ahora tengo que dejarte. Hay invitados para cenar.

Esme estuvo a punto de decir una impertinencia, pero su madre ya había colgado. Oyó un ruido detrás de ella y se volvió. Harry estaba en el rellano y parecía preocupado. ¿Habría oído algo? Se quedó mirándola.

—Tengo hambre. ¿Qué hay para cenar?

Las dudas de Esme se disiparon. Esa era la pregunta normal de un niño. Se dirigió hacia la cocina, mientras decía:

—Podemos escoger entre pizza, pizza y pizza.

Era la broma de costumbre y Harry hizo una mueca.

—Quiero la segunda.

—Eso es pizza con pimientos y aceitunas.

—¡Puaj! Cambié de opinión. Prefiero la primera.

—Dos veces puaj.

—¿Jamón y champiñones?

—Sí, supongo que no queda más remedio. Pero no vale quitar los champiñones —advirtió ella mientras sacaba la pizza del frigorífico —. Y tendrás que tomar zumo de naranja para que tomes algo saludable.

—Ya comí patatas fritas. Eso es una verdura.

—Las patatas sí, pero si las fríes ya es otra cosa —contestó Esme mientras luchaba con una bandeja del horno.

La cocina estaba anticuada. Ya lo estaba en tiempos de los Doyle. Demasiado para una mujer como Mary Doyle que era una cocinera estupenda.

Y una persona estupenda. Amable y comprensiva, y con muchísima paciencia. Así era como Esme la recordaba.

Había muerto el mismo año en que ella había concebido a Harry, así que no había conocido a su nieto.

La madre de Esme no dejaba que Harry la llamara abuela, lo cual era triste, pero con Mary Doyle seguro que habría sido diferente.

¿Habría podido decírselo? Esme sospechaba que no habría sido necesario. Ella se habría dado cuenta. La sonrisa del niño era igual a la de Jack, y el carácter también. Quizás reconocer los genes comunes era un instinto.

Por fortuna esa tarde no había ocurrido. ¿Pero y si Jack compraba Highfield?

¿Sería inevitable el encuentro entre el hombre y el niño?

Esme pensó que sería inevitable, pero que no iba a suceder. No podía permitirlo.

No había ninguna razón lógica para esa certeza, pero Esme no quería creer otra cosa.

Capítulo 3

Esme dejó de pensar en los Doyle y se concentró en preparar la cena.

Más tarde, con Harry ya en la cama y la casita en silencio, intentó pensar en su último proyecto. Le habían encargado diseñar el dormitorio principal para una casa estilo Tudor propiedad de un amigo de su padrastro, y de su esposa. Era un proyecto difícil puesto que los dos tenían ideas muy distintas de lo que querían. Esme tuvo que usar muchísimo tacto y paciencia, además de buen gusto e imaginación.

Trataba de inspirarse pero su mente estaba en aquel verano de diez años atrás.

Había vuelto a casa por vacaciones y se había encontrado con que Jack había regresado de Irlanda para recoger las cosas de su difunta madre. Rosalind le había permitido permanecer en la casita y le daba un pequeño sueldo a cambio de trabajos de jardinería y algunas reparaciones.

Para ella era el hijo de la cocinera y por lo tanto su trabajo debía ser de tipo manual. Esme lo conocía mejor y sabía que estaba más dotado para resolver los problemas de un ordenador que para arreglar los goznes de la puerta del establo. Sin embargo, él hacía su trabajo, cortaba el césped, daba de comer a los dos caballos y lavaba los coches.

Esme lo miraba desde lejos, deseosa de hacerle compañía como antes, pero algo había cambiado. Quizás era la situación.

Ella tenía muchas cosas que decirle. Pero le parecía que entre ellos había surgido un abismo. La edad, la situación social, la inteligencia…

¿O había sido Arabella? Ella también había vuelto de su colegio en Suiza. Se aburría mucho mientras esperaba a que le encontraran un trabajo socialmente aceptable en Londres, y para matar el tiempo se había fijado en Jack.

Al principio, eso no le importó a Esme puesto que Jack nunca había mostrado interés por Arabella. Pero quizás por eso ella se había encaprichado. Esme había estado siempre a la sombra de su hermana, excepto con Jack que parecía preferirla a ella.

Hasta aquel verano en que agosto había entrado con una ola de calor y de locura y las cosas cambiaron. ¿O fue solo sexo?

Esme también lo había sentido. Le temblaban las rodillas cada

vez que Jack se le acercaba y enmudecía cuando él le sonreía. Y se sentía celosa al pensar que lo de Jack y Arabella progresaba.

Lo habría tolerado mejor si Arabella hubiera sido más discreta. Pero su hermana había hecho hincapié en que se enterara de que se acostaba con el mozo de cuadra, como ella lo llamaba, dejando claro que era solo un pasatiempo para ella.

Esme se sentía tan dolida que decidió decirle la verdad a Jack.

—Ya sé lo tuyo con Arabella —declaró—. No es que quiera entrometerme…

—Entonces, no lo hagas —le dijo él cortante.

Le había dolido mucho. Jack nunca le había hablado así. Pero no había podido parar.

—Solo quería saber si te dabas cuenta de que mi hermana no se toma en serio lo tuyo con ella.

Él parecía muy molesto, pero contestó con una broma.

—Así que no debo comprar un anillo de compromiso, ¿no es así?

—Algo así —replicó ella.

Él se quedó mirándola, tratando de adivinar sus motivos y se rio.

—No te preocupes, todavía tengo el recibo.

—¿Qué? —Esme tardó un poco en entender—. Ah, sí…

—La cuestión es quién te ha mandado a decirme eso, ¿tu encantadora hermana o la matriarca de la familia?

—¿Quién?

—Tu madre.

—¡Oh! —Esme se sintió ridícula—. No nadie. Yo pensé… Déjalo… —sería imposible explicar lo que la preocupaba sin exponer sus propios sentimientos. Él la miraba de una forma extraña y ella se ruborizó—. Olvida lo que he dicho —lo apremió.

—De acuerdo —contestó él esbozando una sonrisa.

Ya no estaba molesto. Solo divertido, lo cual era peor. Humillada, dio media vuelta y se marchó.

Él la llamó.

—Midge, espera —pero ella apresuró el paso y corrió hacia la casa a refugiarse en su cuarto.

Después de eso no pudo soportar verlo a él, ni tampoco a

Arabella. Suponía que él se lo habría contado, y se mantuvo recluida.

Una semana después sucedió un incidente. Jack llamó a la puerta y la nueva cocinera lo hizo pasar al comedor.

Arabella desapareció por una puerta y Rosalind ordenó a Esme que mantuviera silencio.

Y así lo hizo. Silenciosa y olvidada en un extremo de la mesa.

Jack apenas la miró.

—Han cambiado la cerradura —dijo dirigiéndose a la madre—. ¿Qué pensaba? ¿Qué iba a tirar la casa abajo?

—Por lo que yo sé —contestó Rosalind Scott-Hamilton—, eres capaz de hacerlo… ahora que se te han desbaratado tus planes.

—¿Desbaratado? ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir, jovencito —contestó Rosalind mirándolo con altanería—, que tus intentos de comprometer a mi hija han sido frustrados.

—¿Comprometer? —esa era una palabra muy anticuada.

—Pero por si acaso no lo has entendido bien… —la madre se lanzó a recriminarlo dejando bien claro que Jack no era adecuado para pretender a su hija mayor.

Arabella estaba escuchando desde la habitación contigua y no había interrumpido ni desafiado a la madre. Quedaba claro que estaba de acuerdo con lo que ella decía.

Esme observaba cómo Jack se iba poniendo furioso, y se regocijó cuando él ridiculizó la soberbia de Rosalind con unas palabras muy bien escogidas, dejándola con la boca abierta.

Esme se dispuso a levantarse, pero la madre la interrumpió.

—Y tú, ¿adónde vas?

—A mi cuarto.

—Bueno, vale —concedió cuando Arabella entró de nuevo al comedor.

Esme se apresuró tras Jack hacia la puerta principal, pero como él no estaba allí, se dirigió a la cocina.

Al verla, Maggie, la nueva cocinera, le indicó la puerta trasera.

—Se ha ido hacia el granero.

—¿El granero?

—Sí. Le di una botella para que se le quitara el frío.

—¿Una botella? ¿Una botella de qué?

—Whisky de la despensa. Yo la reemplazaré, claro.

—Jack no bebe.

Maggie la miró con indulgencia.

—Todos los hombres beben. Créeme. Y hoy la necesita si tiene que dormir en el granero.

—¿Pero por qué? —Esme no entendía nada.

—No tiene otro sitio adonde ir —explicó Maggie—. Tu madre sacó todas sus cosas e hizo venir a un cerrajero. Parece que no le gustaba que él y tu hermana fueran tan amigos. Le guardé esa manta, pero se ha ido sin ella.

—Yo se la llevaré —dijo Esme agarrándola.

—¿Estás segura? —Maggie no intentó detenerla—. No cerraré con llave.

—Gracias —contestó Esme, y fue hacia el granero. Abrió la puerta y lo llamó—. ¡Jack!

—Aquí arriba.

Esme entró. Había muy poca luz, pero se sabía el camino de memoria. Llegó hasta la escalera y comenzó a subir.

—Soy yo, Esme —se identificó por si acaso él esperaba a otra persona.

—Ya sé que eres tú. ¿Qué quieres? —el tono de su voz era hosco y cortante.

—Yo… yo…—¿qué quería? Decirle que lo sentía, pero no le pareció apropiado.

—Mientras lo decides, sube o baja antes de que te caigas y te rompas el cuello —su tono dejaba claro que le era indiferente lo que hiciera, pero encendió una linterna para que ella pudiera ver.

Esme trepó hasta arriba y le entregó la manta.

—Gracias —dijo Jack, apagando la linterna—. Ya casi no tiene pilas.

—Ya… —Esme no sabía qué más decir. Sintió que él levantaba un brazo y bebía. Nunca lo había visto beber alcohol. Se estremeció y volviéndose atrevida le pidió—: ¿Me puedes dar un poco de eso?

—Creo que no. No tienes la edad legal, ¿verdad?

—Tengo dieciocho años —aseveró ella.

—Más bien diecisiete —contradijo él.

—De acuerdo. Diecisiete —Esme no dijo más. Si decía dieciséis le hubiera parecido una niña—. Ya he bebido otras veces.

—¿De veras?

—Sí —insistió ella—. En el internado. Las chicas siempre están bebiendo.

—Entre otras cosas —murmuró él—. Bueno, te dejaré dar un trago para que te dejen de rechinar los dientes, pero la bruja de tu madre podría acusarme de pervertir también a su hija pequeña.

—Tú no pervertiste a Arabella —Arabella nunca había ocultado que hacía tiempo que se acostaba con chicos.

—Ya lo sé —exclamó él.

—Pero aun así te gustaba.

—No estoy seguro de que el gustarme fuera un factor importante.

—Oh… —Esme dedujo que era un sentimiento más fuerte.

No sabía qué decir. Había ido angustiada por cómo lo había tratado su familia, pero tenía claro que no podía mostrarle lástima. Comenzó a temblar. Hacía mucho frío y su vestido de verano no la abrigaba.

—Toma —Jack le pasó la botella, le puso su chaqueta sobre los hombros y la tapó con la manta.

—Gracias —enseguida entró en calor. Tenía la botella en la mano y tomó otro trago. El licor le quemaba la garganta. Nunca hasta ese día había bebido más que un vaso ocasional de vino blanco. El whisky era mucho más potente, sabía muy mal pero tenía un maravilloso efecto calmante. Le devolvió la botella.

—¿Y dónde estaba Arabella? —le preguntó él.

—Umm… —Esme no sabía si debía decir la verdad.

—¿En la sala de al lado? —sugirió él.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó ella sorprendida.

—Tengo razón, ¿verdad? Con la oreja pegada a la puerta, sin duda.

El tono de su voz era de enfado, más que de desengaño.

—Si sabías que estaba allí, ¿por qué no dijiste nada?

Él se encogió de hombros.

—Por dejar que se divirtiera.

—No entiendo —admitió Esme.

—No, claro —respondió él.

Jack la consideraba demasiado joven para entender la complejidad de las relaciones adultas. Pero sus propios sentimientos sí que los entendía: una mezcla de celos, lástima y pasión.

Fueron los celos los que la hicieron decir:

—¿Es aquí donde os encontrabais tú y Arabella?

—¿Para cometer el sucio delito, quieres decir? —ella no cesaba de sonrojarse—. ¡Qué va! Tu hermana empieza a gritar solo porque una araña le roce una pierna —Esme dedujo que habían utilizado la casa, pero no quiso preguntar más—. Supongo que no me creerás, si te digo que no hicimos nada.

—No —Esme no quería parecer tonta—. ¿Tenemos que hablar de eso?

—Por mí, no —contestó él y se llevó la botella a los labios.

—¿Bebes mucho? —preguntó ella.

—Solo en ocasiones especiales —Esme lo interpretó como un sarcasmo—. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Bebes mucho?

Le estaba tomando el pelo. Era seis años mayor que ella y pensaba que tenía derecho a hacerlo.

—Depende de lo que llames mucho —dijo ella con cautela—. Los fines de semana siempre hay botellas por el colegio. Las chicas las traen de sus casas —eso era cierto, pero ella solía evitar a esas chicas.

—Y ahí estaba yo, creyendo que para vosotros los ricos todo eran fiestas y palos de hockey —«los ricos». Él nunca la había llamado así, pero tampoco su familia lo había llamado a él ordinario hasta ese día—. ¿Y de hombres, qué?

—¿Hombres?

—Chicos —matizó él—. ¿También intervienen en las orgías de

borrachera?

Su tono era irónico y divertido. Era obvio que aún la consideraba una chiquilla que jugaba a ser mayor.

Con la idea de sorprenderlo, ella le contestó:

—Deering College está solo a una milla. Nos encontramos con los chicos en el pabellón de deportes. Ahí es donde cometemos el sucio delito.

Usaba sus mismas palabras. Claro que ella solo había besado a algún chico, pero nada más.

—Parece que no te he juzgado bien, Midge —comentó él tras un silencio.

¿Qué quería decir? ¿Que hasta ese momento siempre había creído que era una buena chica, pero que ya no lo creía?

—Pero no soy una chica fácil, ni nada parecido —respondió ella sonrojándose.

—No. Claro que no —su tono era exageradamente serio.

—¿Me das un poco más de eso?

—¿Tú crees que es una buena idea?

—Puedo aguantarlo —declaró ella.

—No estoy seguro de que yo pueda —dijo él riendo—. Pero como es tuyo ya que proviene de tu despensa… —dijo Jack pasándole la botella—. No más —la amonestó él al ver que daba dos largos tragos—. No quiero tener que llevarte a casa.

—No podrías —Esme sabía que pesaba más que su hermana.

—Probablemente no.

—Gracias —murmuró ella ofendida.

—Estaba dándote la razón…

—Pues preferiría que no me la dieras.

—Me parece que no entiendo a las mujeres —comentó él, recuperando la botella.

—Está claro que no —respondió ella.

—¿A qué te refieres?

Estaba claro que él no tenía ni idea de los sentimientos de Esme.

—A Arabella —contestó.

—No fue uno de mis mejores momentos —concedió él—. Me habría ido mejor si me hubiera acostado con ella.

«¿Mejor que qué? ¿Qué enamorarse?», pensó Esme. No parecía que él estuviera muy afectado. Quizás era por el poder reconstituyente del whisky.

—Pues todos los demás lo han hecho.

—Así es —respondió él riendo.

No era la reacción que ella esperaba. «No hay forma de entender a los hombres», pensó.

—Y en cuanto a la casita —dijo ella cambiando de tema—, no creo que mi madre pueda echarte así como así. Debe de haber alguna ley que lo impida. Búscate un abogado. Yo tengo algo de dinero si…

—¡Ni hablar! Eres muy buena, Esme, pero no es necesario. Me pensaba ir de todos modos. Tengo un trabajo en los Estados Unidos.

—Yo… yo… —Esme se sentía como si le hubieran dado una patada.

—Suponía que Arabella te lo habría dicho.

No le había dicho nada, pero también era cierto que Esme no consentía hablar sobre Jack con Arabella.

—¿Y cuándo vas a regresar? —consiguió preguntar.

—No pienso regresar. Por lo menos no a este sitio. Ahora no tengo ninguna razón para volver.

«Estoy yo», deseaba decir Esme, pero él habría pensado que estaba loca. Y quizás lo estuviera. Había pasado infinitas horas soñando con el día en que Jack se diera cuenta de que ella existía. El día en que él abriera los ojos y viera que ella era la elegida. Pero en un instante todos sus sueños se habían desvanecido.

Tenía que decir algo, para llenar el silencio y que él no oyera los latidos de su corazón.

—Tengo que irme —dijo de repente y se puso de pie—. Toma tu chaqueta.

—¡Espera! —él la agarró de un brazo e hizo que perdiera el equilibrio, cayendo de rodillas.

—Me has hecho daño —se quejó, disimulando sus sentimientos.

—Mira… lo siento si te he disgustado.

—No me has disgustado —negó Esme, pero el tono de su voz la

delataba.

—Te lo habría dicho, pero…

—Pero yo no soy nadie —completó Esme la frase—. Solo soy la hermana pequeña de Arabella.

—No, no lo eres —contestó él con tanta dulzura que hizo que le brotaran las lágrimas.

—Déjame ir.

—Aún no —se quedó mirándola con fijeza—. No debes pensar eso, Esme. Ya sé que a veces puede parecer que estés a su sombra…

—¿A su sombra? —él no sabía cuánto—. No soy ni siquiera eso. Soy invisible. Totalmente nula. A veces me parece que ni siquiera estoy.

—No, Esme, por Dios —dijo él enjugándole las lágrimas con la mano—. Tú estás más de lo que ella estará jamás. Tú eres más amable, más divertida, más dulce.

Él trataba de hacerla sentirse mejor, pero no lo conseguía. No quería que pensara así de ella. Quería ser para él lo que había sido Arabella: sexy y bonita, y que él la deseara.

—Si soy tan maravillosa, ¿por qué nunca me invitaste a salir contigo?

—Yo… tú… —estaba claro que estaba sorprendido—. Esme, eres demasiado joven. Tienes que entenderlo.

Ella no lo entendía por mucho que lo intentara. Era suficientemente mayor para sentir un nudo en la garganta cuando él estaba cerca.

—¡Eres un cobarde! —lo acusó enfadada—. No eres capaz de decir: No me gustas Esme. No eres lo bastante bonita ni inteligente.

—Es que no pienso así —insistió él.

—¡Entonces, bésame! —las palabras se escaparon de sus labios antes de que pudiera evitarlo, pero era lo que deseaba.

—Esme —el tono de su voz era amenazante—. Si estás jugando, este es un juego peligroso para jugarlo con los hombres.

—Olvídalo —su renuencia era como una bofetada. Ella no quería un sermón. Se sentía herida y humillada y respondió con lo más desagradable que se le ocurrió—. De todos modos, tú no eres un hombre. Es por eso que Arabella te dejó.

—Te lo estás buscando —dijo él, murmurando una imprecación.

Esme sintió que las manos de él la apretaban con fuerza, pero no sintió miedo sino excitación.

—Adelante, entonces…

—¡De acuerdo!

Ella sintió cómo él estrechaba su cuerpo contra el suyo y le cubría la boca con sus labios. Era algo inesperado que ella deseaba, una mezcla de amenaza y de lección.

No había nada dulce ni amoroso en el beso. Los labios de él apretados contra los suyos, su lengua intentando introducirse entre los dientes. Ella intentó separarse, pero la mano de él la sujetaba por los cabellos mientras su boca se movía sobre la de ella, saboreando, invadiendo, dándole vida y aliento hasta que ella gimió de placer.

Nunca la habían besado de esa manera. Era como una revelación. Su cuerpo, rígido un momento, laxo al siguiente, asiéndose a él, a sus hombros, a su cuello, ansiando tocarlo, mientras él le acariciaba uno de sus senos y le frotaba el pezón, túrgido y erecto bajo el vestido.

Fue Jack quien finalmente se separó, pero solo para apoyar su frente sobre la de ella mientras los dos tomaban aliento.

—¿Ves lo que te decía? —dijo él cuando por fin pudo hablar.

—No —ella se obcecaba en no entender.

—Otro hombre no se hubiera parado aquí —dijo mientras la besaba en la frente.

—Entonces, no te pares.

—Esme… —él pronunciaba su nombre como una protesta, mientras ella buscaba su boca una vez más.

Era tal su ansia que perdieron el control, mientras se besaban y acariciaban explorando sus cuerpos. Tímida y reservada con otros, con él Esme sentía un deseo insoportable. Era como si hubiera nacido para él, y hubiera esperado toda su vida para ese día.

Él tendió la manta sobre el suelo y se recostaron.

Se besaron de nuevo y él le susurró:

—¿Tomas protección?

—¿Protección?

—Sí…, la píldora…

Temerosa de que él se detuviera, Esme contestó sin vacilar:

—Sí.

Con las piernas entrelazadas, él comenzó a desvestirla y se desabrochó la camisa. El frío que Esme sentía se había convertido en fuego y sus cuerpos desnudos ardían el uno contra el otro.

Él le bajó los tirantes de la combinación hasta que sus senos quedaron expuestos, llenos y maduros como los de una mujer. Su piel era tierna y suave, y aunque nunca la había tocado un hombre, arqueó el cuerpo de placer cuando él le besó un pezón, trazando a su alrededor círculos con la lengua hasta que se puso duro y ella no lo podía soportar más. Entonces, más por instinto que por experiencia, ella le ofreció con ansia el otro seno para que la acariciara.

Jack estaba demasiado excitado para no hacerlo. Su miembro viril estaba erecto desde hacía rato y empeoraba mientras él succionaba los pechos turgentes de Esme y ella se arqueaba para que sus cuerpos se juntaran.

Estaba sorprendido de que ella estuviera tan ansiosa. Él pensaba que ella era distinta de Arabella, pero no era así, y cegado por el alcohol y el deseo no pensó más en que Esme era demasiado joven.

Habían llegado demasiado lejos para detenerse y, de todos modos, Esme no lo hubiera permitido. Y cuando él comenzó a acariciarla entre los muslos, ella se estremeció. Tuvo suerte. Lo hacía con tanta delicadeza que ella sentía que su cuerpo se abría para él y lo dejó introducir un dedo, quedándose sin aliento cuando comenzó a prepararla.

Pero no lo estaba y, cuando Jack la penetró, le dolió tanto que quería gritar. Se mordió los labios para no hacerlo, hasta que cesó la sensación de desgarro. Él se quedó quieto, como si dudara.

Esme trató de disimular. Era su regalo para él, pero tenía que ser un secreto. Se movió y acercó sus caderas aún más. Era una invitación sensual que ningún hombre podía rehusar. Y Jack no lo hizo. Giró la cabeza para besarla, alzó la cadera y empujó, penetrándola. Ella se puso tensa esperando el dolor, pero solo sintió placer. Un placer distinto de cualquier otro y que la invadía por todo el cuerpo, creciendo con cada movimiento y llenándola hasta que, anhelante y jadeante, sintió que se convertían en un solo ser.

Era la primera vez que hacían el amor. Y la última. Esme lo recordaría durante los diez años siguientes.

Para él había sido un engaño. Para ella, algo que la dejaba herida de por vida.

Pero ella no culpaba a Jack, aunque él había sido capaz de marcharse y dejarle a ella las consecuencias.

No solo Harry, sino otras cosas. Por ejemplo, que no hubiera querido salir con ningún hombre durante años, y si alguna vez se había acostado con alguno, no había disfrutado. Como si su vida sexual hubiera nacido y muerto aquella noche.

Quizás solo estaba adormecida. Como en un cuento de hadas, esperando al príncipe azul que la despertara. Solo que el príncipe había vuelto para darle una dosis de realismo.

Quizás era bueno que Jack hubiera vuelto, permitiéndole enfrentarse al pasado. Pero tenía que quedarse allí y fuera de su vida para siempre.

Volvió a pensar en la posibilidad de que comprara Highfield, pero no le pareció probable. Él no era un sentimental y Highfield necesitaba muchas reparaciones. Como él había dicho, había muchos otros sitios.

Por lo tanto, no había ningún problema.

Capítulo 4

Transcurrió un mes sin que Jack Doyle volviera. Esme se había tranquilizado y ya no pensaba en él a diario. Tenía otras preocupaciones: el aislamiento de Harry, problemas en el trabajo y su relación con Charles.

Pocos días después de que Jack visitara Highfield, Harry se quedó a dormir en casa de un amigo y ella fue a una cena con Charles y otros amigos.

La noche fue agradable y, de regreso, Esme invitó a Charles a entrar en casa a tomar café. No era la primera vez, ni la primera vez que él intentaba que el beso de despedida fuera algo más íntimo. Pero la reacción de Esme no fue espontánea y ya la tenía prevista desde antes de la cena. Cuando Charles la intentó besar, ella le correspondió con la esperanza de sentir lo mismo que había sentido con Jack.

Pero no fue así, y cuando después de tomar aliento Charles intentó besarla de nuevo, lo rechazó. Él se quedó confuso, pero ella le explicó que no estaba preparada para tener una relación amorosa. Charles, que no la escuchaba, le pidió disculpas por precipitarse y le prometió que tendría paciencia.

—Te llamaré pronto —le dijo al despedirse.

Esme se sintió culpable pues, en lugar de rechazarlo de pleno, le había dejado la impresión de que era solo cuestión de tiempo. Y ella sabía desde el principio que no era así.

Durante seis meses que llevaban saliendo, él la había respetado escrupulosamente, y Esme se preguntaba qué pensaría él si supiera cómo era ella en realidad. Si supiera que había pasado de un beso a hacer el amor con Jack en una relación que había durado exactamente cuarenta minutos.

«Se escandalizaría», pensó. Pero así era ella en realidad, aunque parte de la culpa era del alcohol.

«No fui yo, Señoría. Fue el whisky».

«Lo siento. Su condena es un embarazo adolescente y una vida llena de penurias».

Pero no había sido tan grave. Tenía el dinero de su tía abuela Jemima que, aunque solo era una cantidad pequeña, era más de lo que otras tenían.

«Da gracias por lo que tienes».

La buena anciana Jemima, que le pellizcaba las mejillas, se

burlaba de los hombres y daba un poco de miedo.

Esme sonrió al recordarla y se dio cuenta de que otra vez estaba hablando sola. ¿Y qué mal había en ello? Quizás estaba un poco chiflada como su tía abuela, pero había cosas peores. Por ejemplo, salir con un hombre solo para no hablar consigo misma.

Estaba resuelta a terminar con Charles e intentó hacerlo con tacto. Estuvo dándole excusas para que él se diera por enterado, pero él no lo hacía y la convenció para que saliera a cenar con él. Resultó que la cena era para celebrar su cumpleaños. Con eso estaba todo dicho. Ella se había olvidado de su cumpleaños. Pero no podía decirle: «¡Feliz cumpleaños!», seguido de «¡Hemos terminado!». Y no lo hizo. Incluso había dejado que Charles la besara de nuevo. Y no pasó nada especial. Solo se sintió culpable por dejar que la situación llegara hasta allí.

Al día siguiente, su madre la llamó.

—¿Qué tal tu cena?

—¿Cena?

—Anoche con Charles. Te vio Bibi Masterson —Esme suspiró. Su madre tenía espías por todas partes—. Bibi quería saber si hay boda a la vista o qué.

—Espero que le hayas dicho «o qué». Estoy cansada de decírtelo, mamá.

—De acuerdo. Vive tu vida como quieras —dijo su madre con tono ofendido—. Pensé que debía llamar y decírtelo. He vendido la casa.

—¿Qué? —exclamó Esme—. ¿Cuándo? ¿A quién?

—La venta se ultimó el lunes pasado.

¡Habían transcurrido seis días y no le había dicho nada! Ya no había remedio.

—¿A quién, mamá, a quién? —insistió Esme.

—Un comprador de los Estados Unidos —contestó la madre en un tono evasivo—. Peter Collins se la mostró. Pensó que sería mejor, puesto que tú no hiciste muy buen papel la última vez.

—Porque era Jack Doyle, mamá —le recordó Esme en tono impaciente.

—¿Y qué? No me importa quién compre Highfield —parecía como que a su madre nunca le hubiera importado la casa—. De todas

formas —continuó—, los nuevos propietarios son conscientes de que tú eres un inquilino con derechos, y que mientras pagues alquiler no se te puede desalojar.

—¿Alquiler? —Esme alzó la voz con preocupación—. ¡Pero yo no pago alquiler!

—Ya lo sé, cariño —dijo la madre en tono condescendiente—. Pero si hubiera reconocido que eres mi hija habrían insistido en que la propiedad estuviera vacía.

—¿Y no lo van a averiguar?

—Quizás con el tiempo, pero entretanto el agente ha extendido un contrato de alquiler con fecha atrasada a nombre de E.S. Hamilton, y nadie lo ha relacionado. Claro que tendrás que pagarles a los nuevos propietarios. He hecho todo lo que he podido por ti, cariño, y no estaría de más que me lo agradecieras un poco.

Esme tuvo que tranquilizarse antes de contestar.

—Gracias, mamá.

Su madre no notó lo forzado del tono y pasó a otro asunto que le parecía más importante: Arabella y su intención de regresar a Inglaterra en el verano.

Esme solo la escuchaba a medias y, cuando su madre colgó, se dio cuenta de que aún no sabía cuándo ocuparían Highfield los nuevos propietarios.

Todas las semanas acudía a la casa grande para limpiar un poco, y el sábado lo hizo también, pero para despedirse.

Harry iba detrás de ella y se ganaba el dinero de bolsillo pasando el cepillo y quitando el polvo, mientras ella limpiaba las ventanas.

Esme subió al piso superior para limpiar los baños. No era una forma muy sentimental de despedirse de Highfield y se sorprendió de que no le diera pena, puesto que era como un cascarón vacío.

Estaba mirando los muebles que quedaban de su antigua habitación cuando oyó pasos en la escalera. Pensó que sería Harry, pero oyó una voz femenina que llamaba.

—Hola. ¿Hay alguien ahí? —Esme pensó que sería la nueva propietaria y deseó que se la tragara la tierra. Salió de la habitación y se encontró con una mujer vestida con un traje elegante, que contrastaba con sus vaqueros y camiseta—. Hola —dijo la mujer con acento estadounidense—. Supongo que usted es de la empresa de

limpieza.

Esme pensó que eso era lo que parecía y le pareció mejor aceptar el papel.

—No sabía que se iban a mudar hoy —respondió—. Si quiere, me marcho.

—¡No, qué diablos! —dijo la mujer—. Por lo que puedo ver vamos a necesitar un ejército completo de limpiadores. ¿Cuánto tiempo hace que está desocupada la casa?

—Casi tres años.

—Pues parece que fueran diez —dijo la mujer—. ¿Y cuándo fue la última vez que pintaron? —Esme sabía que habían sido diez años, pero no contestó—. De todos modos, tiene posibilidades —la mujer hablaba para sí—, aunque yo prefiero mis casas nuevas y sin corrientes.

Esme estaba molesta y confundida.

—Algo debió de ver en Highfield, o si no, no la habría comprado.

—¡Cielos, no! Yo no la he comprado —dijo la mujer riendo—. Es de J.D. Él está abajo repasando la casa —a Esme le dio un vuelco el corazón. «¿J.D.?, ¿será él?», pensó. No. Eso era ridículo. ¿Por qué iba a ser él? Había mucha gente con esas iníciales y la mujer era estadounidense, por lo que J.D. seguramente también lo sería. Su madre había dicho que el comprador lo era—. Espere que lo llame. J.D., estoy aquí arriba. Hay alguien de la empresa de limpiezas —Esme no podía decir que era la hija de la antigua dueña, e inquilina de la casita—. Voy a bajar, porque él no me ha oído. La dejo que siga con su trabajo.

—Muy bien —Esme no sabía qué hacer. Su instinto le decía que recogiera las cosas y se marchara sin esperar a ver quién era J.D. El problema era que no sabía cómo salir sin ser vista. Y, además, estaba Harry.

Entró de nuevo en su dormitorio a mirar por la ventana. Harry estaba en el patio y no se veía a nadie más. ¿Qué debía hacer? Oyó pasos por la escalera y pensó en esconderse por si era Jack. «¡Qué tontería», pensó y se quedó quieta escuchando cómo los pasos se acercaban hacia la puerta.

—¡Tú! —dijo Jack en tono sorprendido. Vestía pantalones de sport y una camisa de marca.

—Yo —contestó Esme.

Él hizo una mueca al ver el plumero que Esme llevaba en la mano, y vio que estaba apoyada en la pared, vestida con unos vaqueros rotos y una camiseta y con su rubia cabellera recogida en una cola de caballo.

—Pensé que bromeabas cuando dijiste que te dedicabas a arreglar casas.

En efecto el malentendido había sido una broma. Pero decidió seguirle la corriente y contestó:

—Todos necesitamos ganarnos la vida.

—Cierto, pero es difícil de creer. Tú, una mujer de la limpieza.

—Se llama movilidad social. Unas personas suben en la escala social y otras bajan. Por cierto que ha habido un malentendido con tu amiga. Yo no soy vuestra mujer de la limpieza.

—Lo sé. No tienen que venir hasta el lunes. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesitaréis servicio. ¿Qué mejor manera de solicitar el puesto? —dijo Esme con sarcasmo.

—¿Lo dices en serio?

—Era la ambición de mi vida. Hacerme mayor, que el hijo de la cocinera me quitara la casa familiar, y luego reencarnarme en doña Fregona.

No le importaba parecer engreída. Eran sus únicas armas contra él.

—Me parecía raro que te rebajaras a trabajar para mí. Aunque no creo que sea muy diferente trabajar para la clase alta. ¿O es que generan un tipo distinto de suciedad? —Esme se lo había buscado y guardó silencio—. ¿Y qué hace don Fregón? —preguntó él acercándose a la ventana.

—¿Don Fregón? ¿Qué te hace pensar que existe? —dijo Esme tratando de distraerlo para que no mirara por al patio.

Demasiado tarde. Ya había mirado.

—Ese que está ahí abajo es el joven Fregón, ¿verdad? Por la pinta que tiene debe de ser tu hijo.

Esme pensó que no debía temer. Nadie más que ella había visto el parecido de Harry con Jack.

—Sí es mi hijo —admitió.

—¿Y don Fregón?

—Hace tiempo que se fue y que lo olvidé.

—Ah… Es muy bueno con el monopatín —añadió Jack—. Lo estuve observando antes de saber que era tuyo. ¿Qué edad tiene?

—Nueve años —mintió Esme con descaro.

—Es muy alto para su edad.

—Sí, muy alto.

—¿Cómo se llama?

—Harry… Harry Hamilton —ella acentuó el apellido para demostrar que era solo suyo.

—¿Y quién es su padre? Si no te importa la pregunta.

—Sí que me importa —contestó, pero Jack era muy terco.

—Uno de los Fairfax —aventuró—. ¿Cómo se llamaba? El hermano pequeño que solía rondar alrededor tuyo después de las carreras.

—Henry —contestó ella sin pensarlo.

—Ese —confirmó él—. Henry. ¿No es Harry el diminutivo de Henry?

—Y también era el nombre de mi abuelo —contradijo Esme.

—¿Eso quiere decir que lo niegas?

¿Qué importaba si Jack se quedaba con la idea de que Harry era hijo de Henry Fairfax? Hacía años que vivía en Sudáfrica o Sudamérica.

—Eso quiere decir que no es de tu incumbencia —contestó ella.

—Muy ambiguo —dijo él riendo.

Esme miró su reloj.

—Tengo que irme.

—¿Una cita para comer? —Esme no contestó—. Pensé en que te podía llevar a algún sitio. Al Hotel Sherborne en Addleston, si es que aún existe.

—¿Por qué? —Esme lo miraba perpleja.

—¿Por qué? ¿Necesito tener algún motivo?

—Sí.

—Déjame ver… Podría ser interesante llegar a conocernos de nuevo.

—No se me ocurre qué más hay por conocer —respondió ella—. Tú eres Jack Doyle, empresario de internet y nuevo propietario de Highfield. Yo soy Esme Hamilton, madre soltera de un niño y ex limpiadora de tu mansión. ¿Crees que tenemos algo en común? —espetó ella mientras se dirigía hacia la puerta.

Pero si creía que él la iba a dejar marchar, estaba equivocada. Él la alcanzó en el rellano y la sujetó por un codo.

—¿Es por Highfield? —preguntó él bruscamente—. ¿Es ese el problema? ¿No puedes soportar que yo, el hijo de la cocinera, sea el nuevo dueño?

Esme se extrañó de la interpretación de él. El rencor que sentía no era por la casa ni por el origen social de él.

—¿Y no podría ser por ti? —exclamó ella tratando de zafarse—. ¿Porque no quiero comer contigo porque eres demasiado aburrido y demasiado terco para aceptar un no por respuesta?

Esme estaba furiosa. Con él, con ella misma. Con todo el mundo.

Él se apartó recordando el bofetón que ella le había propinado la última vez que se habían visto, pero no la soltó.

—Supongo que eso es decir las cosas claras —dijo él por fin—. Pero voy a darte un consejo. Si es cierto que no te gusta un hombre, no deberías gemir cuando te besa. Podrías darle una idea equivocada.

Esme se ruborizó.

—Yo no gemí.

—¿No? Creo que deberíamos repetir la actuación.

—¿Qué quieres decir?

Él la atrajo hacia sí, la estrechó entre sus brazos y acalló sus protestas con sus labios duros y calientes.

Ella se resistió, empujándolo y tratando de zafarse del abrazo. Pero a la vez se abandonaba, abría la boca para aspirar el aliento de Jack y dejar que él la saboreara con la lengua. Cerraba los puños para no tocarlo, pero sentía una extraña sensación en su interior, y se apretaba anhelante contra el firme cuerpo de él. Hasta que él la soltó y se quedó mirándola, tratando de entender los mensajes contradictorios que le enviaba. Jack sabía cuáles eran sus propios sentimientos. La deseaba más que a ninguna otra mujer desde hacía tiempo. Y se proponía poseerla a pesar del furioso resentimiento que

brillaba en sus ojos.

—¿Cómo es de seria tu relación con ese otro hombre?

—¿Qué otro hombre? —Esme se había quedado en blanco.

—El que esperabas el otro día en la puerta Oeste.

—Ah… quieres decir… Charles.

—¿Charles? —repitió él imitando el acento elegante de ella—. ¿Es un aristócrata?

—En realidad, sí.

—¿Y es seria?

—Sí —mintió Esme.

—¿Pero poco satisfactoria?

—¿Qué? —preguntó perpleja.

—Bueno, a riesgo de que te enfades conmigo otra vez, no creo que respondieras a mi beso como lo hiciste si todo fuera bien entre Charles y tú.

—No respondí.

—¿De veras? En ese caso, no puedo esperar a ver cómo sería si respondieras… Aunque, pensándolo bien, más o menos lo recuerdo.

Esme también lo recordaba. Todo. Y por eso no quería recorrer el mismo camino.

—¿No va a molestarse tu amiga?

—¿Rebecca? No lo creo, teniendo en cuenta que está casada con mi socio.

—Oh…

—Estoy libre y sin compromiso —añadió él.

—¡Pues yo no! —argumentó Esme mientras se alejaba.

Esa vez él no la detuvo y la siguió escaleras abajo.

Esme se apresuró hacia la cocina y se sintió aliviada al encontrar allí a Rebecca.

—He hecho café —dijo Rebecca mirando a Jack y luego a Esme —. ¿Queréis una taza?

—No gracias —replicó Esme—. Ya he acabado por hoy.

—Bien. Pero ¿regresará mañana? J.D., este lugar necesita un

arreglo integral antes de que puedas vivir en él, y no solo limpieza.

—Puede ser, pero antes de que digas nada más, quiero presentaros. Rebecca Wiseman, esta es Esme Scott-Hamilton, la hija de la antigua propietaria.

—Uy… exclamó Rebecca con cara de pedir disculpas y tendiendo la mano a Esme—. Creo que he metido la pata.

Esme estrechó su mano y murmuró:

—Encantada de conocerte.

—Igualmente. Siento lo de antes, creer que eras la mujer de la limpieza. ¿Por qué no dijiste algo?

—Es que soy la mujer de la limpieza —declaró Esme sin vergüenza.

—No te preocupes, Rebecca —dijo Jack—. Esme no es tan sensible.

Estaba claro que él creía que no lo era. Si no, no la habría pisoteado como lo hacía.

—No tendría que serlo —era una indirecta a Jack.

En ese momento Harry entraba a buscarla en la casa con cara de aburrimiento.

—¿Es tu hermano? Es un chico muy guapo —dijo Rebecca en tono cariñoso.

Esme sonrió. Le gustaba oír cosas agradables sobre su hijo.

—Gracias. Pero es mi hijo.

—¿Tu hijo? —exclamó Rebecca con incredulidad—. Increíble. ¡Pareces tan joven!

—Gracias —contestó Esme ante el cumplido.

—Probablemente lo era —murmuró Jack.

Probablemente intentaba ser gracioso, pero Esme tuvo que contenerse para no contestar: «Eso no te detuvo».

—¡Jack! —reprobó Rebecca antes de dirigirse a Esme—. No le hagas caso. Tiene tanto miedo a comprometerse que no se casará antes de los setenta, y no tendrá hijos.

—No es cierto —contradijo Jack—. Solo estoy esperando que aparezca la mujer apropiada —sus ojos grises, burlones, se posaron en Esme y ella también lo miró pero con hostilidad.

—Vaya cursilada —dijo Rebecca riendo.

—Tengo que irme —dijo Esme dirigiéndose hacia la puerta. Sabía que Jack no la detendría delante de Rebecca, pero él la siguió hasta el patio donde estaba Harry—. ¿Por qué me sigues? —le rugió.

—Me gustaría conocer a tu hijo —contestó Jack.

—Pues no esperes que sea muy sociable. No le gustan los extraños.

—Como su madre, entonces —murmuró Jack antes de presentarse a Harry—. Hola, me llamo Jack Doyle y soy un antiguo amigo de tu madre.

«¿Amigo?». Eso era mucho decir, pensó Esme.

—Qué casualidad —exclamó el niño—. Estoy leyendo tu libro.

—¿Escribes libros? —el tono de Esme era acusador.

—No soy culpable.

—Este libro, mami —dijo Harry—. El que estoy leyendo. Tiene su nombre en la cubierta.

—Es verdad —recordó Esme. Harry había encontrado una caja de libros en un altillo de su cuarto.

Jack leyó el título.

—*La máquina del tiempo* de H.G. Wells. Es una lectura muy avanzada para tu edad.

Harry se encogió de hombros.

—La historia es muy buena cuando te metes en ella, siempre y cuando no hagas caso de sus teorías sobre el tiempo y los viajes espaciales. Son un poco alocadas.

Jack miró en dirección a Esme, impresionado por la inteligencia de su hijo, y luego preguntó:

—¿Dónde lo encontraste?

—En una tienda de segunda mano —intervino Esme, pero Harry la contradijo.

—No. Estaba en nuestra casa en una caja en el ático.

—¿Tu casa? Jack miró inquisitivamente a Esme.

—¿Dónde vives?

—Al sur, en… —comenzó a decir Esme.

Pero más rápido que ella, Harry contestó:

—En la casita que hay en la finca.

—¿De veras? —preguntó Jack arqueando las cejas—. ¿Así que tú eres el inquilino con derechos?

—Sí —al menos no había dicho mi inquilino.

—¿Tú eres el nuevo dueño? —preguntó Harry, y Jack asintió—. Qué bien…

Jack sonrió y Esme estaba furiosa.

—¿Cuánto tiempo hace que vivís aquí? —preguntó Jack.

—Unos ocho años —respondió Esme.

—¿Incluso cuando tu madre aún ocupaba la casa?

—Se la alquilamos a ella.

—Un alquiler simbólico, supongo —comentó él.

Esme no sabía qué contestar. Hacer que su madre pareciera peor de lo que era, o arriesgar su situación como inquilino con derechos.

—¿Qué quiere decir simbólico? —preguntó Harry.

—Ya te lo explicaré luego —contestó Esme mirando el reloj—. ¡Qué tarde es! Tenemos que irnos. Toma Jack, necesitarás las llaves.

—Encantado de haberte conocido, Harry.

—Yo también —contestó el niño, que se había quedado rezagado.

Mientras Esme lo esperaba cerca del establo, vio que Jack los miraba con una sonrisa.

—Ya nos veremos por aquí.

—Hasta luego —contestó el niño mientras se apresuraba.

Jack continuó mirándolos. Era toda una sorpresa que Esme viviera en la casita. Se preguntaba por qué no se lo había dicho. ¿Por temor a perder sus derechos como inquilino?

—Qué, ¿dándole un repaso a tu pasado? —preguntó Rebecca que acababa de llegar.

—No exactamente. El lugar ha cambiado demasiado.

—¿Y la chica? —preguntó Rebecca con una sonrisa.

—Especialmente la chica —a Jack no le coincidía la nueva Esme con la antigua. Alta, delgada y rubia, estaba mucho más bonita que la

niña regordeta que solía acompañarlo. ¿Pero a qué precio?

—¿La conocías muy bien? ¿Fue una víctima del famoso encanto de Jack, o no debería preguntarlo? —Rebecca se moría de curiosidad.

Jack negó con la cabeza. Podía haberle dicho la verdad. Rebecca y su marido eran sus amigos íntimos, pero no le pareció bien confesar su único encuentro amoroso con Esme aunque luego ella hubiera continuado con otros, como atestiguaba el hijo. Por un momento se preguntó si… Pero no. No podía ser por la edad.

—Señorita Esme —dijo con ironía—. Me temo que tiene demasiada alcurnia para un chico como yo.

—Ahora no, señor adinerado —dijo Rebecca riendo.

—Me parece que eso no la impresiona.

—¿Y te gustaría impresionarla?

—Quizás —asintió Jack, pero no reveló lo que sentía de verdad.

De vuelta a la casita, Esme tampoco revelaba sus sentimientos, pero no podía engañar a Harry.

—¿Qué pasa? —rara vez había visto a su madre tan nerviosa.

—Nada —alegó ella cuando llegaba a la puerta.

Una vez dentro, Harry insistió.

—¿Es ese hombre? ¿No te gusta?

Gustar o no, no describía lo que ella sentía por Jack: una poderosa mezcla de temor, ira y química sexual.

—No mucho —contestó por fin.

—¿Porque compró la casa?

—En parte.

—Alguien tenía que comprarla —la lógica de Harry era aplastante.

—Sí, claro, pero hubiera preferido que fuera otra persona. Y ahora, ¿podemos cambiar de tema?

Harry le hizo caso diciéndole:

—Tienes una telaraña en el pelo.

—¡Puaj! —Esme se pasó la mano por la cabeza, pensando en el aspecto que tenía: vaqueros viejos, camiseta enorme, el cabello en cola de caballo. Horrible comparada con la amiga estadounidense. Pero él la había besado.

«¿Y qué?», se preguntó. Solo indicaba que Jack no había cambiado. Seguía siendo un oportunista, dispuesto a tomar lo que estuviera en oferta.

Pero ella no lo estaba. Y cuanto antes él lo supiera, mejor.

El problema era que él seguía pensando en ella como Midge, la hermana pequeña de la atractiva Arabella. ¿O quizás, lo que recordaba era la chica fácil del granero?

Volvió a pensar en la noche en que concibió a Harry y se obligó a recordar el resto…

Permanecieron juntos unos instantes tomando aliento, recuperando la razón.

Entonces él susurró:

—¡Qué bien ha estado!

Esme asimiló las palabras. Bien como si fuera una nota, no era que la amara. El sueño idiota de una colegiala.

—¿Estás bien? —dijo él apartándole el pelo de la cara.

—Sí, muy bien —«no llores. No debes llorar», pensó. Después de todo ella lo había incitado, le había rogado. ¿Cómo iba a saber que la dejaría tan vacía?

—Por un momento pensé que… que te había hecho daño —en el fondo estaba preguntándole si era virgen.

—No. Solo que tengo frío —dijo tiritando.

Él la abrazó contra su pecho y ella notó el vello y la piel caliente sobre su piel desnuda.

—Toma —le pasó el vestido y la ayudó a ponérselo. Se puso la camisa y le echó la chaqueta sobre los hombros.

Todavía sentía frío y, lo que era aún peor, estaba completamente sobria.

—Vayamos a algún lugar más caliente —le calzó los zapatos y la ayudó a bajar la escalera, guiándola peldaño a peldaño.

Ya en tierra firme, Esme deseaba huir. Llegó a la puerta pero él la agarró por el brazo.

—¿Esme? —la enfocó con la linterna.

—¿Sí? —ella se volvió esperando las palabras que arreglarían la

situación.

—Ya sabes que yo no tenía intención de que pasara esto.

No había dicho las palabras mágicas.

—¿Y?

—Me gustas —añadió él—. Me gustas mucho —«pero no lo suficiente», pensó Esme—. Y quién sabe —continuó con dulzura—, quizás vuelva algún día y podamos…

—Mira —ella no quería promesas vacías—, tuvimos una relación sexual. No es nada especial —intentaba que su tono fuera indiferente.

—Pues debería serlo —le dijo él endureciendo el tono de su voz —. El mundo no ha cambiado mucho y si te dedicas a tener relaciones sexuales promiscuas… Los chicos hablan. No me gustaría que acabaras con una mala reputación.

Esme se sintió enrojecer. Una mezcla de vergüenza e ira. ¿Cómo se atrevía a tener una relación con ella y luego amonestarla?

—¡Eres un hipócrita! —le espetó—. Un canalla mojigato.

—Tienes razón. Yo no soy quien —admitió él—, sabiendo que solo eres una niña… Pero sí, lo disfruté. Y tanto, que si no fuera porque me marcho, mañana volvería otra vez. Pero tú no eres Arabella. Tú eres…

«¡Arabella!», Esme no quería oír cómo la comparaba con su hermana.

—Eres tan patético como yo. ¿De verdad crees que le importas algo? —inquirió Esme queriendo hacerle tanto daño como él le hacía a ella.

—Esa no es la cuestión —la sujetaba por el brazo mientras ella intentaba soltarse—. Lo que quiero decir es que…

—¡No me importa lo que digas! —ella lloraba, humillada.

—Oye, cálmate. A menos que quieras que todo el mundo te oiga —señaló con la cabeza hacia la casa grande, que tenía las luces encendidas. Pero Esme no se calmó y, en cuanto pudo zafarse, salió corriendo. Él corrió tras ella, pero no pudo alcanzarla antes de que entrara en la cocina y echara el cerrojo—. ¡Esme! —la instaba desde fuera—. Déjame entrar. Tenemos que hablar —ella no contestó—. ¡Esme! —ella esperó llorando hasta que por fin él se alejó…

Y allí estaba, diez años después, sintiendo aún la misma

humillación. Sabía que no había sido a propósito. Y no era lo del sexo lo que la preocupaba. Era la lástima que él había sentido por ella. Eso era lo peor.

El que al día siguiente Jack se acercara a la casa grande a despedirse no la había consolado. De hecho, ella no estaba allí. Había ido a Londres a casa de una amiga. Él le dejó un mensaje con Maggie, pero no una carta como él alegaba.

—Dile a Esme que se merece algo mejor.

Al oírlo, ella se había sonrojado. Por fortuna, Maggie no había pedido explicaciones.

Esme no estaba segura de lo que significaba. ¿Mejor que qué? ¿Que él? ¿O mejor que convertirse en una mujer que se acostaba con todos?

Ella nunca lo había hecho. Él la había confundido con Arabella. Solo que, en el caso de Arabella, estaba dispuesto a perdonar la promiscuidad.

¿Porque la amaba?

No podía haber otra explicación y Esme todavía sentía celos. Era ridículo. ¡Y ella que creía que ya lo tenía superado!

Y así fue mientras que Jack solo era un recuerdo en su memoria. Pero al verlo reaparecer en su vida, más atractivo que nunca, seguro de su lugar en el mundo y rico, ella sentía la necesidad de humillarlo. Sin escrúpulos. Después de todo, la vida de ella ya tenía pocas perspectivas. ¿Acaso creía Jack que ella iba a agradecerle las invitaciones a comer, o cualquier otra oferta?

Estaba equivocado. Tenía aún más dignidad que cuando era niña. Estaba educando a un hijo sola, estaba estableciendo su propio negocio y se estaba abriendo camino en el mundo. Aunque a veces se sentía sola, era lo bastante fuerte para sobrevivir sin arriesgar el orden de su vida por una relación sin sentido.

Dejaría que Jack se instalara en la casa grande e hiciera el papel de señor, pero ella no le debería nada excepto el alquiler.

¿Y Harry? Ese obstáculo ya estaba superado. Jack lo había visto y no había reconocido su sangre en él. No tenía por qué imaginar que eso cambiaría, y ella no iba a decírselo. ¿Para qué? ¿Para ver la cara de horror que ponía? No le haría eso a Harry. Él también se merecía algo mejor.

Capítulo 5

Los trabajos en la finca comenzaron a la semana siguiente. El lunes, cuando Esme acompañó a Harry a la puerta Oeste, ya había camiones, una grúa y una perforadora estacionadas dentro y fuera de la finca.

Aunque pensaba que no era asunto suyo, después de dejar a Harry en el autobús, se dirigió al encargado a preguntar.

—Hay que quitar las verjas —la informó.

Era lo que Esme temía. Los destrozos habían comenzado.

—A mí me parece que son unas buenas verjas —comentó mirando hacia las magníficas puertas de hierro forjado.

—Están oxidadas —dijo el hombre—. Pueden ser peligrosas.

—Tonterías. Han estado ahí desde hace noventa años.

—Entonces, están viejas —el hombre estaba convencido—. Será mejor que hable con su marido. Son órdenes suyas.

—¡No es mi marido! —negó Esme.

—Lo que sea. Él es el jefe —dijo el hombre con indiferencia.

Esme se marchó, enfadada por haber iniciado la conversación.

Jack podía hacer lo que quisiera con Highfield. ¿Quién iba a evitarlo?

Ella no, desde luego. Tras su último encuentro con él, había decidido eludirlo hasta encontrar otro sitio donde vivir. Se olvidaría de sus derechos adquiridos porque pensaba que si Jack quería echarla no se pararía ante nada. Desde luego, no iba a esperar a que él tomara la iniciativa.

Estuvo mirando los anuncios clasificados y las casas estaban fuera de sus posibilidades. Tendría que ser un apartamento. Apuntó algunas direcciones, cerró la casita y se metió en su viejo coche. Al pasar por delante de las antiguas verjas, vio que solo había agujeros.

Durante el trayecto trató de ser más optimista. Ya era hora de que Harry y ella se despidieran de su antigua vida y comenzaran de nuevo.

Pero su optimismo se agotó cuando en la primera agencia le dijeron: «¿Un hijo? Eso puede ser un problema». También le pidieron sus cuentas del último año y referencias del arrendador actual. Difícil. Todo muy difícil.

En la segunda agencia ya sabía a qué atenerse y contestó que sí. «Ya me las arreglaré luego», pensó. De todas formas, no había nada dentro de sus posibilidades.

Volvió a casa decepcionada e intentó concentrarse en su único encargo de trabajo.

Cuando fue a recoger a Harry, una pequeña grúa estaba colocando una verja nueva. Tuvo que mirar dos veces. Era igual que las antiguas.

—¿Le gusta? —preguntó el encargado cuando pasaba.

—Está bien —concedió a regañadientes.

—Debería estarlo. Encargadas especialmente en el mejor forjador del país.

—¿En serio?

—No quiero ni mencionar lo que cuestan.

—¿Habrán acabado esta noche?

—Ni por asomo. Pero no se preocupe. Dejaremos las máquinas bloqueando la entrada. Y uno de nosotros se quedará de guardia como acordamos con su hombre.

Ella hizo un gesto y contestó exasperada:

—Si quiere decir Jack Doyle, el propietario, no es nada mío. Hay una casita en la finca y yo soy su inquilina. Eso es todo.

—Seguro. Lo siento —el hombre contestaba con media sonrisa —. Pensé que usted y él… sería natural.

Esme quería decir que no había nada natural en ello, aparte de que Jack era un hombre y ella una mujer, pero en lugar de decirlo se sonrojó.

—Casi no lo conozco —dijo mientras se marchaba.

Eso era cierto. Conocía al antiguo Jack. Inteligente, amable, divertido. Pero el nuevo era un extraño. Inteligente, pero no amable, y no era nada divertido que estuviera allí.

Cuando llegó el autobús del colegio, el único en bajarse fue Harry pero Esme oyó que otros chicos se burlaban de él.

—¿A qué viene eso? —preguntó cuando un chico dio un golpe en el cristal de su ventanilla.

—A nada —contestó Harry encogiéndose de hombros y concentrándose en mirar cómo los obreros colocaban la nueva verja.

—No sé por qué se habrán molestado en cambiarla. Es igual que las otras.

—Son automáticas —apuntó Harry—. Seguro que tienen mando a distancia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Esme.

—Porque están colocando cables —contestó Harry señalando.

—Pues qué bien —murmuró con sarcasmo.

—Pues sí que está bien —discutió Harry—. Tú siempre decías que eran muy pesadas y ahora podrás abrirlas con solo tocar un botón.

—Si tuviera un botón, claro.

Harry entendió enseguida.

—El nuevo dueño seguro que te da un mando para que puedas hacerlas funcionar —Esme lo dudaba, pero no iba a confesarle sus temores a Harry que solo tenía diez años—. Si no, no podrías sacar tu coche.

—Cierto —sentenció ella con una sonrisa y aprovechó la ocasión —. Claro que siempre podríamos mudarnos a otro sitio, ¿verdad?

—¿Mudarnos? ¿Mudarnos adónde? —era obvio que nunca se le había ocurrido.

—No sé… Algún lugar en Southbury que no fuera tan aislado.

—Me gusta estar aquí —sentenció Harry con una mueca.

—Pero podías estar más a gusto en la ciudad —insistió Esme—. A veces debes de sentirte muy solo conmigo como única compañía.

—No —insistió con terquedad.

Esme suspiró y decidió dejar el tema. Al menos le había sugerido la posibilidad para que se fuera acostumbrando a la idea.

Tardaron dos días en terminar la puerta Oeste y enseguida pasaron a reconstruir la entrada para coches. Esme no podía negar que necesitaba reparación pues estaba llena de baches.

Tampoco podía quejarse de las verjas nuevas puesto que Colin Jones, el aparejador, se había personado en su casita para entregarle su propio mando a distancia. Al parecer, el señor Doyle le había dado instrucciones cuando llamó desde los Estados Unidos para saber cómo iba la obra.

«No me dijo que volvería a marcharse», pensó Esme. Pero, ¿por qué iba a hacerlo? Ella no era nada para él.

Y él no era nada para ella.

Al saber que él no estaba allí, Esme cedió a su curiosidad y se acercó a la casa grande. Esperaba que hubiera cambios, pero se quedó perpleja al ver casi toda la parte trasera cubierta de andamiajes para limpiar la piedra y que la parte del establo estaba sin techo. Al parecer iban a reconvertirlo en casitas para invitados. Había todo un batallón de obreros.

Lo mismo pasaba con la parte frontal de la casa. Era cierto que Highfield necesitaba todo ese trabajo para sobrevivir, pero Esme lo sentía como si le estuvieran borrando el pasado y la dejaran a ella a la deriva.

Era imperativo que dejara la casita. No por Jack y sus reformas, sino por percatarse de que su vida tenía que cambiar. Volvió a mirar a diario los anuncios y a visitar agencias. Harry, en silencio, parecía resignarse.

Pasaron varias semanas hasta que encontró algo medianamente aceptable. Claro que, después de los apartamentos tan sórdidos que había visto, sus exigencias habían bajado bastante. La cocina estaba sucia, la sala era diminuta y no tenía ducha. Pero estaba dentro de su presupuesto.

Intentó convencerse de que era el lugar adecuado y, tras dejar un depósito de cincuenta libras, se lo mostró a Harry.

Como Harry no había visto los otros para comparar, dijo lo que pensaba.

—¡Es horrible!

Esa vez Esme no apreció la franqueza de su hijo y no tuvo en consideración sus sentimientos ni su edad. Solo le dijo que tendría que gustarle porque la casita ya no era de la familia. Que era de Jack y que tarde o temprano querría recuperarla. Para su ama de llaves, o para algún amigo, o simplemente porque era suya y no quería a dos extraños viviendo allí.

Era una dosis de realidad imperdonable ya que se había pasado los diez años de su vida protegiéndolo. Pero no había podido evitarlo pues estaba agobiada por las preocupaciones que se le acumulaban.

La reacción de Harry fue el silencio, y al llegar a casa corrió a su dormitorio. Ya más tranquila, Esme se sintió culpable y trató de contentarlo. Pero él la rehuyó y se mantuvo serio y cabizbajo todo el

fin de semana.

No era la primera vez que dudaba de sí misma como madre. Se confirmaba lo que todos, incluso Jack, decían: que era demasiado joven cuando tuvo a Harry.

Tres días después Harry anunció de repente:

—Mamá, creo que podremos quedarnos aquí.

—Oh, Harry. Quiero que dejes de preocuparte de esas cosas —le respondió—. No debía de haber dicho lo que te dije y, pase lo que pase, seguro que será para mejorar.

—Pero si pudiéramos quedarnos en la casita para siempre… —insistió el niño— ¿Es eso lo que te gustaría?

Esme no sabía qué contestar. Comenzar de nuevo en otra parte la atraía pero entendía que Harry rehusara desarraigarse.

—A decir verdad, ya no lo sé.

—¿Pero y si Jack quiere que te quedes?

—¿Jack? Querrás decir el señor Doyle.

Harry asintió.

—Él me dijo que lo llamara Jack.

—¿Cuándo? —Esme no recordaba haberlo oído.

—No me acuerdo. ¿Importa mucho? Mamá, si él no quiere que nos vayamos, entonces podemos quedarnos, ¿verdad?

—Es posible —contestó.

Su tono era evasivo, pero Harry no lo notó y su cara se alegró.

Esme decidió dejarlo con la idea hasta que pudiera ofrecerle otra alternativa mejor al apartamento que le había enseñado.

Pero aún no había encontrado nada cuando Jack reapareció durante el fin de semana.

Era viernes por la tarde y Harry se había quedado a dormir en casa de un amigo. Esme había salido del baño, se había puesto una bata y se estaba secando el pelo cuando llamaron a la puerta.

La llamada la sobresaltó pues nunca tenía visitas inesperadas.

Apagó la luz y miró entre las cortinas. Estaba lloviendo pero había luz suficiente para reconocer al visitante.

El estómago se le encogió y consideró fingir que no había nadie.

Volvieron a llamar.

—Esme, soy Jack —ella no se movió pensando que a lo mejor él desistiría y se marcharía—. Es, sé que estás.

Es. Solo él acortaba así su nombre. Antes le gustaba, pero en ese momento solo le causaba resentimiento. Se armó de valor y abrió.

—¿Sí?

—Hola —saludó él—. Yo también me alegro de verte.

Ella hizo una mueca ante el sarcasmo.

—¿Qué quieres? Son más de las nueve.

—Lo siento —se disculpó él—, pero acabo de llegar de Estados Unidos. Pensé que sería mejor que viniera ahora, por si no te veía por la mañana.

—Si es por el alquiler —tartamudeó Esme—, ya te lo habría pagado, pero no hemos acordado cuánto es.

—¿El alquiler? —repitió él—. No lo sé. ¿Cuánto le pagabas a tu madre?

—Ciento cincuenta libras —no podía decirle que nada y se inventó la cifra.

—De acuerdo —asintió él.

—Al mes —aclaró ella.

—De acuerdo —estaba claro que le era indiferente la cantidad —. En realidad quería hablarte de tu contrato.

—¿Y bien? —Esme se preparó. ¿Había llegado la hora del desalojo?

—¿Puedo entrar? —dijo acercándose.

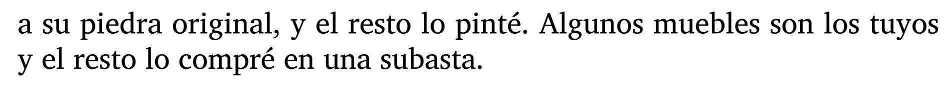
Esme le habría cerrado la puerta en las narices, pero lo hizo pasar y lo acompañó hasta la sala, mientras se apretaba el cinturón de la bata, consciente de que no estaba vestida.

Él llevaba un traje formal, aunque tenía el cuello de la camisa desabrochado y la corbata floja.

—¿Quieres beber algo? —la oferta era de puro compromiso.

—Me gustaría —dijo mirando a su alrededor los cambios de la casita—. No es en absoluto como yo la recuerdo.

—La escalera es nueva —aclaró ella—. La hice construir para que Harry pudiera usar el ático como dormitorio. Cambié las paredes


a su piedra original, y el resto lo pinté. Algunos muebles son los tuyos y el resto lo compré en una subasta.

—Es toda una transformación —parecía sincero en su admiración—. Es difícil de creer que sea el mismo sitio.

—Gracias —Esme aceptó el cumplido—. ¿Quieres café, té o algo más fuerte?

—Creo que té.

—Siéntate —le dijo señalando el sofá y salió hacia la cocina.

Cuando volvió con las tazas y el té, él estaba al lado de su mesa de trabajo hojeando algunos diseños.

—Parecen profesionales —comentó.

—Son para el dormitorio y vestidor de un cliente. Plano noventa y nueve más o menos.

Él sonrió.

—Así que esto es lo que querías decir con arreglar casas. Eres decoradora de interiores —declaró él, y ella asintió—. ¿Por qué no lo dijiste?

—Parecía que te divertía llegar a otras conclusiones.

Él la miró pero no dijo nada y siguió hojeando sus dibujos.

—¿Desde cuándo estás haciendo esto?

—¿Diseñar? Desde hace tres años —contestó—. Este encargo en particular, desde hace unas semanas, aunque me parece mucho más tiempo.

—¿Tienes problemas? —preguntó. Ella se encogió de hombros. ¿Qué le importaba a él? Recogió los dibujos y los metió en su carpeta, haciéndole señas a Jack para que se sentara—. Me pregunto —continuó él cuando ella le dio su taza de té— si tendrías tiempo para hacer algún trabajo para mí… de diseño, quiero decir.

Ella no sabía qué contestar.

—¿Yo?… ¿En Highfield?

Él asintió.

—Los constructores están renovando la estructura de la casa, pero tarde o temprano habrá que amueblarla y decorarla de arriba a abajo.

—¿Y por qué yo?

—¿Y por qué no? Tú conoces Highfield y pienso que podrías mejor que nadie hacer algo en sintonía con el estilo y los años de la casa.

Era una proposición tentadora. Un proyecto como Highfield era el sueño de cualquier decorador, pero ¿no sería demasiado para ella?

—Solo he diseñado una habitación por vez —confesó Esme—. Creo que te iría mejor contratando a una empresa grande.

—Ya han venido dos —dijo Jack haciendo una mueca—. Casa de campo al estilo de un piso de Nueva York…

—¿Minimalista? —el estilo estaba haciendo furor.

—Desnuda es la palabra que yo aplicaría —respondió él—. Aunque, para ser justo, tampoco les di muchas explicaciones. Pensé que ofrecerían algo en consonancia con el estilo de la casa.

—Tendrás que dar alguna breve sugerencia sobre lo que prefieres o la mayoría de los diseñadores tratarán tu casa como una obra de arte más que como un sitio para vivir.

—Bien. No me gusta nada muy florido, ni los tonos pastel, ni la madera clara, ni el pino, ni los muebles de reproducción. ¿Es suficiente?

—Es un comienzo —acordó Esme.

—Entonces, ¿cuándo podrías?

—¿Qué?

—Comenzar.

¿Había ido para eso? No, porque acababa de descubrir que era diseñadora.

Habría sido fácil aceptar, pero no podía obviar los inconvenientes. Ella necesitaba confianza mutua para trabajar, y en ese caso carecía de ella.

—No podría —contestó por fin—. No tengo ni tiempo ni medios.

—Ni ganas —añadió él.

Esme no contestó y se limitó a preguntar:

—¿No querías hablar del contrato?

—Tengo entendido que te preocupa la seguridad de tu arrendamiento.

Esme lo miró tratando de entender.

—Esto qué es, ¿la hora de la liquidación? —preguntó ella refiriéndose a una conversación anterior.

Jack hizo una mueca y luego recordó.

—¿Acaso prefieres un arreglo económico?

Esme, que había hecho una broma, lo miró sorprendida. ¿Iba a hacerle eso? ¿Darle dinero para que se fuera? Eso era lo que parecía.

—No quiero que me des dinero —dijo despreciativa—. Si decido marcharme será porque yo lo quiera.

—Será mejor que se lo digas a Harry —contestó él en tono cortante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Esme irritada.

Jack metió una mano en el bolsillo, sacó un papel doblado y se lo entregó.

Era un mensaje electrónico impreso. Esme lo leyó rápidamente, y luego lo releyó, incrédula.

—¿Has estado escribiéndote con mi hijo? —no tenía que fingir su indignación.

—No. Él se ha estado comunicando conmigo. Yo solo le acusé recibo.

—¿Pero cómo?

¿Cómo podía haber enviado Harry ese mensaje? ¡Un ruego a Jack para que no los echara de la casita!

—Pues con mucha iniciativa, diría yo. Al parecer habló con Jones, el constructor, quien lo dirigió a Rebecca, la mujer de mi socio. ¿Te acuerdas de ella? Y con un poco de insistencia la persuadió para que le diera mi dirección electrónica. Supongo que tiene acceso a un ordenador.

—Tiene uno en su dormitorio —confirmó Esme.

—¿Con un módem? ¿Está conectado a internet?

Ella asintió.

—Lo usa a veces para los deberes, pero la compañía que lo instaló me dijo que le pondrían un filtro para que no pudiera entrar en los chats ni recibir páginas inapropiadas.

Esme se quedó pensando preguntándose por qué tenía que justificarse ante Jack como madre. Ni que él fuera un buen padre. Simplemente no lo era.

—Eso no le impediría enviar mensajes —explicó Jack—. Y sospecho que Harry es suficientemente listo para saltarse todos los filtros. De todos modos, no ha pasado nada malo.

¿Nada malo? ¡Una carta de súplica al casero! ¿Y la respuesta?

—¿Qué le contestaste? —inquirió ella.

—No lo recuerdo, pero seguramente estará aún en el disco duro si quieres leerlo —Esme guardó silencio—. La esencia era que no se preocupara, que tenéis el arrendamiento asegurado y que aclararía las cosas en cuanto regresara.

—¡Qué magnánimo! —dijo Esme pensando que Harry creería que si se iban era por culpa de ella.

El sarcasmo sorprendió a Jack, pero al rato concluyó:

—Ya entiendo. Tú querías marcharte y yo era una buena excusa. Y si el chico piensa que yo soy el casero malo, ¿a quién le importa? —era obvio que a él sí le importaba y Esme se sonrojó—. ¿Has encontrado algún sitio?

—Aún no.

—¿Pero estás buscándolo? —Esme asintió—. Pero ¿por qué razón? ¿Por eso que hubo entre tú y yo?

Esme alzó la vista ante la franqueza de la pregunta. Sus miradas se encontraron. Quería fingir que no tenía ni idea de qué quería decir eso. Pero eso había vuelto a la vida en cuanto ella había visto de nuevo a Jack y estaba acechando ante la mirada gris de él.

—Todo no gira alrededor tuyo, Jack Doyle —mintió—. He estado encerrada aquí casi ocho años y ya es hora de moverme.

—No puedo contradecirte —replicó él, pero ¿estás segura de que el apartamento de Southbury es el sitio adecuado?

Esme maldijo a Harry. ¿No podía guardar secretos?

—Es lo que puedo pagar —se justificó—. ¿Cómo supiste eso? ¿Está en el mensaje?

—Harry estaba conectado a la red cuando le envié la contestación anoche —«así que tuvieron una charla», pensó Esme—. Siento mucho si no lo apruebas, pero…

—¿Cómo voy a aprobar que mi hijo pase las noches revelándole nuestra vida privada a un extraño?

—Vamos, Esme. Yo no soy un extraño —contradijo Jack—. Y el chico estaba pensando en vuestro interés. No puedes culparlo por ello.

Estaba claro que Jack pensaba que ella iba a castigar a Harry. Y quizás lo haría, desconectándole el ordenador unos días, pero eso no era asunto de Jack.

—Ya arreglaré las cosas con Harry como me parezca oportuno —contestó Esme incorporándose.

Él fue más rápido y se interpuso entre ella y la puerta.

—Mira, yo no he venido aquí para meter al chico en problemas. Es un chico estupendo y puedes estar orgullosa de él. Tienes mucho mérito. No debe ser fácil educar a un hijo sola.

Esme consideró que el cumplido era en tono paternalista y su resentimiento se desbordó.

—Como si te importara mucho…

—En realidad sí me importa —la miró fijamente—. ¿Por qué otro motivo crees que estoy aquí? Quiero ayudarte.

La preocupación de Jack parecía auténtica, pero Esme vio algo distinto en sus ojos. ¿Acaso pensaba que era tonta?

—Quieres decir que deseas acostarte conmigo.

Jack iba a negarlo pero recordó que siempre la tenía en mente mientras estuvo fuera. Quizás sería bueno decir las cosas claras.

—Eso también —aceptó él—. Pero no es un requisito. Te ayudaré de todos modos.

—Así que si te digo ahora que nunca voy a acostarme contigo y te pido, por ejemplo, dinero para el depósito de un apartamento decente, ¿me lo vas a dar? —ella preguntaba por preguntar, pero se quedó perpleja cuando él alcanzó su chaqueta y buscó su cartera.

—¿Cuanto necesitas?

—¡No quiero tu dinero! —espetó ella—. Era solo un supuesto. Debes de creer que estoy desesperada.

—Creo que estás sin blanca —rectificó él.

—¡Pues no lo estoy! Y aunque lo estuviera, no podrías comprarme.

—No era mi intención. Si mal no recuerdo —contestó él en tono cortante—, no necesito comprarte.

Esme se puso roja de rabia.

—¡Canalla!

—Posiblemente.

—Tenía dieciséis años y estaba borracha —Esme estaba cansada de que siempre sacara a relucir el pasado—. Por eso creo que no puedes considerarte irresistible.

—Y el mes pasado… y la semana pasada… —la agarró por el brazo—. ¿Estabas borracha? Y desde luego ya no tienes dieciséis años.

Esme no malgastó sus energías tratando de zafarse.

—No. Tienes razón. Soy una madre soltera de veintiséis años que no se ha acostado con un hombre hace años, y como tal es posible que esté desesperada. No es un gran reto, ¿verdad?

Ella pretendía molestarlo y ridiculizarlo, pero él pareció complacido.

—Muy interesante —comentó—. ¿Y qué esperáis tú y Charles? ¿A la noche de bodas?

Esme se quedó sorprendida. Se había olvidado de que le había hablado de Charles.

—¿Eso sería tan terrible? Charles es un caballero —Jack solo contestó con un chasquido de desagrado—. Claro que tú no podrás apreciar esa cualidad…

—Tienes razón. No puedo —afirmó Jack haciéndola girar para que lo mirara—. Yo solo soy el hijo de la cocinera, ¿recuerdas? No un idiota de clase alta sin sexo… Pero sí, sería terrible estar casada con alguien que puede esperar para hacerte el amor, que no ansía llevarte a la cama y oírte gemir cuando…

—¡Cállate! —eran demasiadas verdades para Esme—. ¿Por qué haces esto?

—Tú sabes por qué —él intentó abrazarla pero ella lo impidió poniéndole un puño sobre el pecho. Bajo el puño, latía el corazón de Jack de modo tan salvaje como el de ella—. ¿Necesitas que te lo diga?

Una dulce amenaza que ella no contestó. No tenía palabras para rebatir lo que él la hacía sentir, y cómo su mirada le destruía la voluntad.

¿Por qué seguía mirándolo y dejaba que le agarrara las manos y la llevara cerca de la chimenea? ¿Y por qué se quedaba quieta mientras él le daba un beso tierno en la mejilla?

Ya no tenía voluntad. Había cerrado los ojos y como un alma hambrienta buscaba la boca de él.

Jack trató de saciar sus ansias con su aliento fresco, sus labios y el movimiento de su cálida lengua, pero ella quería más. Cayeron

juntos sobre el sofá y de allí rodaron a la alfombra. Ella necesitaba que él la acariciara, la rozara, le palpara los senos hasta que estuvieran llenos y duros. No protestó cuando él le desató el cordón de la bata y le quitó el camisón y trató a su vez de arrancarle la camisa para deslizar sus manos sobre el vello varonil y sudoroso.

Esme se quedó tendida mientras él deslizaba su boca y la besaba en el cuello, los hombros y la curva de su seno hasta llegar a uno de sus pezones.

Ella lo necesitaba y quería más.

Avariciosa como él. Un seno primero, luego el otro. Mordisqueando, lamiendo.

Una pregunta y una respuesta: sin protección.

No importaba. Esa vez era para ella.

—Échate, cariño.

La boca de nuevo sobre un seno, las manos sobre su vientre, deslizándose, buscando, empujando entre los muslos. Haciendo que ella se estremeciera. Aliviándola, acariciándola. Abriendo los otros labios. Dedos largos entrando y saliendo, fuertes y rítmicos hasta que ella comenzó a gemir.

Entonces deslizó la cabeza hacia su vientre, colocó la boca donde antes estuvieron los dedos y sus labios y su lengua la acariciaron hasta que ella, alzando sus caderas, comenzó a jadear y, temblorosa, envuelta en una nube de placer, llegó al clímax.

Exhausta y satisfecha, él la envolvió de nuevo en la bata y ella evitaba mirarlo, avergonzada de haberse entregado.

—¿Estás bien? —preguntó él mientras la besaba con ternura en la frente. Ella asintió con los ojos cerrados para que él no pudiera adivinar nada. Ningún hombre la había llevado a tal placer de ese modo. Era como si hubiera vuelto a perder la inocencia—. La próxima vez, vendré preparado.

Ella abrió los ojos y vio cómo él la miraba como si fuera suya, sin esconder lo que estaba pensando.

Deseó que él la tomara y acabar de una vez. Sabía que estaba en deuda.

Decidió ser sincera. Se sentó y, arreglándose la bata, respondió:

—Lo siento, pero no habrá una próxima vez.

—¿Qué? —asombrado, él se incorporó y la agarró de un brazo

obligándola a mirarlo—. ¿Qué estás diciendo?

—No quiero que vengas más por aquí —ella no podía soportar esa relación basada en el sexo, de la que él podía marcharse cuando quisiera.

—Pero… —la escrutó con la mirada y vio que hablaba en serio —, ¿entonces esto qué fue?

Ella lo interpretó como una acusación, que quizás se merecía. Había dejado que él le hiciera el amor sin dar casi nada a cambio y estaba cortando en seco la relación.

—Tú quieres hacerlo bien y yo no te lo voy a impedir, pero ahí termina todo.

Esme no podía permitir que él entrara y saliera de su vida a su gusto. Sabía que no podría soportarlo.

—¿No me lo vas a impedir? —repitió él—. ¿Eso que es, una invitación o una despedida?

—Yo… no… yo solo quería decir… —ella tartamudeaba al ver la expresión de furia en su cara.

—¡Olvídalo! —la apartó de él—. Yo sé lo que querías decir. Un favor por otro favor. Pues, ¡no, gracias!

Se puso en pie, se metió la camisa en los pantalones, agarró la chaqueta y se dirigió hacia la puerta antes de que ella pudiera decir nada más.

Ella lo siguió y lo asió por la manga.

—No lo entiendes.

—¿No lo entiendo? —gruñó él—. ¿Por qué no vienes a mi casa y me lo explicas cualquier día? Quizás cuando te sientas un poco sola y necesites compañía masculina. ¿Quién sabe? Si estoy lo suficientemente necesitado, quizás te haga caso.

—No es eso —protestó Esme entre sollozos.

—¿No? —sus ojos quemaban de desprecio.

Él nunca había mirado a Esme de ese modo. A ella se le rompía el corazón mientras le contestaba:

—Tú fuiste quien vino a mí.

—Más tonto aún —rezongó, y apartándola de un empujón, salió dejando la puerta abierta.

Esme la cerró de un portazo en un gesto de desafío, antes de

entregarse desconsoladamente al llanto.

¿Qué era lo que había hecho?

Capítulo 6

¿Qué era lo que había hecho?

Se despertó al día siguiente preguntándose lo mismo, y por desgracia recordaba la respuesta demasiado bien. El fuego de la chimenea se había extinguido dejando solo cenizas y ella se sentía igual, muerta por dentro.

Una vez extinguida la pasión, solo quedaban cenizas.

O mejor dicho, vergüenza. ¿Cómo podía ser tan débil? ¿Cómo podría mirar a Jack de nuevo?

Pensó en salir corriendo, dejándolo todo.

¿Pero adónde? Ese era el problema. No podía ir a casa de su madre, pero ¿quién más la podía acoger?

Pensó en Charles y rechazó la idea, cuando sonó el teléfono.

Se quedó mirándolo. ¿Quién podía ser? Seguro que no sería Jack. Él había dejado bien claro que ella tendría que buscarlo a él.

—¿Sí? —contestó.

—¿Esme?

—Sí. Hola Charles —dijo aliviada.

—Ya sé que estás muy ocupada, pero quería saber si esta noche estás libre. Podríamos ir a cenar.

Esme notó el tono inseguro de su voz. Tenía que hacer algo. No era justo tenerlo en vilo.

—¿Por qué no vienes aquí, Charles? Yo cocinaré algo —pensó que sería más fácil cortar con él en casa.

—Yo… bueno… —Charles estaba claramente sorprendido—. ¿Estás segura? No quiero causarte molestias.

—Ninguna molestia —Esme le aseguró, aunque ya se estaba arrepintiendo—. Digamos, a las ocho. Telefonéame desde el coche y saldré a abrirte la verja. Ahora tiene control remoto.

—Ah, la nueva escoba —bromeó Charles—. ¿Qué tal es?

—En verdad, no lo sé —mintió Esme—. Oye, tengo que irme. Te veré esta noche.

—De acuerdo. Encantado.

Después de colgar Esme hizo una mueca. El tono de Charles era cariñoso. Estaba claro que no sabía para qué lo invitaba.

Desde luego no tenía que preocuparse por su comportamiento. Se lo diría con tacto para no herir sus sentimientos y él lo aceptaría. Era todo un caballero. Entonces, ¿por qué no podía quererlo?

Esme sospechaba que era un defecto de ella y ya era suficientemente adulta para no engañarse a sí misma.

Se avergonzaba de su comportamiento a los dieciséis años. ¡Adorar a Jack como si fuera un dios!

Cierto que era muy atractivo. Todavía lo era. Y había sido amable con ella diciéndole que tenía talento y que era inteligente. Pero su padre le pagaba como tutor, y quizás eso era parte del trato.

Pero la noche anterior no había dicho nada amable. Y, después de diez años, había conseguido volver a estropearle la vida. Al menos esa vez no habría consecuencias a largo plazo.

Eso la hizo pensar en Harry y en cómo tenía que abordar el tema de que no debía comunicarse con extraños.

Preparó un buen discurso, pero cuando fue a recogerlo a casa de Adam, Harry estaba tan contento que no quiso estropear su buen humor y escuchó con todo detalle que Adam lo había llevado a un sitio muy emocionante llamado Laser Quest, antes de prometerle que lo llevaría de nuevo algún día.

Harry hizo una mueca.

—Es para chicos, mamá —no pretendía menospreciarla, pero Esme se sintió inadecuada. Por mucho que lo intentara nunca podría llenar el hueco de un padre en la vida de Harry. Volvió a pensar en Jack. Era cierto que Jack le había gustado al niño y se había comportado amigablemente con él. Pero eso no quería decir que iba a aceptar a un hijo que nunca había deseado y Harry merecía algo más que un padre renuente—. ¿Qué hiciste anoche, mamá?

—Ya sabes. Un poco de trabajo, mirar la tele…

—Oh —Harry parecía decepcionado.

Esme añadió:

—Esta noche va a venir Charles. Lo he invitado a cenar.

—Bien —Harry no parecía entusiasmado—. Yo no tengo que estar, ¿verdad?

—No —Esme se sintió aliviada—. Creía que Charles te gustaba…

—Está bien —accedió Harry—. Pero hace preguntas estúpidas.

—¿Cómo cuáles?

—Como: ¿Qué tal el colegio? y ¿Juegas al rugby? Y ¿Qué quieres para navidades?, cuando aún estamos en Pascua.

Esme se habría reído si no se hubiera sentido culpable.

—Solo está tratando de darte conversación.

—Es muy aburrido.

—Quizás debería escribirte mensajes electrónicos —le espetó—. Parece que los prefieres. He oído que eres como una cotorra en el ordenador.

Sonaba como una acusación y Esme se arrepintió enseguida de lo dicho, deseando que Harry no se diera por aludido. Pero Harry era muy rápido y tras un breve silencio dijo:

—Jack vino a verte.

—Si quieres decir el señor Doyle, sí. Vino anoche.

Harry la miró y vio la expresión de su cara.

—Estás enfadada, ¿verdad?

—No, pero habíamos acordado que nunca utilizarías el ordenador para hablar con extraños.

—¡Él no lo es!

—No interrumpas —replicó ella—. Prácticamente lo es.

—Pero antes vivía en nuestra casita. Tú lo conocías cuando eras pequeña.

—No estamos hablando de eso —Esme se estaba exasperando—. Si hubiera querido que fueras a mendigar, te habría mandado en persona, sin zapatos y con una gorra en la mano. Pero no lo quiero, así que te ruego que no vuelvas a hablar con él.

Esme lo miró para saber si lo había disgustado, pero solo vio una expresión de terquedad.

—¿En el ordenador? —preguntó— ¿O de ninguna forma?

¿Cuándo se había vuelto tan pedante? ¿O era que lo acababa de notar después de ver la versión adulta?

Iba a decir que de ninguna forma pero no lo hizo. Algún día querría hablar con su padre y ella no quería que recordase que se lo había prohibido. ¿La perdonaría por no decirle la verdad?

—No importa. Nos mudaremos pronto.

—Él dijo… —comenzó a murmurar Harry decepcionado.

Tenía que escoger entre decirle la verdad o mentirle. ¿Qué podía importar si el niño se decepcionaba de Jack? Después de todo quien tenía que vivir con Harry era ella. Jack no debía haber hecho promesas que no podía cumplir.

—Toma —trató de darle el mando a distancia para que abriera la verja.

—No, gracias.

Esme estaba irritada pero se dominó y utilizó el mando. Cuando llegaron a la casita Harry corrió hacia su habitación, pero Esme lo detuvo.

—Mira Harry, deberías saberlo. No tiene nada que ver con Jack. Si quisiéramos quedarnos, él nos dejaría.

—Entonces… si es así, ¿por qué…?

—Me doy cuenta de que es difícil para ti entenderlo —suspiró ella—. Pero pienso que es hora de que nos mudemos. No es bueno para ninguno de los dos que estemos aquí solos, tan aislados.

—Quiero ir a mi habitación —interrumpió Harry.

Esme se sorprendió del tono. Estaba preocupado y ella tendió la mano para hacerle una caricia, pero él la evitó. No podía hacer nada por contentarlo y lo dejó tranquilo hasta la hora de cenar.

Le llevó unos sándwiches, leche y una manzana. Harry estaba sentado frente al ordenador.

—¿Tienes bastante?

—Sí, gracias.

—¿Quieres hablar?

—Si tú quieres.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Esme consiguió no enfadarse. Aunque Harry contestaba con monosílabos, estaba siendo educado. Decidió concentrarse en preparar la cena para Charles.

No hizo grandes esfuerzos con su apariencia y, cuando Charles telefoneó, bajó a abrir la verja. Otra vez tuvo que darle varias veces al mando para que se abriera. ¿Por qué no habría dejado Doyle las viejas?

Cuando Charles entró, se subió al coche con él y no fue

suficientemente rápida para evitar el beso de saludo. Fue agradable, pero nada más. Esa noche tenía que terminar con él.

Fue difícil hacerlo puesto que Charles no dijo ni hizo nada que sugiriera que deseaba una relación que no fuera solo amistad, pero cuando llegaron al café pasó el brazo por detrás de ella.

—¡Falta la leche! —exclamó Esme levantándose de pronto para escapar. Volvió a los pocos segundos—. Lo siento, no queda.

—No te preocupes. Yo no tomo leche.

—¿No tomas? —hizo como que lo acababa de descubrir—. Eso demuestra que no sabemos mucho el uno del otro, ¿verdad?

Era un comienzo y se sintió satisfecha, aprovechando para sentarse en una silla.

—Sabemos las cosas importantes —sonrió Charles—. Quiero decir, venimos de mundos parecidos, nos gustan las mismas cosas, la ópera, el ballet, la caza…

Esme sintió que se hundía. Era el comienzo de un discurso que ya se sabía.

—No tantas —decidió contradecirlo—. En realidad la caza no me gusta. Siempre me ha parecido un poco salvaje, caballos y perros persiguiendo a un pobre zorro.

Seguro que eso no le iba a gustar a Charles.

—Bueno, sí —Charles sonrió con indulgencia—. Eso es cuestión de opiniones, aunque cualquier granjero puede decirte lo dañinos que son los zorros. De todos modos, admiro tu postura —Esme no quería que él admirara nada. Quería que abriera los ojos y se diera cuenta de que no tenían nada que ver—. De todos modos, quería decir la hípica —continuó él—. Eras tan buena saltando. Deberías volver a practicarlo. Podrías usar uno de mis caballos.

—Gracias, pero suelo estar muy ocupada con el trabajo y lo demás.

—De momento, sí —concedió él—, pero si tu vida fuera diferente… Eso es lo que estoy intentando decirte. Me gustaría cambiártela. De hecho, vine aquí porque me gustaría discutir el futuro…

—Charles… —Esme intuía lo que él iba a decirle y quería detenerlo a toda costa—. Es muy amable por tu parte, pero ya he hecho algunos planes. Quiero que mi negocio crezca y mudarme. Probablemente a Londres. Allí es donde está el trabajo.

—Yo… bueno… —la información había dejado perplejo a Charles—. No pensaba que te tomaras tan en serio el pasatiempo ese de la decoración.

Esme hubiera querido aclararle que no era pasatiempo sino trabajo, pero no era culpa de Charles que se hubiera quedado anclado en la época en que las chicas solo trabajaban para entretenerse antes del matrimonio.

—Totalmente en serio —subrayó Esme—. Es por eso que quería hablar contigo esta noche. Has sido estupendo, saliendo conmigo e invitándome, pero te mereces algo mejor. Alguien que se pueda dedicar más a ti… Y entre los compromisos de mi carrera y Harry, yo no podré hacerlo.

—No, claro —contestó él completamente decepcionado—. Ahora lo veo y te agradezco tu sinceridad.

Esme quería contestarle: «No seas tan bueno. Enfádate por una vez. Defiéndete. Dime que soy una bruja». Pero solo respondió:

—¿Quieres más café?

Era una indirecta y Charles la recibió, miró el reloj y exclamó:

—¿Es esta hora? No, gracias. Me tengo que ir.

—Bueno —dijo ella poniéndose en pie—. Voy por una chaqueta y te acompaño hasta la verja.

Cuando llegaron a la verja resultó que no la podía abrir.

—El fallo es de tu mando o de la verja —Charles decía lo obvio —. Tendremos que llamar a la casa grande. Me parece que hay un intercomunicador en un lado de la columna —antes de que Esme pudiera detenerlo, ya estaba fuera del coche. Quizás era mejor que fuera él. O tal vez no—. Es un tipo raro. Le dije quién era pero insiste en comprobarlo contigo.

—De acuerdo, iré yo.

Esme se acercó al intercomunicador y llamó con insistencia.

—¿Sí? —contestó una voz fría.

—Soy yo.

—¿Tú?

—Esme.

—¿Sí?

Esme apretó los dientes.

—Mi cacharro ese de hacer clic no funciona.

—¿Tu cacharro de hacer clic? —repitió él en tono burlón—. ¿Y cuál sería el nombre técnico de eso?

—Mi… ¿cómo se llama?, mando a distancia dejó de funcionar.

—¿Lo has dejado caer? —preguntó él.

—No, ¿por qué? ¿Eso haría que funcione?

—¿Estás de broma?

—Pues no —replicó enfadada—. Está lloviendo y me estoy mojando, así que por favor ven y haz algo. Charles tiene que irse.

—¿Solo? No me lo puedo creer.

—¿Acaso es asunto tuyo? —rugió ella.

—Y anoche, ¿fue asunto suyo?

¿Estaba amenazando decirle a Charles lo que había sucedido entre ellos? En realidad no importaba ya que su relación con Charles había terminado, pero ella no quería herir a Charles haciéndole creer que había terminado por culpa de otro.

—Había olvidado que es celoso —continuó Jack—. No te preocupes, será nuestro pequeño secreto.

Estaba burlándose de ella.

—¡Vete al infierno! —dijo Esme sin darse cuenta de que la verja se estaba abriendo.

Cuando vio que estaba abierta fue hacia el coche, por el lado del conductor.

Charles la miró preocupado.

—¡Estás empapada!

—Estaré bien —contestó agarrando el paraguas que él le ofrecía.

—Parece un demonio —añadió Charles—. ¿Es por eso que te vas a trasladar?

—Es una de las razones —dijo mirando hacia la verja—. Será mejor que te marches no vaya a ser que la cierre de nuevo.

—Cuídate, Esme.

—Tú también —se inclinó hacia el coche y le dio un beso en la mejilla—. Gracias por todo.

Era la despedida y ambos lo sabían.

Esme esperó hasta que Charles atravesó la entrada antes de llamar de nuevo por el intercomunicador.

—Ya puedes cerrar —informó con frialdad.

—¿Ya se ha ido?

—Sí.

—Bien.

¿Bien? ¿Qué era eso, su aprobación?

Esme se alejó de la verja rezongando. Se preguntaba si iba a tener que enfrentarse con la Inquisición cada vez que quisiera salir de Highfield.

Seguro que a él también lo molestaría.

De regreso a la casita, Esme se secó, se puso el camisón y fue a lavar los platos de la cena maldiciendo a Jack y sus malditas e inútiles puertas de seguridad.

Pero estaba satisfecha porque había conseguido hacer lo que se había propuesto: terminar con Charles sin demasiado disgusto. Estaba segura de que él iba a proponerle matrimonio y ella había conseguido evitarlo. Pero si de verdad la quería, ¿por qué había cedido con tanta facilidad?

Sin darse cuenta, volvió a pensar en Jack. No podía imaginárselo aceptando un rechazo cuando quería algo o a alguien. Incluso con Arabella no había renunciado a ella por lo que la madre había dicho, sino porque se dio cuenta de que era solo la mensajera y que era Arabella quien no lo consideraba lo suficientemente bueno. Y su reacción no había sido de decepción, sino de ira. Esme lo sabía bien pues había recibido la revancha aunque en forma de pasión. De todos modos, ella se lo había buscado haciendo de segundona de Arabella.

Pero eso había sido entonces. Ya no estaba bajo la sombra de su hermana y podía hablar con ella sin envidia. Su propia vida era más feliz y tenía más sentido.

Sin embargo, la antigua Esme volvía a ratos.

De acuerdo. Ya no perseguía a Jack como un cachorrito, ni veneraba sus sabias palabras. Ni se preocupaba de si la veía o no. Había abierto los ojos y lo veía tal cual era. Un inteligente, arrogante y atractivo canalla. Pero, sin embargo, había sucumbido ante él.

¿Por qué? Esa era la cuestión. Pensó en la noche anterior. Él había ido a hablar sobre el arrendamiento y los mensajes de Harry y le había ofrecido ayuda. Ella la había rechazado sugiriendo que quería

comprarla y él había contestado que nunca había sido necesario. De ahí, las cosas habían degenerado. Habían terminado hablando de sexo y ella se había sentido repelida y, a la vez, fascinada. Pero no había nada de falso en sus gemidos y en el orgasmo que él le había provocado.

Esme se sintió estremecer. La respuesta era que estaba necesitada. Así de simple. Necesitaba tener una relación sexual. Después de tres años de castidad, su cuerpo la había traicionado.

Que lo hubiera hecho con Jack no tenía un significado especial. Él era quien estaba allí en ese momento. Era muy bueno en lo que hacía y ella había sido débil. Fin de la historia.

Tenía que enfrentarse a ello. No era tan autosuficiente como creía.

Se dijo que nunca más le sucedería pero una voz interior se burló diciendo: «¿a quién pretendes engañar?».

Era tarde y estaba cansada. Subió las escaleras, comprobó que Harry estuviera durmiendo y fue a acostarse.

Por la mañana, ya no llovía. Esme se despertó al oír que llamaban a la puerta. Eran las diez y no había oído el despertador. Tardó unos segundos en despejarse y agarrar algo de ropa.

Oyó que quitaban el cerrojo y unas voces en el vestíbulo.

—Quizás tú puedas convencerla.

—No creo que pueda —contestó Jack—. Tal vez ella tenga razón. Esto es muy aislado.

—Mejor que la ciudad —opinó Harry—. Si voy allí, nunca me libraré de ellos.

Esme se sorprendió. ¿Estaba Harry tan mal en el colegio?

—¿Ellos? —preguntó Jack.

—Los chicos del colegio.

—¿Bravucones? —no se oyó una respuesta y Esme supuso que Harry había asentido—. Sí, esas cosas pasan cuando uno es diferente.

—¿Te pasó a ti? —preguntó Harry.

—A veces —confirmó Jack.

—¿Y qué hiciste?

—Me gustaría darte una fórmula mágica, pero me temo que no la hay. Puedes decírselo a tu maestra.

—Ya lo hice.

—¿Y no hizo efecto?

—Ella dice que debería intentar encajar y hacerme amigo de ellos.

—Muy bien —aplaudió Jack con sarcasmo—. ¿Eso tienes que hacerlo antes o después de que te peguen?

Harry se rio.

—Durante, tal vez.

—¿Se lo has dicho a tu madre? —sugirió Jack.

—Ella sabe que me ponen motes y eso —confesó Harry—, pero si le digo lo seria que es la cosa, irá al colegio a protestar y será peor.

—Sí, lo entiendo. Pero ellos solos no van a parar si alguien no los obliga a ello. Debes decírselo a tu madre. Por cierto, ¿dónde está?

—En la cama —dijo Harry sin pensarlo—. Voy a buscarla.

Harry llamó a la puerta de Esme y ella contestó:

—Salgo en un momento. Ve a tomarte el desayuno, mientras hablo con el señor Doyle.

Jack estaba en el vestíbulo vestido con vaqueros y camiseta blanca, recién afeitado y muy atractivo.

—¿Sí?

—Te he traído un mando a distancia nuevo. Es el único de repuesto. ¿Me puedes dar el defectuoso?

—Claro —Esme abrió un cajón del aparador y se lo dio.

—Gracias. Mira, he estado hablando con Harry…

—Lo sé. Os oí.

—Bien.

—Ya me encargaré —dijo en tono cortante.

Jack siguió allí parado y ella lo miró desafiándolo a dar consejos que ella no había pedido.

—En cuanto anoche, me porté un poco mal, lo reconozco. Sospecho que fue en respuesta al tono de tu amigo.

Esme se sorprendió. Charles solo tenía un tono.

—¿El tono? Charles siempre es muy educado.

—Entonces fue eso —hizo un gesto—. Clase alta inglesa, pedante, escrupulosamente educado y algo condescendiente.

—¿Y tu tono cómo es? —Esme no pudo resistir atacarlo—. ¿Chico de clase obrera que ha tenido éxito en la vida con un algo de resentimiento?

Jack se rio. ¿No se daba cuenta de que lo estaba insultando?

—¿Y tú? Déjame ver… Dama inglesa, aparentemente lejana e intocable, pero por debajo…

—¿Querías algo más? —interrumpió Esme.

—Creo que ambos sabemos que quiero algo más, pero tendré que aguantarme por ahora. Me voy a Tokio esta mañana. Si tienes algún problema más con la verja, habla con Colin Jones, el constructor. Estará trabajando en la casa.

Mientras lo escuchaba, Esme no sabía cuáles eran sus sentimientos. Por un lado se sentía aliviada, pero por el otro sentía que él la estaba abandonando otra vez.

—Tu alquiler —recordó Esme—. Puedo darte un cheque.

—No hay prisa. Volveré dentro de pocos días.

—Como quieras.

—Dile adiós a Harry de mi parte.

—De acuerdo.

—Dile…

—¿Qué? —ella hizo una mueca. No estaba segura de que quería que le dijera nada.

—Dile que mejorará.

—De acuerdo —¿hablaba por experiencia propia?

—Nos veremos, pues —dijo saludando con la mano mientras se alejaba.

Sin darse cuenta, ella le contestó:

—Nos veremos —él se volvió y le sonrió. ¿Acaso creía que había ganado? Ella cerró la puerta de golpe y se fue a la cocina.

—¿Se ha marchado? —preguntó Harry.

—¿El señor Doyle? Sí.

—Podías haberle dicho que entrara.

Esme se sorprendió ante lo que decía el chico más antisocial del mundo.

—Tenía prisa —mintió ella—. Se marcha a Tokio.

—Qué bien —aprobó Harry—. ¿Te dijo cuándo regresaría?

—No —Esme mintió de nuevo—. Pero me dijo que lo despidiera de ti y que te dijera que mejorará… Supongo que sabes lo que quiere decir.

—La vida, supongo. A él lo molestaron en el colegio. Jack… el señor Doyle lo entiende.

¿Y ella? ¿Ella no lo entendía?

—Os oí hablar —confesó Esme—. Dime, ¿de verdad la cosa está tan mal?

Harry hizo una mueca.

—Me llaman cursi, cerebrito y cosas así, pero yo intento no hacerles caso, como tú me dijiste. Solo que eso los pone más furiosos.

—¿Te pegan?

—A veces. Casi siempre patadas. O puñetazos en la cola de la comida, cuando los profesores no están mirando.

—Oh, Harry. ¡Tenemos que decírselo a alguien!

—Ya lo he intentado —Harry se puso furioso—. Pero en cuanto levanto la mano me dan un golpe en la espalda o chillan diciendo que yo les he pegado una patada y entonces soy yo el que tiene problemas.

—Tendré que ir a hablar con tu maestra, cariño. Yo sé que no quieres que lo haga, ¿pero qué otra cosa puedo hacer?

Harry hizo un gesto antes de citar a Jack.

—Jack dice que mejorará.

—No los abusos. Eso no lo dijo —Esme estaba segura—. Lo que en realidad dijo es que no van a parar si alguien no los obliga a parar. Y ya llevan bastante tiempo molestándote, ¿verdad?

Harry no lo negó, pero le rogó:

—Por favor, mami, no vayas. Dentro de poco tendremos vacaciones y la mayor parte de los bravucones se irán al instituto —Esme titubeó. Estaba claro que él no quería que ella luchara sus batallas—. Mami, por favor… —los ojos grises del niño la miraban solemnemente.

¡Qué familiares le resultaban esos ojos! Tantos años negando que alguien más había participado en hacer a ese niño y allí estaban esos ojos para atestiguar la verdad.

—De acuerdo, pero… —Esme comenzó a ponerle condiciones, pero la sinceridad de las gracias del niño la hizo callar.

—Gracias, mami. Eres la mejor —y le dio un gran abrazo.

Ella correspondió con otro, pero siguió intranquila, como si fuera una premonición de lo que sucedería después.

Capítulo 7

La siguiente semana transcurrió sin nada especial. Harry dijo que los bravucones del colegio habían perdido interés en él. Esme lo creyó porque deseaba creerlo. Tenía otras cosas por las que preocuparse. Por fin había encontrado un apartamento medio decente en las afueras de Southbury pero necesitaba dar una fianza. En la siguiente reunión con sus clientes, les pediría un anticipo.

Entretanto, decidió no decirle nada a Harry hasta que fuera seguro.

¿Y Jack? Aparecía en sus pensamientos, pero no en persona. Supuso que aún no había regresado hasta que un día Harry desapareció en el bosque. El instinto la llevó hasta la casa grande y allí lo vio, jugando al cricket con una tabla y una pelota de tenis.

Y no estaba solo.

Pensó en decirle que se fuera a casa, pero se quedó detrás del establo observándolos. Jack pedía consejo antes de lanzar la pelota y gritaba: «¡Buen tiro!» cada vez que Harry le daba.

Había también otro hombre, con acento estadounidense, que podía ser el socio de Jack.

Jack y Harry se reían y sus cabezas estaban en el mismo ángulo. ¿Cómo podía ser que Jack no reconociera el parentesco, cuando estaba tan claro?

Durante diez años le había negado un padre a Harry, convencida de que ella podía serlo todo para él. Pero ¿cuándo había jugado al cricket con él? ¿O a cualquier otro deporte? ¿Y cuándo lo había hecho reír con tantas ganas?

«Déjalo ya», se dijo a sí misma. Jack estaba jugando con Harry porque era domingo y no tenía nada mejor que hacer. Y solo era un improvisado juego de cricket y no un rito misterioso entre padre e hijo.

¿Qué pasaría si confesara: «Este es tu padre, Harry». Podía imaginar la cara de shock y luego la de esperanza. ¿Y Jack? ¿Cómo reaccionaría? Un hombre en la treintena, que evitaba los compromisos…

Volvió a la casita y Harry apareció al poco rato.

—Siento haber llegado tarde —su expresión era de felicidad.

—No importa —fue al frigorífico a sacar el almuerzo.

Harry la miraba de reojo, pero al poco rato confesó:

—Me desvié por el camino de la casa grande a ver si ya habían terminado de asfaltar.

—¿Han terminado? —preguntó Esme.

—Sí. El señor Doyle estaba en el patio. Ya ha vuelto del Japón.

—¿Ah sí? —ella logró mantener el tono neutral.

—Estaba con un amigo que se llama Sam, y que tiene un hijo de mi edad. Jugamos un poco al cricket porque el chico no sabe jugar. Es estadounidense.

—Yo no… —Esme iba a decir que no había visto al otro chico pero se detuvo a tiempo.

—¿Tu no qué, mamá?

—Nada —contestó Esme sonriendo para quitarle importancia.

—No te importa, ¿verdad?

Sí que le importaba, y por muchas razones la lastimaba, pero no podía decirlo.

—No, en realidad, no —mintió.

—Bien —la cara de su hijo se alegró—, porque Jack dice que te tengo que pedir permiso si quiero volver después del almuerzo a ver a Eliot, el chico estadounidense.

Esme tenía que admitir que Jack se estaba comportando bien, estableciendo algunas reglas.

—Puedes ir, si quieres —dijo en voz baja.

—¡Estupendo! —se terminó la ensalada de pollo en un santiamén y salió corriendo.

Esme pasó parte de la tarde comprobando los dibujos que había hecho para los Claremont y que tenía que entregar el día siguiente. No eran clientes fáciles pues siempre estaban en desacuerdo entre ellos, pero Esme estaba bastante orgullosa de su trabajo.

Luego se dedicó a seleccionar en el cuarto trastero las cosas que podían servirle. Tenía que ser implacable porque todas sus pertenencias no iban a caber en un apartamento más pequeño.

Había hecho una pila de cosas y cuando Harry volvió le preguntó qué hacía.

—Limpieza de primavera —contestó.

Los ojos del niño se ensombrecieron.

—¿Nos vamos a mudar?

—Quizás.

Cuando se sentaron a cenar Esme no le preguntó nada sobre la tarde. Saber que había estado con Jack era una cosa y saber lo que había hecho era otra. Pero Harry estaba deseoso de contarle. Se había divertido mucho, la mayor parte del tiempo con Eliot, pero también hablaba de Jack.

—Aún no se ha trasladado del todo —informó Harry—. Dice que está buscando a un decorador. Sam, el padre de Eliot, dice que será mejor que primero busque una esposa, porque si decora y luego se casa, ella lo cambiará todo. Yo le sugerí que fueras tú —dijo inocentemente.

—Como diseñadora, espero.

—Si no, ¿cómo qué?

—Olvídalo —dijo ella.

—Ah, ya entiendo. Como su mujer. ¿Y por qué no? —preguntó Harry pensándolo—. Podrías gustarle. No eres tan mayor, mami, y a veces estás muy bonita. Si fueras más amable con él…

—Gracias —dijo Esme—, pero preferiría arreglar mi vida amorosa sin tu ayuda, si no te importa.

Harry hizo una mueca.

—Solo trataba de ayudar. Él es muy rico, ¿lo sabías?

—Ah, claro. Eso es lo más importante. Será mejor que lo pesque pronto antes de que otra buscadora de oro lo enganche primero.

—Muy gracioso. Es mejor que ese Charles que es tan aburrido.

—¡Harry! —lo regañó ella—. No habrás estado hablando de eso con Ja… con el señor Doyle, ¿verdad?

Hubo una pausa y Harry se sonrojó.

—¿Por qué iba a hacer eso? Tengo que ir a hacer los deberes.

Esme le habría pedido los detalles de la conversación. Pero no serviría de nada. Lo dicho, dicho estaba. ¿Sería culpa de Jack que Harry se hubiera vuelto tan charlatán?

De todas formas, a ella la preocupaba lo que hubiera dicho. Cosas como que tenía diez años y no nueve, que nunca había conocido a su padre ni sabía su nombre.

Para estar tranquila debería prohibirle a Harry que fuera a la casa grande.

A la hora de dormir, cuando subió a darle las buenas noches, comenzó:

—Harry, en cuanto al señor Doyle…

—Jack —corrigió él—. Él me ha dicho que debo llamarlo Jack.

—De acuerdo, Jack —lo intentó de nuevo—. Sé que te gusta.

—Claro. ¿Y a quién no? No solo por el coche y otras cosas, mamá. Es verdaderamente divertido. Y es muy inteligente.

—Estoy segura —Esme no estaba de humor para escuchar las virtudes de Jack—. Pero tal vez sea mejor que no vuelvas a la casa grande.

—¿Por qué? —Esme no tenía preparada una respuesta y Harry contestó por ella—. Solo porque a ti no te gusta.

—Yo… yo… no… —Esme deseaba que fuera así de simple—. No es eso. Es más por una cuestión de intimidad. Tienes que respetar su intimidad.

—¿Y puedo ir si él me invita?

—Yo… supongo que sí —no tenía fuerzas para prohibírselo todo.

Más tarde, Jack telefoneó, y después de intercambiar saludos, preguntó:

—Pensé que debía comprobarlo contigo. ¿Harry tenía permiso para venir aquí?

—Sí. Pero si te molesta…

—En absoluto —él le aseguró—. Fue estupendo para Eliot, el hijo de Rebecca y Sam Wiseman, tener a otro chico por aquí. Dile que puede venir siempre que quiera.

—Es muy amable por tu parte, pero nos mudaremos pronto.

—¿Has encontrado algo? —dijo Jack, y Esme pensó que no le importaría mucho.

—Creo que sí.

—Bueno, si necesitas ayuda en el traslado…

¿Era un ofrecimiento, o estaba ansioso por librarse de ella?

—Llamaré a una empresa de mudanzas —contestó algo cortante.

Al oírla, Jack se rio.

—Te gusta la vida difícil, ¿verdad, Esme?

—La vida es difícil —contestó ella y colgó.

Esme pensaba que debería sentirse satisfecha. Le había demostrado que podía pasarse sin él y su generosidad. Pero ¿por qué había sido tan descortés? Él había recibido el mensaje, pero ella sentía que era una desagradecida.

El lunes se despertó del mismo mal humor, pero se convenció de que tenía que ser positiva para la cita con sus clientes. Podía haberse ahorrado el esfuerzo porque Edward Claremont se retrasó más de una hora.

No pidió disculpas y mostró poco interés en los dibujos, pero Esme se decidió a pedir el anticipo. Fue entonces cuando Edward Claremont soltó la bomba. No habría reforma porque había decidido vender la casa. Y no se sentía obligado a pagarle el tiempo que había empleado. A ella la había contratado su esposa y su esposa se había marchado con otro.

Ciertamente no era culpa de Esme y ella trató de convencerlo, pero él la despidió sin ni siquiera darle las gracias.

Condujo a casa muy disgustada pensando en todo el dinero que había perdido y preguntándose si su suerte podía empeorar.

Y empeoró. A solo dos millas de casa el motor de su coche hizo un ruido y se paró. ¡Se había olvidado de echar gasolina!

Tenía tres opciones: llamar a los servicios de rescate, hacer autoestop o caminar. Miró el reloj y se percató de que no llegaría a tiempo de recoger a Harry. Menos mal que tenía un teléfono móvil. Llamó al colegio. Seguro que podrían retenerlo hasta que ella fuera.

La directora del colegio le dijo que su amigo ya había recogido a Harry.

—¿Qué amigo?

—Un hombre que suponían que era su novio.

—¿Cuál es su nombre? —Esme sentía pánico.

—No estoy segura —reconoció la señora Leadbetter—. En realidad no se presentó.

—¿Qué aspecto tenía?

—Vamos a ver… Alto, de pelo oscuro, bastante atractivo. Su hijo lo conocía, señora Hamilton, y vino como respuesta a nuestra llamada.

—¿Su llamada?

—Sí. Hoy hubo problemas en el colegio —reveló la directora—, y pensamos que sería mejor que Harry se fuera a casa pronto.

—¿Problemas?

—Una pelea entre Harry y otro chico.

—¿Está herido Harry?

—No mucho, y fue su hijo quien inició el conflicto. Se negó a reconocer su culpa y a volver a clase, por lo que no tuvimos otra opción que enviarlo a casa.

Esme no lo podía creer.

—Harry nunca se ha peleado con nadie. ¿Usted sabe que unos chicos lo acosan?

—Sí, bueno… —la directora escogía las palabras—. Somos conscientes de que la situación es bastante más compleja de lo que pensábamos. Si pudiera venir mañana a hablar con nosotros…

—Ya veré —Esme quería hablar con Harry antes de nada—. Lo siento, tengo que irme —añadió, y colgó.

Consultó el contestador de su teléfono y había dos mensajes. Uno del colegio para que los llamara. El otro era de Jack sencillo y escueto: «Llamaron del colegio de Harry. Harry está bien pero ha habido un problema de disciplina. Voy a ir a buscarlo. Estará en casa. No temas».

«¡No temas!». Repitió y, siguiendo el consejo, respiró hondo un par de veces antes de evaluar la situación.

Harry estaba bien. Eso era lo principal. Cualquier problema con el colegio podía solucionarse. Ella tenía que llegar a casa.

Intentó de nuevo poner el coche en marcha sin resultado. Llamó al servicio de emergencia y le prometieron que irían antes de que oscureciera. Como faltaban seis horas decidió no esperar.

Comenzó a caminar por el arcén, pero antes de recorrer cien metros un coche se paró junto a ella. Una pareja mayor había visto su coche abandonado y, al verla a ella sola por la carretera, se ofrecía a llevarla.

Esme aceptó y se subió a la parte trasera. Después de intercambiar nombres y destinos, la condujeron hasta la puerta Oeste

y esperaron hasta que la abriera y entrara.

Cuando llegó a la casa grande se dirigió hacia la sala de donde provenían unas voces. Llamó a la puerta y entró. La sala casi no tenía muebles y Harry no estaba allí.

—¿Dónde está? —preguntó sin más.

—Arriba, en el ático —Jack y su acompañante se pusieron de pie. Está jugando con Eliot, el hijo de Sam.

—Bien —Esme se propuso mantener la calma hasta saber toda la historia.

—Este es Sam —Jack presentó al otro hombre—, el marido de Rebecca a quien tú ya conoces. Sam, esta es Esme, la madre de Harry.

—Encantado de conocerte —Sam se acercó tendiendo la mano.

—Hola —Esme se la estrechó.

—Tienes un chico muy simpático —le dijo sonriendo.

—Gracias —contestó Esme, pero su tono era seco.

—Iré a ver qué están haciendo los chicos —dijo Sam para quitarse de en medio.

Jack asintió y esperó a que su amigo se marchara antes de hablar.

—Adivino que estás enfadada —dijo Jack al ver que Esme se quitaba la máscara de cortesía—. Pero sentémonos y hablemos de esto con tranquilidad.

—¿Por qué iba a estar enfadada? A mi hijo lo han enviado a casa con alguien que el colegio no conocía de nada y que no tiene permiso de llevárselo. ¡Qué diablos!

—De acuerdo, de acuerdo. Puede que me equivocara, ¿pero qué más podía hacer? Te llamaron primero a ti y luego al segundo teléfono de contacto: tu madre.

—¿Mi madre?

—O al menos a su antiguo número de teléfono —aclaró él—, que al parecer me lo han asignado a mí.

—Oh… —Esme no había actualizado los datos de Harry—. ¡Al menos podrías haberles dicho que no tenías nada que ver con él!

—Podría —reconoció él—, y lo habría hecho si Harry no les hubiera dicho lo contrario.

—¿Qué les dijo?

—Que yo era un buen amigo tuyo —hizo un gesto irónico—, y que vivíamos en el mismo sitio.

—Ya veo. Supongo que al menos les habrás aclarado que no es así.

—Lo habría hecho si la directora no hubiera llegado sola a varias conclusiones, poniéndome en el papel de padrastro honorario. Me pareció más fácil ir en persona a explicar nuestra relación.

—No tenemos ninguna relación —Esme se sintió obligada a recordárselo.

—Todavía —aclaró él, mirándola.

Esme decidió ignorar el comentario.

—¿Aclaraste la situación en el colegio?

—Lo intenté.

—¿Y?

—Nada más puse los pies en su oficina, la directora se lanzó a contarme todo lo sucedido esta tarde. Te lo voy a resumir. Harry empujó a un chico, le pegó varios puñetazos, los separaron y lo llevaron al despacho de la directora donde se negó a relatar lo ocurrido. Como consecuencia lo suspendieron a la espera de una investigación.

—¿Qué? —exclamó Esme, incrédula—. ¿Lo han expulsado?

—Suspendido. Creo que esa fue la palabra que usó la directora.

—¿Y tú dejaste que lo hicieran?

—¿Qué podía hacer?

—Yo… ¿Tú crees que Harry sería capaz de empezar una pelea?

—Si lo provocan lo suficiente, creo que sí —contestó Jack—. Cualquier chico lo haría. Eso fue lo que le dije a la directora cuando por fin paró de hablar —«así que había defendido a Harry», pensó Esme—. También le dije que antes de castigar a Harry debería preguntarse por qué un chico que normalmente se porta bien había actuado así. Y que si expulsaba a Harry sin investigar primero se exponía a un litigio.

Esme no sabía qué pensar.

—¿Qué quiere decir eso, exactamente?

—Que la demandaremos.

Esme estaba horrorizada.

—¿Qué dijo?

—Lo que era de esperar —dijo Jack, sonriendo—. Se retractó inmediatamente y prometió investigar. Entretanto le concedió unas vacaciones a Harry —Jack parecía satisfecho—. Ahora puedes gritarme, si quieres —ofreció él—, porque soy consciente de que me excedí en mis funciones.

Esme iba preparada precisamente para eso, pero tuvo que reconocer que, a pesar de las diferencias entre ellos, Jack había dado la cara por Harry.

—¿Cómo está Harry? —preguntó en vez de ello.

—Físicamente, bien, aparte de una pequeña herida superficial y un par de arañazos. Según dicen el otro chico salió peor parado.

—¿Dices eso para consolarme?

—No, pero sí hizo que Harry se sintiera mejor. Al parecer ese chico y su hermano gemelo lo han estado acosando hace meses.

Y ella no había hecho nada al respecto. Jack no lo había dicho, y a lo mejor ni siquiera lo pensaba. Pero era cierto…

—Y debo advertirte —añadió Jack—, que está empeñado en que no quiere regresar al colegio. Al parecer está lleno de niños antisociales y con poca capacidad intelectual.

—¿Dijo eso?

—No, eso solo es un resumen que no incluye palabras incorrectas como lunáticos e idiotas.

Esme movió la cabeza sin querer admitir que era tan malo.

—Tú fuiste allí, ¿no?

Él asintió.

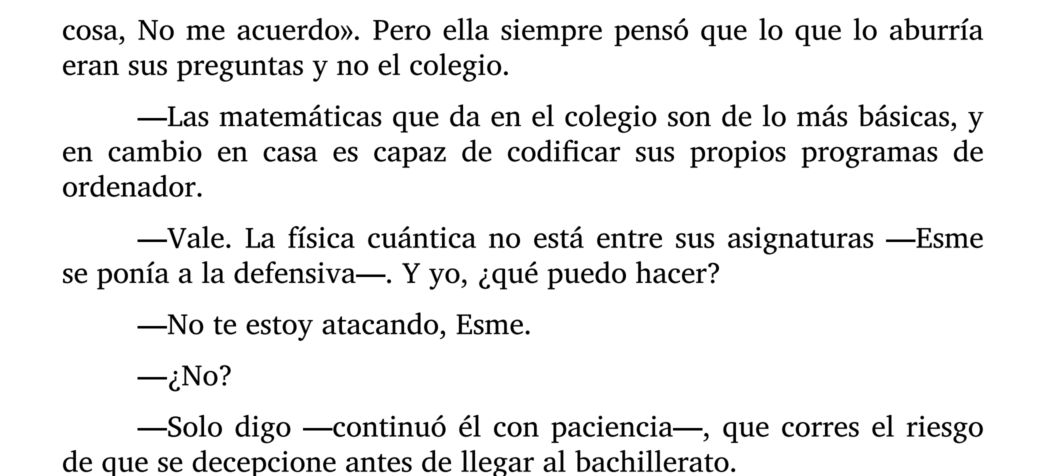
—Sí, y no era muy distinto entonces. El que diga que la época escolar es la más feliz de su vida no asistió a City Road Primary.

Esme lo miró sorprendida. Él nunca se había quejado del colegio.

—Pero a ti te fue muy bien —insistió.

—Era una época diferente. Ahora parece ser que buscan el menor denominador común y dejan a chicos como Harry muertos de aburrimiento.

¿Harry se aburría? Al principio ella le preguntaba lo que hacía en el colegio, pero dejó de hacerlo ante las respuestas de Harry: «Poca



cosa, No me acuerdo». Pero ella siempre pensó que lo que lo aburría eran sus preguntas y no el colegio.

—Las matemáticas que da en el colegio son de lo más básicas, y en cambio en casa es capaz de codificar sus propios programas de ordenador.

—Vale. La física cuántica no está entre sus asignaturas —Esme se ponía a la defensiva—. Y yo, ¿qué puedo hacer?

—No te estoy atacando, Esme.

—¿No?

—Solo digo —continuó él con paciencia—, que corres el riesgo de que se decepcione antes de llegar al bachillerato.

—¿Cuál es tu solución?, porque supongo que ya tienes una.

Jack se daba cuenta de que pisaba terreno resbaladizo, pero prosiguió.

—¿Has considerado enviarlo a un colegio privado?

—Claro —espetó ella—. Pero escogí comer.

Él hizo caso omiso del sarcasmo.

—¿Y tu madre? —sugirió él.

—¿Qué pasa con mi madre?

—¿No podría ayudarte? —Esme se encogió de hombros. No era cuestión de poder sino de querer—. Si no, yo podría ayudar —añadió Jack.

—¿Tú? —eso no estaba previsto—. ¿Por qué tendrías que ayudar tú? —¡cielos! ¿Acaso había averiguado algo? ¿Había dicho algo Harry que lo hiciera llegar a conclusiones?

Jack se fue por la tangente confundiendo aún más a Esme.

—¿Recuerdas cuando fui a Addleston Boys Grammar y saqué sobresalientes?

Esme asintió.

—Fuiste con una beca.

—Una beca parcial. El resto lo pagó tu padre —informó Jack.

Los ojos de Esme se abrieron como platos.

—¿Por qué hizo eso?

—Era un hombre generoso.

Esme no discutió eso. Su madre solía decir que por culpa de la generosidad de su padre y del juego se habían arruinado.

Podía ser cierto, pero le parecía que Jack se guardaba algo.

—¿Lo sabía mi madre?

Jack negó con la cabeza.

—No. Era un secreto entre él y mi madre. No creo que debas decirle nada.

¿Porque Rosalind lo odiaba? ¿O por otro motivo distinto?

Esme recordó que su padre y Mary Doyle hablaban a veces en la cocina y muchas veces se reían y en general mantenían un tono mucho más amistoso de lo que Rosalind había mantenido con la señora Doyle.

—Estás diciendo…

—No estoy diciendo nada más que tu padre era un hombre bueno y me dio una oportunidad en la vida. Me parece justo que yo le pague la deuda a través de su nieto —él hacía que pareciera simple, pero ella no podía aceptar esa oferta de Jack. De Jack, no, pero… ¿del padre de Harry?, ¿qué había de malo en ello?—. Sin condiciones —añadió él al ver que ella dudaba.

—¿Condiciones?

—Sí, como tener que acostarte conmigo como pago.

¿Tenía que ser tan directo?

—Si eso lo dices para tranquilizarme…

—Sí, lo digo por eso.

—Entonces si fuera tú, yo no me dedicaría a una carrera de relaciones públicas.

Él se rio.

—Ya sabes, nosotros los cerebritos de la informática no somos famosos por nuestro tacto con la gente.

Esme hizo una mueca. Fuera lo que fuera, Jack no era un cerebrito. Demasiado atractivo, y con mucha habilidad para manejar a la gente cuando le parecía. La había seducido sin ningún esfuerzo.

Y, al parecer, también había seducido a su hijo. Normalmente reservado, Harry le había contado más cosas a Jack en una tarde que a ella durante meses.

Estaba celosa. Era horrible pero cierto. El hombre y el niño

habían establecido un nexo sin saber el que realmente existía entre ellos.

¿Y si algún día lo averiguaran?

Esme sintió miedo. Quería tanto a Harry que la idea de perderlo era insoportable. ¿Y si le dieran a escoger entre la vida sencilla que llevaba con ella y las cosas que Jack podía ofrecerle?

No. Eso no podía suceder.

Se levantó de la silla.

—Será mejor que vaya a buscar a Harry.

Él también se levantó.

—Te acompañaré al ático.

—Creo que aún sabría el camino.

—Claro —salieron al vestíbulo y ella dejó que él la guiara. Después de todo era la casa de él y ya no le importaba. Lo que le importaba era Harry—. De todos modos, tenlo en cuenta —reanudó él —. Lo de que yo pague la educación de Harry.

Ella quería rechazarlo de golpe, pero, ¿tenía derecho a hacerlo en nombre de Harry?

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

—Solo tienes que decírmelo, ¿de acuerdo? —añadió él con sencillez mientras subían al ático.

Ella asintió.

Jack había transformado el antiguo trastero del ático en una oficina con una iluminación muy potente y muchos ordenadores y otros equipos de alta tecnología.

Harry estaba pegado a una pantalla con otro chico y jugaban a un juego de aventura.

—Harry —ella trató de llamar su atención—. ¡Harry!

—Hola, mami —contestó el niño sin casi levantar la vista.

Esme esperaba encontrarlo arrepentido o preocupado y se contrarió de que no lo estuviera.

—Harry —dijo ella con firmeza—. Tenemos que irnos.

—Cinco minutos…

Esme respiró hondo. No quería hacer una escena delante de Jack pero insistió.

—No, Harry, ahora. Tenemos que hablar sobre lo que pasó en el colegio.

Girando la silla, por fin la miró y anunció:

—No voy a volver. Además, no puedo. Me han expulsado.

—No te han expulsado. Solo tenemos que ir a ver a la señora Leadbetter y aclarar las cosas.

—No voy a ir —el tono de Harry era de rebeldía y miró hacia Jack para que lo apoyara. Pero Esme vio de reojo que Jack solo movió la cabeza.

—Harry… —ella trató de razonar.

Harry le dio la espalda y Esme, atónita por los malos modales, no pudo reaccionar.

No así Jack, que se dirigió a un conmutador que había en la pared y apagó súbitamente el ordenador.

Ambos chicos lo miraron temerosos.

—Eliot —Jack hizo un gesto con la cabeza—, ve a tomarte un refresco o algo.

—Claro —el chico no lo pensó dos veces.

—Harry, tu madre te está hablando —gracias a Jack, el chico prestó atención de inmediato—. ¿Quieres que me vaya? —le preguntó a Esme.

Ella hizo un gesto y Jack se quedó.

Harry la miró con resentimiento.

—Mira, no estoy enfadada contigo —dijo Esme desde un principio—. Solo quiero saber lo que pasó.

—Que empecé una pelea —lo decía sin remordimientos.

—¿Fue a uno de los bravucones a quien le pegaste?

—A Dean Jarrett —contestó él.

—¿Por qué?

El chico se mordisqueó el labio no queriendo contestar y miró a Jack de reojo.

Esme también lo miró inquisitiva.

—No me lo ha dicho —contestó Jack.

—Dean dijo cosas —reconoció Harry.

—¿Cosas? —preguntó Esme.

—Cosas malas. Harry no quería dar detalles.

—Mira Harry —dijo Jack—, contar la historia por entregas no va a hacer que suene mejor.

El chico comenzó a relatar.

—Dean quería que le diera mi dinero o si no él y Dwayne iban a romperme la cabeza. Yo dije que mi padre le rompería la suya, pero se rio. Dijo que todo el mundo sabe que yo no tengo padre porque… porque tú eres una fulana cursi —terminó de decir a toda prisa.

No era de extrañar que no quisiera decírselo a ella.

Esme se quedó horrorizada de que unos chicos pudieran odiarse tanto, de que algún padre estúpido hubiera hecho ese comentario delante de sus hijos, pero especialmente de que Harry se sintiera tan vulnerable que se había inventado un padre.

—¿Sabes lo que quieren decir esas palabras? —preguntó a Harry.

—En realidad, no. Pero sé que es algo malo y por eso le pegué.

—¿Por qué no se lo dijiste a la directora? —preguntó Jack.

Harry se encogió de hombros.

—Ellas no escuchan.

—Pues bien, a mí sí me van a escuchar.

Pero Harry seguía repitiendo con cabezonería.

—Yo no voy a volver.

—Lo siento, Harry —Esme no quería enfadarse con él—. Tendrás que ir al colegio. Es la ley.

—Tu madre tiene razón —reiteró Jack.

Esme agradeció la ayuda de Jack. Pero Harry no.

—Creía que tú estabas de mi parte, pero no lo estás. Eres como los demás. Ninguno de vosotros entiende nada.

—Sí lo entendemos, Harry —Esme trataba de calmarlo.

Pero Harry se enfrentó a ella.

—No, tú tampoco entiendes. Si no, ¿por qué quieres hacerme volver al colegio, o hacerme mudar de casa, o casarte con ese estúpido Charles?

—¡Harry! —¿de dónde había sacado esa idea?—. Yo… ¡Harry! —exclamó cuando el niño pasó por delante de ella corriendo hacia la puerta.

Se quedó tan atónita que no pudo seguirlo. Cuando intentó hacerlo, Jack la detuvo asiéndola de un brazo.

—Yo dejaría que se calmara un poco.

—Pero… ¿y si se escapa?

—Tendrá que escalar las verjas.

Tenía razón pero Esme seguía preocupada. No estaba segura de que ni ella ni Harry supieran manejar la situación.

—Si quieres iré yo a ver qué hace —ofreció Jack.

—¿Irías? —preguntó dudosa.

—Claro —Jack la guio hacia un sofá—. Siéntate ahí y descansa un poco. Pareces exhausta.

Esme no opuso resistencia pero murmuró:

—No puedo quedarme mucho rato. Va a ser la hora de cenar. Además… el coche…

—¿El coche? —él la miró extrañado.

—Se estropeó.

—¿Dónde está?

Era una pregunta razonable pero la mente de Esme estaba en blanco.

—En algún sitio de la carretera que lleva a Dunswich.

Esme temía que Jack hiciera algún comentario burlón. Pero Jack podía ser amable. De hecho, lo había sido ese día a pesar de la hostilidad que ella le mostraba.

—Estoy seguro de que lo encontraremos —la tranquilizó—. Conseguiré a alguien que vaya a arreglarlo.

Ella lo miró avergonzada.

—En realidad, no se estropeó. Se… quedó sin gasolina.

—Ah —Jack comenzó a sonreír, pero no lo hizo.

—Ríete si quieres.

—Podía pasarle a cualquiera. Mejor, eso es mucho más fácil de arreglar. Si me das la llave, enviaré a un par de los obreros a que lo

traigan.

Esme no discutió. Ya tenía demasiados problemas.

—No tardaré —prometió él cuando ella le dio la llave. Lo más seguro es que Harry esté por ahí con Eliot.

Jack se marchó antes de que Esme le diera las gracias. Estaba agradecida, solo que le parecía difícil expresarlo.

Comenzaba a encontrarlo todo demasiado difícil. La situación del colegio, su trabajo, sus finanzas, el mudarse de casa, Harry…

Especialmente Harry.

¿En qué se había equivocado? Harry siempre había sido un niño feliz y fácil de manejar porque era muy razonable. Pero, de la noche a la mañana, las cosas habían cambiado.

Ella había hecho de él un chico cariñoso y bien educado y lo había enviado a un mundo mucho más duro. En realidad no le importaba que sus compañeros de colegio la llamaran fulana cursi, pero la preocupaba que él se sintiera avergonzado.

¿Y Charles? Había salido con él pero nada más. Probablemente Harry había oído o entendido mal alguna conversación y creía que ella estaba a punto de presentarle un padrastro que a él no le gustaba.

También estaba la cuestión de su padre verdadero, que ella nunca le había mencionado, pensando que a él no le importaba. ¿Cómo podía añorar a alguien que nunca había tenido?

Pero lo añoraba. No había amenazado al otro chico con un hermano mayor inventado, sino con un padre. No eran los ordenadores de Jack, ni el coche, lo que él admiraba, sino al hombre, como figura paterna. Podía haberse reído de la ironía de la situación, pero tenía ganas de llorar. Y eso era exactamente lo que estaba haciendo cuando Jack regresó. Él se quedó en la puerta luchando contra la tentación de tomarla en sus brazos y consolarla, pero pensaba que ella no lo dejaría.

Esme no lo había dejado acercarse a ella desde aquella noche en la casita. Jack reconocía que solo había sido por el sexo. Y él lo había disfrutado, claro. Pero le había dejado un regusto amargo, pensando que lo habían utilizado. Entonces, ¿por qué seguía queriendo ayudarla?

Cuando Esme se percató de que él estaba allí buscó un pañuelo en su bolso para secarse las lágrimas.

—¿Esme? —la llamó él con dulzura.

—Estoy bien —estaba furiosa por mostrar tanta debilidad—. ¿Encontraste a Harry?

—Sí. Está con Eliot y avergonzado de su pataleta. Sam se los va a llevar a comer una hamburguesa para que tú y Harry os tranquilicéis. Espero que te parezca bien.

Ella asintió y Jack fue a sentarse junto a ella.

—¿Qué te pasa Esme? No es solo lo del colegio, ¿verdad?

Ella no podía hablarle de lo culpable que se sentía, y solo le dijo lo del trabajo. La cantidad de horas perdidas y su frustración e impotencia.

—¡Qué canalla! —fue el juicio de Jack sobre Edward Claremont.

Al oírlo Esme se puso de nuevo a llorar.

—Soy un desastre.

Jack intuyó la desesperación que había en su voz y se permitió rodearla con sus brazos. Ella se resistió unos instantes pero finalmente apoyó la cabeza sobre el pecho de él y comenzó a llorar desconsoladamente.

Él la consoló hasta que ella se quedó quieta sobre su pecho. Le acariciaba el cabello, pero no se atrevía a tocarla. Era de nuevo una niñita, la Esme que él había añorado todos esos años.

Y él era el chico, el Jack en que Esme confiaba. Pero solo era una ilusión. Habían pasado demasiadas cosas para volver atrás. La vida seguía y había perdido la inocencia.

Esme sintió bajo sus dedos los latidos erráticos del corazón de Jack, iguales a los suyos. Tenía que separarse. Esos brazos masculinos le producían una gran añoranza y deseaba quedarse entre ellos y dejarse amar.

Levantó la cabeza y vio que él la miraba.

—No eres un desastre. Eres preciosa, pequeña Esme ya crecida. No puedo creer que me la haya perdido.

Su voz era como una caricia, como los dedos que le rozaban la mejilla. Palabras dulces que Esme no resistía oír. Pensó que él no sería tan amable si supiera la verdad.

Cerró los ojos y Jack le tomó la cara entre sus manos. Ella contuvo la respiración, esperando. Él posó sus labios sobre la frente de ella con un beso tan ligero que casi no lo sintió.

Entonces, incapaz de evitarlo, Jack fue deslizando su boca hasta

la de ella.

—Si no quieres que siga, párame ahora.

Esme lo oyó y lo entendió, pero no dijo nada. Sus labios buscaron los de él, le rodeó el cuello con los brazos y su suave cuerpo de mujer se tensó contra el suyo.

«Un beso y nada más». Esme se prometió a sí misma mientras él la recostaba sobre el sofá y ella gemía al sentir la lengua de él dentro de su boca. Nada más. Solo las manos de él buscando su piel por debajo de la blusa, y llegando a sus senos, frotando sus pezones e incitándola, hasta que ella no pudo aguantar más y gimió anhelante. Nada más que el cuerpo de él sobre el suyo, tan excitado, haciendo que ella se sintiera ansiosa de tenerlo dentro, amándola.

¡Y cómo la asustaba, desearlo tanto! Quererlo solo a él. Toda la vida, solo a él.

La asustaba tanto que apartó su boca y tomando aliento comenzó a empujarlo por los hombros, temiendo que él no se detuviera.

Pero no fue necesario. En cuanto Jack se dio cuenta de que las manos que lo habían estado acariciando lo rechazaban, se apartó y dejó que ella se retirara al otro extremo del sofá.

Frustrado, Jack se pasó la mano por el cabello.

Esme no se atrevía a mirarlo.

—Lo siento. Lo siento de verdad. No debería haberte dejado…

—No. Yo soy quien debe disculparse. Tú te sientes mal y yo me he aprovechado. Solo puedo decirte que lo que sucedió fue completamente espontáneo.

—Lo sé —era lo mismo que le había pasado a ella.

—Supongo que necesito salir más —añadió él en tono seco.

Esme lo entendió como una broma, pero no la hizo sentir mejor. Así que ella solo era una suplente hasta que él conociera a otra.

No era la primera vez que le pasaba. Se acordó de Arabella.

—Tengo que irme —anunció de repente—. ¿Te importaría mandar a Harry a casa?

—Claro que no.

—Gracias —ella se sentía avergonzada y se dirigió hacia la puerta.

Ya estaba apresurándose por las escaleras cuando él pudo reaccionar.

La siguió más despacio y, cuando llegó al rellano, la llamó.

—Esme…

Podía haber fingido que no lo oía, pero se lo debía. Por Harry y por el llanto. Y por supuesto por lo que acababa de hacerle.

—¿Sí? —se detuvo y miró hacia arriba.

Él la sorprendió con una sonrisa.

—Por cierto, lo decía en serio.

—En serio, ¿qué?

—Que eres preciosa —dijo simplemente, como si fuera un hecho y no una mera opinión.

¿Qué le podía contestar a eso?

Nada. No se le ocurrió absolutamente nada.

Capítulo 8

—Eres preciosa —repitió Esme delante del espejo y luego hizo una mueca—. Sí, una verdadera Miss Universo, con el rímel corrido después de llorar a cántaros y de haber dormido vestida.

Él solo estaba tratando de que se sintiera mejor.

Así era Jack. Así lo recordaba, con dos facetas distintas.

Seguro que él pensaba que las cosas no habían cambiado mucho. La pobre y patética Esme, llorando como un bebé. Pensó que le iba a mostrar quién era.

¿Qué podría hacer para impresionar a Jack?

No encontró respuesta y fue a lavarse la cara antes de que Harry regresara.

Uno de los obreros le llevó el coche y ella le dio las gracias.

Harry llegó más tarde con Jack. Cuando ella les abrió la puerta Harry tenía la mirada fija en el suelo. Jack le dio un golpecito en el hombro y Harry comenzó a soltar todo un discurso.

—Lo siento de veras, mamá —tartamudeó sin mirarla—. No debería haber dicho esas cosas. Iré al colegio mañana y no protestaré si quieres que nos mudemos. Y puedes casarte con el señor Fox si con eso vas a ser feliz.

—Bueno… —Esme no tenía ni idea de qué contestar, pero no fue necesario hacerlo porque Harry preguntó:

—¿Puedo irme a la cama ya?

Esme se preguntaba qué le habría dicho Jack para que mostrara tanto arrepentimiento.

—Sí claro —cuando Harry pasó delante de ella lo agarró por un brazo y lo atrajo hacia ella. Lo abrazó muy fuerte y lo besó, notando con alivio que él se dejaba—. Te quiero —le susurró.

—Yo a ti también —y dirigiéndose a Jack le dio las gracias y se marchó.

Jack sonrió.

—Gracias por traerlo, Jack, y también por ayudarlo a disculparse.

—Solo le di unas ideas.

—Te creo.

—Deberías —insistió Jack—. Las palabras no eran las mías, en especial lo último que dijo.

¿Se refería a su matrimonio con Charles? Ella no comentó nada.

Jack preguntó con picardía:

—Entonces, ¿habrá amonestaciones el próximo domingo?

—¿Por qué no me lo preguntas con claridad?

—De acuerdo —dejó de bromear—. ¿Vas a casarte con ese tipo?

—No.

—Mejor.

—En realidad no es algo que te afecte.

—¿No? —él la miraba fijamente.

—Lo digo porque no puedo permitir que vayas y te cases después de aceptar trabajar en la casa.

—¿Qué?

—Tu otro encargo se ha evaporado. ¿No era lo que te impedía aceptar Highfield?

—Nunca he hecho nada de esa envergadura —le advirtió.

—Entonces será una experiencia provechosa. Así es como los diseñadores se ganan su fama, ¿no es cierto?

—Bueno, sí… pero puede que no te guste lo que haga.

—Eso puede pasar con cualquier diseñador. Pero si no crees que puedas hacerlo…

—No he dicho eso —Esme confiaba en sus habilidades—. Ninguno de mis clientes se ha quejado.

—Bien entonces. Prioridad absoluta es la zona de recepción. Ven mañana y comentaremos tus ideas y tus honorarios.

Esme no podía permitirse rechazar ese trabajo, pero dudó.

—Mira, si me estás dando este trabajo por lástima…

—¿Lástima? —soltó una carcajada—. He creado un negocio multimillonario desde cero. ¿Crees que lo conseguí siendo un filántropo? Es estrictamente por negocio.

—¿Lo dices en serio? —ella no se refería solo al trabajo.

Él la entendió.

—¿Qué quieres? ¿Que ponga una cláusula en el contrato que diga: Guardaré las manos para mí solo? —ella lo fulminó con la mirada. Era obvio que para él era una broma. Y ella solo un pasatiempo— De acuerdo —continuó él—. ¿Qué te parece si ponemos: Yo no voy a intentar seducirte si tú no intentas seducirme a mí?

—Muy gracioso —Esme no recordaba haberlo intentado nunca.

—Lo siento. Solo que no veo qué hay de malo en que nos sintamos atraídos mutuamente.

—Tú no lo verías.

—¿Quién? ¿Yo, como Jack Doyle, o yo, como hombre?

—Ambos —era ridículo. ¿Por qué tenían esa conversación?—. Trabajaré para ti, pero eso es todo.

—Me parece justo —dijo él encogiéndose de hombros—. Quizás lo otro es demasiada molestia —maravilloso. Ella había pasado de ser preciosa a ser una molestia. Eso lo decía todo—. Te veré mañana —añadió—. Me viene mejor por la tarde —dicho eso, se marchó por el camino del jardín.

«Será difícil trabajar con él», pensó ella, pero no tenía otra opción. Necesitaba el dinero.

A menos que se tragara el orgullo ante su madre y le pidiera un préstamo. Llamó a su madre pero le respondió el contestador automático. Le dejó un mensaje para que la llamara lo antes posible, pero Rosalind no lo hizo ni esa noche ni a la mañana siguiente.

Por la mañana Harry y ella fueron al colegio. Mientras pasaban por el patio, alguien gritó:

—¡Eres hombre muerto, Hamilton!

Esme se volvió pero no pudo saber quién había sido. Había varios sospechosos.

—Mamá —Harry la estiró del brazo para que no se parara.

Entraron en el despacho de la directora y la señora Leadbetter apareció enseguida. Al principio estuvo cortés y conciliadora, pero poco a poco el encuentro se deterioró.

Esme quería saber qué medidas iban a tomar para proteger a su hijo contra los bravucones acosadores, y escuchó incrédula que en el colegio no los había.

Luego, Esme pasó al tema de los estudios, sugiriendo que Harry necesitaba un poco más de estímulo. La directora contestó que los resultados mediocres de Harry demostraban que no era más brillante que los demás. Y que no era un colegio privado donde se podía prestar atención especial a los alumnos. En vista de que no había forma de ganar, Esme decidió marcharse.

De regreso a la casita, recibió la llamada de su madre, que le comentaba lo contenta que estaba porque Arabella había regresado de Estados Unidos. Al parecer se lo estaban pasando muy bien, yendo de compras, almorzando y haciendo cosas juntas mientras Arabella se reincorporaba a la vida social.

Esme escuchaba cada vez más irritada. Su vida se estaba desintegrando y su madre solo podía hablar de vestidos, restaurantes y fiestas.

—¿Mamá? —dijo interrumpiendo el monólogo de su madre—. ¿Podrías prestarme algo de dinero?

—Vaya, Esme… —la madre estaba claramente molesta por la interrupción— ¿Es esa la forma de pedirlo?

—Probablemente no —se excusó Esme.

—¿Para qué quieres el dinero? —Esme no quería reconocer que estaba en la ruina—. ¿No estarás metida en algún lío? —continuó la madre—. Hoy en día se oye cada cosa… Incluso los jóvenes de la casa real, inyectándose cocaína…

—La cocaína se esnifa, mamá.

—¿Desde cuándo eres tan experta? ¿No habrás…?

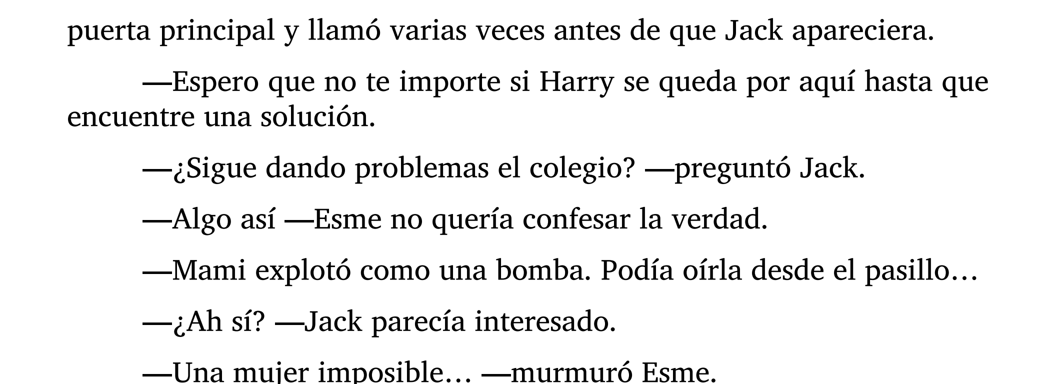
—Por favor, mamá. No llego a fin de mes sin necesidad de convertirme en drogadicta. No. No necesito el dinero para mi próxima dosis. Lo necesito para zapatos para Harry y el alquiler para Jack Doyle, mi nuevo casero. ¿Te acuerdas? Ah, sí. También estaría bien poder comer.

—¡No exageres, Esme! —su madre se impacientaba—. Tienes el dinero de tu tía abuela y tus honorarios como diseñadora. Si no llegas a fin de mes, tendrás que cortar tus gastos.

—Olvídalo, mamá. Tengo que irme. Ya te llamaré.

Después de colgar se quedó pensando en que debería haber llevado mejor la conversación. Había pedido dinero a su madre, pero ya no lo quería. Prefería pedírselo a Jack.

Se dirigió a la casa grande seguida por Harry. Fue hasta la



puerta principal y llamó varias veces antes de que Jack apareciera.

—Espero que no te importe si Harry se queda por aquí hasta que encuentre una solución.

—¿Sigue dando problemas el colegio? —preguntó Jack.

—Algo así —Esme no quería confesar la verdad.

—Mami explotó como una bomba. Podía oírla desde el pasillo…

—¿Ah sí? —Jack parecía interesado.

—Una mujer imposible… —murmuró Esme.

—Mamá le dijo a la señora Leadbetter que, con tan pocas expectativas, estaría mejor como jefa de la casa de monos del zoológico.

—¡Harry! —Esme lo miró amenazadora, demasiado tarde para que se callara.

—Me imagino que eso le gustaría —comentó Jack viendo ese nuevo aspecto de Esme—. Recuérdame que procure no caerte mal.

—Es una bruja vieja y tonta —dijo Harry refiriéndose a la directora.

—¡Harry! —lo regañó ella de nuevo.

—Eso es lo que tú la llamaste —le recordó Harry.

—Sí, bueno, yo puedo decirlo.

Sabía que no estaba siendo razonable y vio que Harry le hacía un gesto a Jack y que él le contestaba con una sonrisa.

—¿Entonces no vas a volver? —preguntó Jack al niño.

—¡Ni sobre el cadáver de mamá! Y estoy citándola a ella. Mamá me va a dar clases en casa, aunque estoy seguro de que puedo aprender todo lo necesario en internet.

—No estoy totalmente de acuerdo contigo —repuso Jack.

Tampoco lo estaba Esme, pero a nadie parecía interesarle su opinión.

—Ella no es muy buena en matemáticas, ¿sabes? —le confió Harry a Jack.

Demasiadas verdades para el gusto de Esme.

—Si me permitís interrumpir este debate sobre la educación, ¿quieres que hablemos sobre lo que necesitas de decoración interior, o no?

No era la forma de hablarle a un cliente, pero Jack no era como todos.

Harry y Jack volvieron a mirarse y Jack abrió más la puerta.

—Entra, hijo. Si quieres puedes ir a entretenerte en el ático.

—Si a mamá le parece bien…

—Sí claro.

—Qué bien. Hasta luego.

—Entra —Jack la hizo pasar a la sala.

—No he hecho prácticamente nada excepto pedirle a Rebecca que comprara unas sillas.

Esme las había visto el día antes.

—¿Tengo que incluirlas en mi proyecto? —esperaba que no.

—Puedes regalarlas cuando hayas terminado.

—Bien —no le había dado carta blanca, pero sería más fácil empezar desde cero.

—¿Tienes alguna preferencia en cuanto a colores y estilo?

—Nada en especial —contestó él. Pero no me gustan los colores pastel, los púrpuras ni los motivos florales. Ni encajes ni tonterías en las ventanas. Quiero que se adapte a la antigüedad de la casa, muebles sólidos y buenos, pero cómodos. Si fuera posible, me gustaría mantener la iluminación original y los suelos.

—Estupendo —Esme anotó sus comentarios—. ¿Quieres que las mesas y otros muebles sean reproducciones o antiguos?

—Antiguos, si encuentras los apropiados.

—Creo que podré encontrarlos. Tengo algunos contactos en casas de subastas. ¿Querrías ver los muebles antes de que puje?

—Si es posible —confirmó él—. Aunque si estoy fuera tendrás que usar tu criterio. Te daré una tarjeta de crédito.

Esme no estaba segura de querer esa responsabilidad y él se dio cuenta.

—Mira, no te pediría que hicieras esto si no tuviera plena confianza en ti. Y, además, tú tienes más idea que yo. Creciste en una casa repleta de antigüedades.

—¿No querrás que la copie? —ella adoraba su antigua casa a pesar de que era muy formal.

—No sé qué quiero exactamente —reconoció él—. Pero esa es la base de un negocio floreciente. Crear algo que el cliente acabe deseando.

—¿Es eso lo que tú haces?

—Básicamente.

—¿Qué es exactamente lo que haces?

—Al principio hice dinero construyendo un buscador para internet y vendiéndoselo a una empresa de software. Actualmente estoy montando un proveedor a la medida de los negocios globales.

Ella lo había preguntado y trató de aparentar que se enteraba.

Él se dio cuenta.

—Como si te hablara en griego, ¿verdad?

—Mejor en suajili. Sé algunas palabras de griego.

—No es tan aburrido como parece —le aseguró él riendo.

—Estoy segura.

—De acuerdo. Prometo que no volveré a hablarte de informática.

—A Harry le parece interesante.

—Sí, ya me he dado cuenta —contestó Jack poniéndose serio—. Es un chico muy inteligente. Supongo que ya lo sabes.

—Sí —confirmó ella y no pudo resistir bromear—. Increíble, ¿no?, siendo yo su madre.

—Yo no he dicho eso —contestó él—. Ni siquiera lo he pensado. Siempre me pareciste bastante inteligente.

Parecía sincero pero Esme hizo una mueca.

—Esa no es una opinión muy generalizada.

—Tu madre tiene mucha parte de culpa —comentó él—. Y Arabella también —oír el nombre de su hermana hizo que Esme se sintiera celosa y no tuvo fuerzas para decirle que estaba de regreso en Gran Bretaña. Él aseguraba que ya no la quería, pero… ¿sería verdad? —. Por cierto que la oferta sigue en pie.

—¿Qué oferta?

—La de pagar la educación de Harry —lo decía en serio. ¿Por pura generosidad? ¿O hacía el papel de señor del castillo haciendo favores?

¿Acaso importaba la razón? La cuestión era si ella tenía derecho a rehusar. Si Jack hubiera sido un extraño, quizás, pero no lo era.

—Piénsalo, ¿de acuerdo?

Esme asintió y volvió al tema de la decoración.

Fueron pasando de habitación en habitación mientras ella tomaba notas de lo que le gustaba y lo que no. No sería un trabajo difícil. Y si conseguían llegar a una forma de trabajar que excluyera las observaciones personales y los episodios apasionados, sería un trabajo muy agradable.

Quizás él sentía lo mismo. La reforma de la casa tenía preferencia sobre el deseo pasajero que había sentido por ella. Estaba claro que algo había cambiado entre ellos. Al cabo de dos semanas estaban hablando como dos adultos civilizados.

Sam y Rebecca estaban mucho por allí. No solo eran amigos, sino socios de su negocio de internet y, mientras buscaban una casa propia, se habían trasladado a la zona de huéspedes donde había estado el establo.

Habían comenzado las vacaciones escolares y Harry se pasaba los días con Eliot en los ordenadores o dando patadas a algún balón. A veces, Rebecca los llevaba al Museo de Ciencias o cosas similares y Esme podía concentrarse en la casa. Se quedaba tranquila porque apreciaba la sinceridad de Rebecca.

Ambas se gustaban y Rebecca a menudo le pedía que la acompañara a ver casas. A Esme no le importaba ir. Además era útil para su trabajo ver ejemplos de decoración.

Aunque le quitaba tiempo a su trabajo, Jack no se había quejado. De hecho era el cliente más llevadero que había tenido. Un día lo comentó con Rebecca.

—En nuestra última empresa, a todo el mundo le gustaba J.D. —exclamó Rebecca. Cuando la vendió, algunas personas lloraron. Especialmente las mujeres.

—Me lo puedo imaginar.

—No porque tuviera relaciones con alguna. No salir con sus empleadas es una de sus reglas de oro. Hubo otras mujeres, claro. Salió con una abogada muy importante durante un año más o menos. No sé lo que vería en ella. Aparte de la belleza de su cara, su magnífico cuerpo y su coeficiente intelectual —Esme se rio—. Yo la


odiaba —le confió Rebecca—. Y Sam también. Bueno, cuando no le miraba las piernas.

—A Jack debía de gustarle —razonó Esme.

—Supongo… —Rebecca no parecía muy convencida—. Me lo pregunto. Tengo la teoría de que cuando los tíos no están preparados para sentar la cabeza, inconscientemente buscan a mujeres que les gustan solo un poco. Así no corren peligro de enamorarse.

—¿De veras crees que los hombres son tan complicados? —preguntó Esme riendo.

—Quizás no. Y el tuyo, ¿cómo era?

—¿El mío?

—Sí, el padre de Harry.

—Oh… —Esme no quería mentirle a su nueva amiga.

—Mira… —Rebecca intuyó que dudaba—. No importa si no quieres decírmelo. Pensé que a lo mejor tenías ganas de contármelo.

Esme no quería. No podía. Pero no deseaba ofender a su amiga.

—Era muy joven. Un italiano que conocí durante unas vacaciones en Roma. Ya sabes…

—Te crees que estás enamorada y resulta que solo era deseo.

—Algo así.

Rebecca la miró y vio que estaba avergonzada.

—Oye, amiga mía, no voy a pensar mal de ti por eso. Ocurre en las mejores familias. Pero no le digas nada a Sam. Él cree que yo era virgen.

Esme se asombró ante esa confidencia, pero se dio cuenta de que era una broma cuando Rebecca empezó a reírse.

—Me estás engañando.

—Siempre te pillo, señorita Hamilton. ¿Puedes imaginar que hoy en día algún hombre espere casarse con una virgen? No sería normal. Una se quedaría pensando si se había perdido algo.

—Pero, ¿y si el primero es lo más, y no tienes que quedarte pensando? Con los demás sabrías que te estás perdiendo algo.

Rebecca tardó un poco en entenderla.

—¿Estás hablando por experiencia propia? —preguntó Rebecca.

Esme podía haber contestado sin dar nombre ni detalles. Pero de

repente no tuvo valor.

—No. Era solo una suposición. Tienes que girar a la izquierda, creo —dijo para distraer a Rebecca—. El pueblo está a una milla.

—¡Malditas marchas! —dijo Rebecca cuando redujo velocidad para seguir las instrucciones de Esme, que buscaba en el plano el lugar exacto de la casa que iban a ver.

Esme pensó que tenía que tener más cuidado. Podían gustarle las amistades de Jack pero debía recordar cómo eran. Y Rebecca era tan discreta como el voceador del pueblo.

Ese era un hecho que Jack conocía, porque un día le comentó:

—Tú y Rebecca os lleváis muy bien, ¿verdad? ¿Qué te ha estado diciendo de mí?

Esme se sonrojó.

—¿Qué te hace pensar que me ha estado diciendo algo?

—Rebecca es encantadora, divertida y muy buena amiga, pero también habla por todos los Estados Unidos.

—No ha dicho gran cosa…

En realidad Rebecca le había contado muchas cosas. Sobre su vida en Estados Unidos, sus novias, sus coches, sus negocios. Era difícil hacerla callar y ella tampoco lo había intentado.

—¿Qué te apuestas? —sonrió con ironía pero no pareció enojado —. Solo espero que no me haya hecho parecer un donjuán.

—¿Porque lo eres, o porque no lo eres? —ella no pudo resistir la ocurrencia.

—Una pregunta interesante —pero que no se molestó en contestar. Ella tampoco insistió. Sabía cuándo estaba pisando terreno peligroso. Comenzó a ordenar los muestrarios de telas y papeles que había llevado para mostrarle. Él estaba de pie, mirándola, y la ponía nerviosa—. De todos modos, me preguntaba si necesitas dinero.

—¿Para pagar las cortinas? —preguntó—. ¿No puedo usar la tarjeta?

—Sí, claro. Quería decir un anticipo.

—Ah… —él ya le había hecho alguna entrega sobre los honorarios que habían negociado.

¿Negociado? La manera más extraña de hacer negocios. Ella había pedido su tarifa habitual. Él le había dicho que pedía demasiado

poco y le había sugerido lo que debía pedir. Parecía una cantidad demasiado alta pero aceptó su consejo y modificó su oferta. Entonces él le rebajó un cinco por ciento.

En realidad la estaba enseñando, como lo había hecho siempre. La preparaba para el gran mundo. Para que otro Edward Claremont no la engañara.

—Por ahora no me hace falta. Aún tengo.

—De acuerdo —respondió él—. Y puedes rezar para que mi empresa no se vaya al garete.

—¿Por qué? —Esme lo miró asombrada—. ¿Es una posibilidad?

—¿Por qué? —repitió él, mirándola—. ¿Dejarías de amarme?

Era una broma. Esme lo sabía, pero contestó:

—No te amo ahora. Y sí, de acuerdo, lo he entendido.

—¿Qué has entendido?

—Que hay que agarrar el dinero y echar a correr.

—Bueno, pero borra la parte de echar a correr. Tengo muchas más habitaciones para hacerte quedar.

Era otra broma. No habían hablado de decorar el resto de la casa, pero la forma en que él la miró hizo que se le borrara la sonrisa.

—No sé si seré capaz de cumplir con las reglas —dijo él en voz baja.

—¿Reglas? —lo había repetido como una idiota.

—¿No te acuerdas? —sonrió él—. Podría refrescarte la memoria.

—Yo… No —Esme tragó saliva cuando sintió los dedos de él sobre su mano.

El corazón le dio un vuelco. ¿Cómo se podía desear y temer una cosa al mismo tiempo?

Ella intentó disimular sus emociones, pero él las adivinó y le acarició la mejilla.

Ella susurró:

—Por favor, Jack.

Él sabía que era una petición de que parara, pero le acarició la cabeza.

—¿Por qué estás tan segura de que voy a lastimarte? Eso es lo que piensas, ¿verdad?

«Porque lo hiciste antes y ni siquiera te diste cuenta», pensó ella. Cerró los ojos para no sentir la intensidad de su mirada. No quería que viera dentro de su alma.

—No podría lastimarte, sintiendo lo que siento —le susurró.

La voz de Jack, llena de deseo, la hizo estremecer. Ella sentía lo mismo, solo que ella sentía mucho más. Por fin se lo reconocía a sí misma.

—No puedo hacerlo —gimió. Pero ya estaban haciéndolo.

Bocas buscándose y encontrándose, los brazos de él como cadenas abrazándola y sus labios duros y calientes sobre los de ella. Deseo convirtiéndose en pasión en el choque de dientes y lenguas, saboreándose. Y los corazones, acelerados, palpitantes mientras los cuerpos se esforzaban por ser uno solo.

—J.D., ¿estás ahí? —preguntó Rebecca entrando en la habitación.

Esme despegó su boca de la de Jack, y se habría zafado de sus brazos pero él no la dejó.

—¿Querías algo, Rebecca? —preguntó él sin inmutarse.

—Sí, pero puede esperar —contestó ella, sonriendo mientras se volvía hacia la puerta.

—No, Rebecca, ¡no te vayas!

Rebecca los miró a los dos.

Haciendo un esfuerzo, Esme se zafó de los brazos de Jack y recogió su trabajo a toda prisa.

—No pasa nada, Es —dijo Jack intentando tranquilizarla. Pero ella ya estaba llegando a la puerta cuando se le escurrieron unos dibujos de la carpeta. Trató de agarrarlos pero se le cayeron y soltó toda la carpeta—. ¡Esme! —¿era preocupación, reprimenda o sorpresa?

Esme no se quedó para averiguarlo e, ignorando la expresión de perplejidad de Rebecca, salió corriendo a refugiarse en la casita.

No había sido una reacción muy adulta.

¿Y qué si Rebecca los había sorprendido? Ninguno de los dos estaba casado.

Los dos eran mayores de edad. Y Rebecca no iba a escandalizarse porque otra chica tonta se hubiera enamorado de Jack.

¿Enamorado? ¿Quién había dicho que se hubiera enamorado?

El que se derritiera cada vez que él la rozaba no quería decir nada. Era lo que decía el acosador de Harry. Ella era una bruja cursi. No era muy halagador, pero ¿cómo explicar si no su conducta?

«Lo amas».

«No, no lo amo».

«Sí lo amas».

«Tonterías».

«Siempre lo has amado y siempre lo amarás».

«Cállate».

—Sí, ¡cállate! —exclamó Esme en voz alta al darse cuenta de que estaba hablando sola.

Sonó el timbre. Pensó en esconderse, pero luego decidió abrir, pensando: «Acabemos de una vez. Le diré lo que puede hacer con el trabajo ahora que él ha roto todas las reglas».

—Desapareceré, si quieres —ofreció Rebecca cuando vio la cara de furia de Esme.

La cara de furia era para Jack y se sintió aliviada al ver a Rebecca.

—No voy a sentirme menos idiota.

—¿Porque vi cómo Jack y tú os besabais? —dijo Rebecca sonriendo—. Esa no es razón para sentirse idiota… Ni siquiera sé por qué me sorprendí.

—Probablemente porque pensaste: Aquí está mi apreciado J.D., atractivo, inteligente y mega rico —sugirió Esme con intención—. Y aquí está esta chica inglesa, normalita, no tan inteligente y con un hijo de diez años como equipaje.

—Fue tu Jack antes de que fuera el mío —apuntó Rebecca—. En cuanto a que tú eres normalita, me moriría por ser tan normalita como tú, Esme Hamilton.

Esme aceptó el cumplido pero hizo una mueca.

—Veo que no pones ninguna objeción a lo de no tan inteligente.

—De acuerdo, eres Einstein —dijo Rebecca en tono burlón—. Seas como seas no te hagas de menos. Acéptalo. El tipo está loco por ti.

Esme no sabía cómo Rebecca había llegado a esa conclusión,

pero la rechazó con un respingo.

—¿Quién crees que me ha mandado venir? —continuó Rebecca y Esme se encogió de hombros—. Jack cree que lo ha estropeado todo y que tú estás a punto de desaparecer.

—Ya veo —Esme estaba segura—. Así que cree que va a quedarse con la casa a medio terminar.

Rebecca suspiró.

—Si crees eso no conoces a J.D.

—¿No? —preguntó Esme contrariada—. Te olvidas que fue mi Jack Doyle mucho antes de que tú lo conocieras y que yo supe de la forma más dura lo indiferente que puede ser.

Había dejado entrever mucho más de lo que quería y Rebecca ató cabos.

—Él fue el primero, ¿verdad? El que tú mencionaste.

Esme maldijo la agudeza de su nueva amiga y recordó de quién era antigua amiga.

—Lo siento. No sé de qué me estás hablando.

—Aquel día en el coche —le recordó Rebecca—. Íbamos a ver una casa. Yo decía que todos deberíamos tener varias experiencias antes de emparejarnos y tu dijiste…

—Nada muy importante, supongo, ya que no me acuerdo. Y ahora si has terminado tu discurso… es decir su discurso, te diré el mío. O sea que toma notas… Por mucho que quiera desaparecer, necesito este trabajo. Necesito el dinero y necesito la experiencia. Sin embargo, si el señor Doyle continúa acosándome…

—¿Acosándote? —Rebecca abrió los ojos con incredulidad—. ¡Venga! ¿No esperarás que le diga eso?

—¿Cómo lo llamarías, entonces?

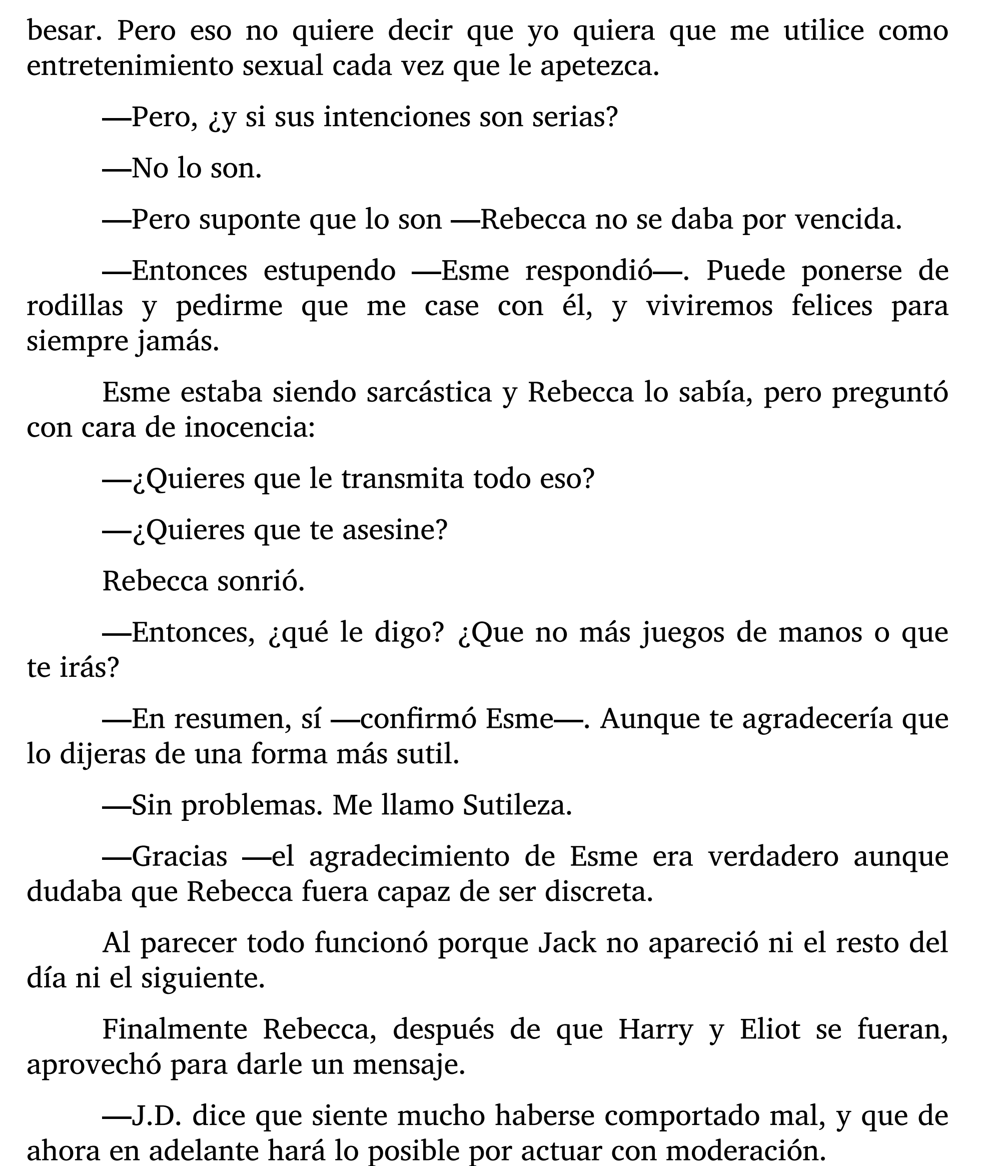
—Pues desde dónde yo estaba, cariño —contestó Rebecca—, parecía que disfrutabas con el acoso.

Esme se sonrojó. ¿De qué lado estaba Rebecca? Del suyo, claro.

—Es mi jefe —dijo Esme—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Darle una bofetada?

—¿Así que tú tenías que sonreír y aguantarlo? Pobre pequeña Esme.

—De acuerdo. Yo no me resistía. Es un hombre atractivo y sabe



besar. Pero eso no quiere decir que yo quiera que me utilice como entretenimiento sexual cada vez que le apetezca.

—Pero, ¿y si sus intenciones son serias?

—No lo son.

—Pero suponte que lo son —Rebecca no se daba por vencida.

—Entonces estupendo —Esme respondió—. Puede ponerse de rodillas y pedirme que me case con él, y viviremos felices para siempre jamás.

Esme estaba siendo sarcástica y Rebecca lo sabía, pero preguntó con cara de inocencia:

—¿Quieres que le transmita todo eso?

—¿Quieres que te asesine?

Rebecca sonrió.

—Entonces, ¿qué le digo? ¿Que no más juegos de manos o que te irás?

—En resumen, sí —confirmó Esme—. Aunque te agradecería que lo dijeras de una forma más sutil.

—Sin problemas. Me llamo Sutileza.

—Gracias —el agradecimiento de Esme era verdadero aunque dudaba que Rebecca fuera capaz de ser discreta.

Al parecer todo funcionó porque Jack no apareció ni el resto del día ni el siguiente.

Finalmente Rebecca, después de que Harry y Eliot se fueran, aprovechó para darle un mensaje.

—J.D. dice que siente mucho haberse comportado mal, y que de ahora en adelante hará lo posible por actuar con moderación.

Esme se tranquilizó.

—Puedes decirle que acepto sus disculpas y que continuaré trabajando para él hasta que termine mi cometido.

—De acuerdo —aunque Rebecca estaba seria se notaba que estaba a punto de reírse.

—¿Qué te divierte tanto?

—Me siento como la alcahueta de un melodrama victoriano —rio Rebecca—. No te preocupes, informaré al señor Doyle de tus intenciones. Aunque si quieres mi opinión…

—Gracias, pero no —la interrumpió Esme.

Rebecca hizo una mueca.

—Curiosamente, J.D. tampoco quiso mi opinión —dijo Rebecca sonriendo—. Supongo que hay gente a la que no se puede ayudar.

Esme le devolvió la sonrisa.

Durante las semanas siguientes Rebecca demostró que era una buena amiga convenciendo a Esme para que intentara matricular a Harry en el colegio al que iba a asistir Eliot. Esme no habría dicho por modestia que Harry era muy inteligente, pero Rebecca no tuvo reparos y, días después, Harry estaba haciendo una prueba de admisión y confirmando su alto nivel. Cuando Esme comentó que las mensualidades eran muy altas, el director le dijo que era casi seguro que Harry tendría una beca para el año siguiente.

Esme solo tenía que conseguir el dinero para el primer año y el problema se resolvió cuando, por medio de Harry, recibió un cheque de Jack como anticipo. Seguro que no era coincidencia.

Desde entonces se vieron muy poco. Él estaba siempre de viaje o en Londres o encerrado en su oficina del ático. Solo se comunicaban por correo electrónico cuando necesitaba su aprobación para algo.

Las pocas veces que se encontraron fueron muy corteses. Para Esme no era más que una fachada. Prefería al Jack remoto y frío aunque parte de ella deseaba que él la acariciara y la estrechara entre sus brazos para quitarle el dolor que sentía en su interior.

Nada en el comportamiento de Jack sugería que sintiera lo mismo. El corazón de ella daba saltos al verlo, pero la cara de él permanecía impávida como si fuera de piedra. ¿Qué mejor prueba de que ella había hecho lo que debía rechazando su capricho pasajero?

Ya había terminado el comedor y la sala de estar cuando él le pidió alguna idea para los dormitorios.

—Doy por supuesto que te interesa el trabajo.

—Sí, gracias.

—Esperaré tu presupuesto.

Ella asintió y supuso que la conversación había terminado. Se dirigía hacia la puerta cuando él la detuvo.

—Antes de que me olvide. Tu hermana llamó.

—¿Mi hermana? —repitió sorprendida.

—Arabella —le recordó.

—Al parecer ha regresado a Inglaterra.

—Sí.

—No me dijiste nada —ella no contestó—. Dijo que le gustaría venir algún día de esta semana.

—Bien —respondió Esme en tono apesadumbrado.

Él la miró intrigado. ¿Qué esperaba? ¿Que diera saltos de alegría por saber que Arabella iría a Highfield como invitada?

—Si no tienes sitio, Harry puede venir a casa mientras ella esté aquí.

—¿Qué? —Esme había perdido el hilo.

—La casita es un poco pequeña —añadió él.

—Quieres decir ¿para que Arabella pueda quedarse en la habitación de Harry?

—Sí, eso quería decir —volvió a mirarla intrigado.

—De acuerdo —asintió Esme.

—Podría compartir la habitación de Eliot en la casa de invitados.

—Eres muy amable.

—En realidad es porque me gusta tener a Harry cerca de mí.

Y a Harry le gustaba estar cerca de él.

—De todos modos, le dije que tú la llamarías para confirmar. Al parecer ha perdido tu número.

Pero su madre lo tenía. Más bien parecía una artimaña para hablar con Jack. Pero Esme no lo comentó.

Tampoco le dijo nada a Arabella cuando llamó dos días después.

—Tenías que llamarme. ¿No te dio Jack mi mensaje?

—Lo siento. Se me olvidó por completo.

—No cambias nada, ¿verdad? —exclamó Arabella suspirando—. Todavía tienes la cabeza como un colador. Iré mañana. Espero que me hagas algo de sitio en tu casita —dijo Arabella con ironía.

—Jack ha dicho que Harry puede quedarse en su casa —dijo Esme.

—¡Qué suerte tiene! —murmuró Arabella—. Pregúntale si se quiere cambiar conmigo.

—¿Supones que Jack te querría como huésped suyo? —el tono de Esme era de que lo dudaba mucho.

—¿Quién sabe? —replicó Arabella—. Recuerda que Jack y yo fuimos pareja. ¿Cómo es ahora nuestro mozo de cuadra convertido en millonario? ¿Sigue estando bueno?

Esme no pudo resistir contestarle:

—Si te gustan los hombres gordos y calvos con gafas…

—¿De verdad? ¡No me lo creo! —exclamó Arabella, pero sonaba decepcionada, como si lo creyera.

Esme se sonrió. Se estaba convirtiendo en una mentirosa compulsiva.

—Bueno… Al menos es rico —se consoló Arabella.

—Pero no estúpido —dijo Esme para consolarse, pero no lo consiguió. El joven Jack tampoco era estúpido pero se había enamorado de Arabella.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. ¿A qué hora vendrás?

—Por la tarde, supongo. Esta noche voy a una fiesta y no me despertaré hasta tarde.

—Te veré entonces —no consiguió decir que tenía ganas de verla, ni Arabella tampoco.

«No puedo enfrentarme a esto», pensó Esme cuando colgó el teléfono.

Pero tendría que hacerlo. Igual que aquel verano diez años atrás cuando había visto a su hermana seducir al chico del que ella estaba enamorada.

Solo podía esperar un milagro. Que Jack fuera demasiado remilgado para ir con una hermana cuando acababa de intentar irse a la cama con la otra. Quizás verlos juntos tendría el efecto de curarla definitivamente.

No. Su única esperanza era que Arabella se hubiera vuelto gorda o calva en los dos años en que no la había visto.

Pero eso no parecía probable.

Capítulo 9

No, Arabella no había cambiado, constató Esme cuando su hermana apareció por la noche, con dos maletas llenas y vestida con ropa de diseño.

En realidad había cambiado algo. Tenía el cabello más rubio y la cara algo diferente. Cuando se quitó la chaqueta, la diferencia era obvia. Tenía el pecho muchísimo más grande y lo llevaba embutido en una camiseta escotada y sin mangas.

—¿Algún problema? —preguntó Arabella.

—No. Todo está bien —contestó Esme—. Pero puede que tengas algo de frío en casa. No enciendo la calefacción en el verano.

—Si tengo frío ya te lo diré —echó un vistazo a su alrededor—. De todos modos, no me quedaré mucho tiempo.

Estaba claro que no le parecía un gran lugar.

—Me daría un baño. ¿Tienes uno, supongo?

—Tengo una gran palangana de zinc. Puedo ponértela cerca del fuego.

Arabella quedó horrorizada.

—Era una broma —dijo Esme—. El baño está en el corredor.

—Muy graciosa —a Arabella no le gustaban las bromas que no hacía ella—. Creía que ya habrías madurado, Midge. Siempre tuviste un sentido del humor muy raro.

Esme no recordaba eso, ni haberse reído nunca cuando Arabella estaba cerca. Pero como personas adultas, quizás podrían tener una relación mejor.

—De todos modos, creo que me iré a la cama ya —bostezó—. La fiesta no terminó hasta las cuatro.

—De acuerdo —Esme hizo un esfuerzo—. Te ayudaré con tus cosas.

—Eres un encanto —sonrió con hipocresía—. ¿Puedo subir ya?

Esme asintió y Arabella subió dejando las dos maletas para que las subiera Esme. Al fin y al cabo se había ofrecido a hacerlo.

Al día siguiente, Esme le llevó el desayuno a la cama. Arabella dio las gracias pero rechazó los cruasanes porque engordaban.

A la hora de almorzar, llamó a Harry para que comiera con ellas.

—No habla mucho, ¿verdad? —comentó cuando Harry se marchó.

—Es tímido.

—No es muy latino, entonces.

—¿Perdón?

—No se parece al padre.

—Oh —la historia del amor italiano surgía otra vez—. No, no mucho.

Arabella la miró con curiosidad.

—Suponiendo que fuera italiano y no un mozo de cuadra pecoso que conociste en tus días de caballista —Esme contó hasta diez para no decir una impertinencia—. Al menos tu pequeño error no te ha hecho quedar marginada.

—¿Qué?

—Charles Bell Fox.

—Solo somos amigos —Esme no quería hablar de eso.

—Podrías tener peor suerte —dijo Arabella—. Por lo que recuerdo, es muy aburrido, pero suficientemente rico. Y como dice el refrán, los mendigos no pueden escoger.

—¿Y yo soy el mendigo?

—No en sentido literal. Pero no estás nadando en la abundancia. Mira esta casa. No me extraña que Jack se quisiera ir.

Esme perdió todo deseo de congraciarse con su hermana. Tendría mucho mérito si conseguía superar la visita.

—Y ya que lo mencionamos, ¿no sabes si va a estar hoy por aquí?

—¿Jack?

—¿Quién si no?

—No tengo ni idea.

—Voy a darme un paseo hasta la casa. A ver qué cambios han hecho.

—¿No deberías esperar a que te invitara? —sugirió Esme.

—Estoy segura de que a Jack no le importará. Al fin y al cabo somos como de la familia.

Esme no lo podía creer. ¡Arabella había hecho que su madre lo echara de su casa y se consideraba de su familia!

Durante su ausencia, Esme trataba de concentrarse en el trabajo pero constantemente veía imágenes de Jack y Arabella. Los celos era una cosa terrible.

Arabella volvió al cabo de una hora. No había encontrado a Jack pero Rebecca le había enseñado la casa.

Esme se sintió aliviada, pero era una tontería. Tarde o temprano su hermana y Jack se encontrarían. Al fin y al cabo ese era el propósito de la visita.

Ciertamente no era para estar con Esme, y por la noche se fue a cenar con unos amigos. Se levantó tarde al día siguiente, y cuando Harry dijo que Jack estaba en casa, decidió ir a saludarlo.

Volvió triunfante. Jack estaba y la había invitado a cenar fuera.

—Más atractivo que nunca —fue el veredicto—. Tenía que haberme dado cuenta de que era una broma tuya. Gordo y calvo… Se lo dije, claro.

—Gracias —Esme hizo una mueca—. Es mi jefe, ¿sabes?

—No te preocupes. Me pareció que le había hecho gracia.

—¡Estupendo! —Esme los imaginó juntos riéndose de su raro sentido del humor.

—De todos modos, estoy segura de que te perdonará, si se lo pido yo.

—No te molestes.

Arabella ya no la escuchaba.

—Es obvio que él todavía siente debilidad por mí —¿acaso Jack había olvidado el último encuentro que había tenido con Arabella?—. Y, sin duda, yo no lo rechazaré si se siente inclinado a reavivar las brasas.

Quizás no fuera cierto pero a Esme la idea le dejó un regusto de amargura.

¿Qué había sido ella durante esos meses? ¿Una mera sustituta?

—Creí que era demasiado vulgar para ti —le recordó el motivo por el que había rechazado a Jack.

—¿Yo dije eso? —Arabella soltó una carcajada—. Bueno, una debe evolucionar.

Jack era rico. ¿Era eso lo que Arabella quería decir?

—Creo que voy a darme un baño. Después me arreglaré para esta noche. Oh, por cierto, Jack dice que puedes ir si quieres. Los Wiseman también van y han encontrado una niñera para los chicos. Creo que Jack ha invitado a un amigo arquitecto para ti.

—No, gracias —¿cómo se atrevía a emparejarla con otro solo porque Arabella hubiera aparecido?—. Tengo que lavarme el pelo.

Arabella parecía complacida.

—No puedo decirle eso. Le diré que te duele la cabeza.

Esme se encogió de hombros. En el fondo era verdad.

Cuando Arabella se fue al baño, Esme se dejó caer sobre una silla tratando de no sentir celos al pensar que Jack iba a salir con su hermana. Y más tarde, al verla con un escotado vestido de noche, disimuló las ganas de llorar hasta que su hermana se marchó a la casa grande.

Diez minutos más tarde apareció Rebecca con un vaso en la mano.

—Toma —le dijo Rebecca dándole el vaso y dos pastillas—. Te duele la cabeza, ¿verdad?

—Yo… Sí.

—Bueno, pues tómatelas —ordenó Rebecca. Voy a buscar algo para que te vistas.

—Mira, Rebecca —protestó Esme—. No me apetece ir.

—¿No? ¡Qué sorpresa! Pues vas a ir de todas maneras, porque me niego a quedarme parada mientras la zorra de tu hermana intenta arrebatarte a Jack delante de tus narices.

—¿Crees que mi hermana es una zorra? —preguntó Esme asombrada.

—¿No lo piensa todo el mundo? —soltó Rebecca guiando a Esme hacia su habitación—. ¿Qué ropa tienes? Te sugiero algo sencillo pero elegante, que contraste con la elegancia descocada de tu hermana.

—Lo siento, Rebecca. Sé que quieres ayudar, pero me niego a entrar en una absurda competición con ella.

—¿Porque crees que no vas a ganar? —la franqueza de Rebecca dolía.

—Yo… Sí. Supongo.

—Bueno, yo te apoyo —le dijo Rebecca—, así que ponte esto y después te peinaré y te maquillaré.

Rebecca le tendió un vestido malva de seda sin mangas y esperó a que se lo pusiera para maquillarla. No la dejó ni respirar hasta que estuvieron de camino al restaurante.

—¿No crees que a Jack le extrañará que me haya recuperado tan pronto? —preguntó Esme.

—¿Quién crees que me ha enviado a buscarte? —contestó Rebecca—. No es tonto. ¿No se te ocurrió una excusa mejor que un dolor de cabeza?

—¿Y por qué no ha venido en persona?

—Iba a hacerlo —le dijo Rebecca—, pero yo lo detuve. Estaba algo molesto.

—¡Oh! —eso no sonaba muy prometedor. Jack enfadado—. Supongo que será porque yo le he fastidiado el plan.

Rebecca suspiró.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

Esme estaba de acuerdo en eso, pero creía que Rebecca no sabía que Jack y Arabella habían tenido un romance. Se le ocurrió que quizás Jack quisiera tenerla como testigo en su encuentro con Arabella.

Cuando llegaron al restaurante, Rebecca le dijo:

—Ahora, entra y lúcete.

¿Lucirse? Esme quería escapar, pero no podía hacerlo porque Rebecca la tenía agarrada por el codo para darle apoyo moral mientras las conducían hasta su mesa.

Jack fue el primero en verlas y se puso en pie.

¿Se alegraba de verla? ¿O le divertía que hubiera ido?

—Deduzco que la aspirina te ha hecho efecto.

—Sí… algo así —masculló ella.

—Una sorprendente recuperación —intervino Arabella contrariada. Estaba sentada a la izquierda de Jack.

—Siéntate a mi lado, Esme —dijo Sam—, y haz que mi esposa se ponga celosa.

Esme obedeció y se sentó a la izquierda de Sam, junto a Tom Burton, el arquitecto.

—¡Qué suerte tienes! —le dijo Rebecca riéndose a su marido—. ¿Por qué a una chica guapa como Esme iba a gustarle un hombre maduro y casado… además de por lástima, por supuesto?

—No tan maduro, gracias.

—De todos modos, Esme está comprometida —dijo Arabella con una sonrisa cariñosa —Esme estaba perpleja—. ¿No les has dicho lo de Charles, Midge? Sé que todavía no es oficial, pero mi madre no podía estar más contenta. Los Bell Fox son de tan buena familia… Terratenientes durante generaciones. No es que ese tipo de cosas importen hoy en día. Al menos a mí —dijo pestañeando y sonriéndole a Jack.

Esme no podía creer que Jack se dejara engañar por Arabella y sus mentiras.

—Supongo que tengo que darte la enhorabuena —le dijo Jack con una gélida mirada.

Rebecca miró a Esme intrigada y Esme se encogió de hombros y se puso a charlar con Tom Burton. Intentó ignorar la risa que soltaba Jack mientras escuchaba a su hermana y cuando levantó la vista se percató de que Arabella tenía la mano apoyada en el brazo de Jack. Apretó los puños creyendo que había perdido la batalla.

Pasó toda la cena ensimismada y sonriendo como un autómata cuando Sam, Tom y Rebecca le hablaban.

Cuando pasaron al salón para tomar café, se disculpó y se dirigió al tocador. Rebecca la siguió.

—¿A qué estás jugando, Esme? Te dije que te lucieras, no que hibernases. ¿Y quién diablos es Charles?

—Alguien con quien medio salía.

—¿Medio salías?

—No me acostaba con él, si es eso lo que quieres saber.

—¿Pero te vas a casar con él? —dijo Rebecca incrédula.

—No. Ya no salgo con él.

—¿No?

—No.

—¿Entonces por qué no lo has dicho? —era evidente que pensaba que Esme era un caso perdido.

—No tenía mucho sentido. Está claro que Jack está más

interesado en Arabella.

—No, lo que pasa es que tu bien dotada hermana se está abalanzando sobre Jack. Eso no es lo mismo.

—No lo comprendes —suspiró Esme y le resumió la relación que Arabella y Jack habían mantenido diez años atrás.

—¿Y? —Rebecca no se había dejado impresionar—. Eso fue entonces. Y esto es ahora. ¿De verdad crees que a un hombre como Jack le puede gustar alguien como tu hermana?

—No lo sé —admitió Esme.

—Bueno, yo sí —insistió Rebecca—. Así que vuelve allí y deja de comportarte como un ratón asustado.

No era una descripción muy aduladora, pero fue suficiente para que Esme aceptara el reto y regresara al salón.

Jack la miró y le preguntó:

—¿Te apetece beber algo?

—Yo quiero un whisky —intervino Rebecca.

—Y yo un gin-tonic.

Jack le pidió las copas al camarero y se dirigió a Esme de nuevo.

—¿Cómo estás? ¿No te ha vuelto a doler la cabeza?

—No. Gracias por interesarte —murmuró.

Rebecca tenía razón. Hablaba como un ratón asustado.

Él la miró unos instantes.

Ella buscó algo brillante que decir, pero Arabella lo distrajo con un comentario. Cuando le llevaron la copa se la bebió deprisa. Después de tomarse otra, se volvió más habladora, pero solo con Sam y Tom Burton. Se negaba a competir con Arabella para atraer la atención de Jack.

Jack, por su parte, no evitaba a Arabella cuando coqueteaba con él, y Esme tuvo que reconocer que su hermana era graciosa y estaba brillante.

Incluso Rebecca se reía con sus comentarios, aunque no estuvo de acuerdo con la opinión de Arabella de que tener hijos no mejoraba la vida de las mujeres.

—No estoy de acuerdo —dijo Rebecca—. Tener a Eliot ha hecho que mi vida mejorara infinitamente.

—Quizás, pero a la mayoría de las mujeres… —Arabella miró a Esme—. Entre ellas a mi hermana pequeña. A ella le destrozó la vida y estoy segura de que lo reconocería.

Esme no iba a reconocer nada, y le echó una mirada fulminante.

—No sabía que tenías hijos. ¿Cuántos tienes? —preguntó Tom Burton.

—Solo uno. Harry.

—Quizás lo hayas visto por la casa —añadió Jack.

—Sí, claro. El niño rubio —dijo Tom—. ¿Cuántos años tiene?

La habían pillado. Le había mentido a Jack, pero Harry había celebrado su cumpleaños y Rebecca sabía su edad.

—Tiene diez, ¿no? —intervino Arabella—. Recuerdo que nació cuando yo cumplí veintiún años, y eso fue en mayo del… Claro que tú no estuviste en la fiesta —le dijo a Esme, y miró a los demás—. A la pobre Midge la enviaron fuera para preservar el honor de la familia. Fue inútil puesto que ella decidió tener al bebé y vivir pobremente en un apartamento de barrio. Nuestra madre estaba horrorizada.

Esme miró boquiabierta a su hermana por su indiscreción. Luego miró a Jack. Confiaba en que no hiciera cálculos. Pero Jack la miró intensamente y le preguntó:

—¿Quién era el padre?

—¡Jack! —exclamó Rebecca indignada por la pregunta, y se hizo un silencio en la mesa.

—Un estudiante italiano, según dice Esme —aclaró Arabella—, pero tengo mis dudas. ¿Qué dices, Midge? ¿No quieres contárnoslo?

—Creo que ya estás contando bastante por las dos —contestó Esme.

—Bravo —susurró Rebecca.

—¿Y por qué tanto misterio? —preguntó Jack.

—No es ningún misterio —respondió Esme.

—Entonces, ¿quién es él? —preguntó mirándola a los ojos.

En ese momento Esme estaba casi segura de que él sabía la respuesta y no le importaba que el resto del mundo lo supiera.

—Nadie. Al menos nadie importante. Así que ahora, si Arabella y tú habéis terminado de humillarme…

Al terminar la frase, agarró el bolso y se fue. No vio que Jack se

levantaba para seguirla. No echó a correr hasta que al llegar a la recepción del hotel oyó que la llamaban. No logró huir. Jack la alcanzó y la agarró del brazo.

—¿Dónde crees que vas?

—A casa, por supuesto —soltó ella y, al ver un taxi, gritó—: ¡Taxi!

—¡Olvídalo! —tiró de ella hacia el lateral del edificio.

—¿Y tú dónde crees que vas ? —preguntó ella en el aparcamiento.

—A mi coche. Eres mi invitada y te llevaré a casa.

—Antes preferiría ir a pie —contestó ella—. ¿Qué pasa con tus otros invitados?

—Rebecca los llevará —contestó él empujándola hasta la puerta del copiloto—. Entra, a menos que quieras que aumente tu supuesta humillación aireando nuestros asuntos en público.

La expresión de Jack mostraba que iba en serio. La había acorralado y Esme no tuvo más remedio que subir al coche. Él cerró la puerta de ella con llave antes de entrar también.

—¿En serio creías que iba a permitir que huyeras de la verdad? —Esme no se molestó en contestar. Él condujo en silencio y a toda velocidad hasta Highfield, deteniéndose en la casita.

Por un momento Esme confió en que la dejaría allí y se marcharía, pero cuando se dispuso a abrir la puerta él la retuvo.

—Es mío, ¿verdad? —preguntó.

Esme respiró hondo y admitió:

—Sí, Harry es tu hijo.

Era lo que él sospechaba pero aun así estaba desconcertado. La soltó y agarró el volante con fuerza.

Esme esperaba que él lo discutiera. Después de todo, ella le había dicho que había estado con otros chicos al mismo tiempo.

Pero no. Solo hubo un largo silencio, seguido de un «maldita sea».

No era una expresión de alegría y Esme optó por marcharse.

Salió corriendo, buscó la llave y, cuando estaba a punto de entrar, él la alcanzó.

—¡No! ¡No entres! ¿Crees que puedes decirme algo así y luego

marcharte?

—¿Qué más te puedo decir?

—Muchas cosas —contestó y, después de empujarla al interior de la casa, cerró la puerta.

Alarmada por su enfado, Esme entró en el salón alejándose de él.

—No me mires así. No voy a hacerte daño —físico, quería decir. Sin duda ya se lo había hecho de otras maneras—. Solo quiero saber ¿por qué diablos no me lo dijiste?

—¿Delante de tus invitados?

Él se puso aún más serio y dijo:

—Cuando te quedaste embarazada.

—¿Y cómo querías que lo hiciera? ¿Que tomara un avión a Estados Unidos y te buscara?

—Te mandé una carta diciéndote que me escribieras si tenías problemas.

—¡No recibí ninguna carta! —insistió ella, aunque comenzaba a creer en su existencia—. Seguramente ya había regresado al colegio.

—Tu madre. Ella debió interceptarla.

Pero Esme estaba segura de que su madre no había relacionado su embarazo con Jack.

—¿Por qué iba a hacerlo? Ella no sabía lo nuestro.

—Quizás creía que yo iba detrás de otra de sus preciosas hijas.

—Es posible.

—¿Y si la hubieras recibido? ¿Me habrías contestado? ¿Me habrías dicho lo del bebé?

—No estoy segura —contestó Esme—. Pasó un tiempo antes de que me diera cuenta y después mi madre lo arregló todo para dar al bebé en adopción.

—Pero no lo hiciste —dijo él, y miró por la ventana—. Es difícil de aceptar. Que Harry sea mío… nuestro.

Meses atrás Esme habría dicho «es mío, solo mío», pero ya no estaba convencida. Se preguntaba si a él le agradaba o le horrorizaba la idea de tener un hijo, y qué pasaría en adelante.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando regresé? Todo este tiempo y tú sin decir nada…

—No sabía cómo ibas a reaccionar. No parecía que quisieras ser padre.

—¿Cómo vas a saber tú lo que yo quiero? ¿Me lo has preguntado?

—No entiendo por qué estás tan enfadado. Estaba intentando hacer lo que me parecía mejor para Harry.

—¡Qué diablos! Si así fuera, habrías aceptado mi ofrecimiento de pagarle el colegio. Podrías haber aceptado el dinero pensando que yo hacía lo que cualquier padre haría y, aun así, guardar tu maldito secreto.

—Dejé que viniera a visitarte —dijo Esme como defensa.

—¿Y te tengo que estar agradecido por eso? —Además —le dijo despreciativo—, ibas a mudarte para que yo no pudiera estar cerca de él, de mi propio hijo.

—¡No era por eso!

—Entonces, ¿por qué? Ella guardó silencio. No podía expresar sus sentimientos—. ¡Diablos! Vosotras las chicas Hamilton sois un número —murmuró entre dientes.

—¡No me compares con Arabella! Yo no fui quien te fastidió, empezando por romperte el corazón.

—¿Romperme qué? —la miró intrigado—. ¿De veras piensas eso?

—Bueno, pues hirió tu orgullo, si lo prefieres.

—Eso es más acertado, aunque quizás sea hora de que oigas toda la verdad.

—No estoy segura de que quiera oírla —Esme ya estaba suficientemente celosa—. Creo que debes irte —dijo imperativa, y se dirigió hacia la puerta. Él la siguió y ella pensó que se marchaba. Cuando ella abrió la puerta, él se la cerró y la acorraló en un rincón.

—Pues lo vas a oír aunque no quieras —le gruñó—. Yo no me acosté con tu hermana ese verano, aunque tuve muchísimas oportunidades.

—No voy a escucharte… —dijo gritando para acallarlo, pero él continuó implacable.

—Yo sabía que su interés por mí no era verdadero. Solo estaba aburrida y yo andaba por ahí. Quizás me habría sentido tentado si ella no se hubiera acostado con medio vecindario. Pero no me acosté.

Esme quería creerlo, pero le parecía imposible que un hombre rechazara a su bella hermana.

—¡Debes pensar que soy idiota! —espetó ella—. Arabella podía conseguir a todo aquel de quien se encaprichara.

—Eso era también lo que ella creía —dijo él riendo con dureza —. Y por eso se ofendió por mi rechazo. Se quejó a tu madre y tu madre me despidió.

—¿Quieres decir… —Esme no lo podía creer—, que mi madre te echó porque no querías acostarte con mi hermana?

—¡No exactamente! —dijo riendo—. Tu madre no es tan perversa. Supongo que la versión que oyó es que yo acosaba a Arabella para que se acostara conmigo. Es obvio que no tenía ni idea de cómo era tu hermana. Pero tú sí. Incluso trataste de avisarme —le recordó.

—Y tú pensaste que era divertido.

—Lo era, teniendo en cuenta que tenía que usar un palo para alejarla de mí… —¿sería cierto lo que decía?—. ¿Por qué te cuesta tanto creerme? —se lamentó él—. Solo una de las hermanas Hamilton me había llamado la atención, ¡y no era Arabella!

—No sigas. Ambos sabemos que lo de aquella noche fue casualidad.

—¡Esme! —estaba exasperado—. ¿Por qué tienes tan mal concepto de ti misma? Siempre me gustaste. Más que gustarme. La noche que hicimos el amor me pareció que era lo que debía ser, aunque yo no debí hacerlo porque tú eras solo una chiquilla y yo mucho mayor. Y, además, no tenías experiencia, ¿verdad?

Esme lo miró sorprendida.

—No, no la tenía.

—Yo en el fondo lo sabía, pero dijiste que ya te habías acostado con otros y eso ayudó para acallar mi conciencia. Si puede servirte de consuelo, siempre he sentido vergüenza de cómo te traté esa noche.

—No sirve —ella pensó que podía guardarse sus remordimientos.

—De acuerdo. No puedo cambiar el pasado. Pero, al menos, créeme en lo que se refiere a Arabella —Esme permanecía callada. Querer creerlo no lo convertía en realidad—. No puedes creer que yo te prefiriera a ti, ¿verdad? —dio un suspiro de impaciencia—. De acuerdo, te lo demostraré. ¿Dónde está tu dormitorio?

—¿Mi qué?

—Tu dormitorio… En el piso de abajo, ¿no? —señaló hacia el pasillo.

—Yo… ¿Qué estás haciendo? —él la estaba llevando hacia el dormitorio.

—Lo que te dije —abrió la puerta y la empujó adentro—. Puesto que no me quieres escuchar, te mostraré lo mucho que me importas… ¿Dejo las luces encendidas o apagadas?

—Yo… Tú… —balbuceaba Esme.

—Apagadas para empezar, creo —decidió él, y ya a oscuras, se inclinó hacia ella para besarla en la boca.

—No podemos hacerlo… —protestó Esme.

—¿Por qué no?

—Porque… porque… —ella trataba de aclarar sus pensamientos mientras él le quitaba las horquillas del pelo—. Porque pronto estará de regreso Arabella.

—¿Y qué? —le rodeó la cara con las manos.

—No puedo hacerlo —era una súplica.

—Sí puedes —los labios de Jack acariciaron los de Esme hasta que ella comenzó a responder—. ¿Ves? Es fácil.

—¿No me odias por lo de Harry?

—¿Odiarte? —preguntó él incrédulo—. Me has dado un hijo maravilloso.

El resentimiento de Esme se suavizaba, y cuando él le preguntó en un susurro «¿Por qué no hacemos otro?», ya estaba perdida.

La condujo hasta la cama y ella lo siguió sin resistirse. La hizo sentar en el borde y ella esperó estremeciéndose.

Jack se quitó la chaqueta y se desabrochó la camisa. Sus manos temblaban. Había imaginado esa escena muchas veces durante los últimos meses. Él, tendido junto a ella, desnudos los dos. Nunca había deseado a nadie como la deseaba a ella. Y era algo más que un deseo sexual. Mucho más.

Se sentó a su lado y le tomó la mano. Ella se sobresaltó. ¿Volvería a rechazarlo como antes? Necesitaba verle la cara y encendió la luz.

La agarró por la barbilla para que volviera la cara. En la

penumbra, todo eran ojos y pómulos. ¡Qué preciosa era!

Esme, nerviosa, se humedecía los labios. Él le dibujó la boca con un dedo. Era como un beso y la dejó húmeda y lista para la suya.

Con ternura al principio, solo un aliento. Los labios cálidos y duros. Y los de ella, entreabiertos, dejando que él la saboreara y saboreándolo a él.

Respiración acelerada. Una mano levantando la de ella y poniéndola bajo la camisa, sobre la piel. El tacto húmedo del vello. La mano deslizándose hasta la cintura y ayudándolo a quitarse la camisa.

Entonces él la rodeó con sus brazos y atrajo su cuerpo contra el suyo. Mientras tanto la besaba y le robaba el aliento y la razón. Ella no notó cuando él le bajó la cremallera del vestido y la recostó sobre la cama.

No intentó detenerlo. No habría podido. Deseaba sentir sus dedos a través de la seda, y cómo le bajaba los tirantes y derramaba sus senos, rodeándolos y frotándole el pezón hasta que estuviera erecto. Deseaba que la boca de él dejara la suya y se concentrara en succionar el pezón hasta hacerla gemir.

Él terminó de quitarle el vestido para poder rozar su vientre y deslizar la mano entre la piel y la seda y alcanzar su interior con un dedo. La acarició despacio y con firmeza, dándole placer, tanto placer que gemía y sus piernas flojearon invitándolo.

Jack notaba que perdía el control. La quería desnuda y le arrancó el resto de la ropa, recorriendo su cuerpo mientras se desvestía también.

Esme perdió el aliento y su corazón se aceleró al verlo erecto y duro de deseo. Se tendió junto a ella, boca contra boca, piel contra piel, su carne apremiando hasta que entró dentro de ella.

La llenaba por completo, y Esme se estremeció, lista para el siguiente movimiento. Gimió fuerte y le rodeó la cintura con las piernas. Lo deseaba, lo necesitaba y él correspondía con su cuerpo, implacable hasta que alcanzaron el orgasmo juntos, gritando sus nombres.

Luego, se quedaron abrazados, los cuerpos sudorosos, los corazones palpitantes. No hablaron. No hacían falta palabras. Él comenzó a besarla y acariciarla de nuevo hasta que ella lo deseó una vez más.

Saciada, completa, Esme se preguntaba cómo podría aprender a vivir otra vez sin él.

Capítulo 10

Estaban llamando al timbre.

—No hagas caso —murmuró Jack, acariciándola.

Pero Esme no podía ignorarlo. También estaban golpeando la puerta. Debía de ser Arabella y no podía dejarla en la puerta.

—Tengo que abrir —insistió, y él la soltó. Se quedó mirándola mientras iba desnuda, entre tímida y excitada, a ponerse una bata.

—No saldrás de aquí, ¿verdad? —no quería que su hermana se enterara.

Él sonrió y ella cerró la puerta.

Enfadada, Arabella la llamaba a gritos y aporreaba la puerta.

—Abre, Esme. Sé que estás ahí —Esme le abrió y Arabella entró —. ¡Típico de ti! Tú siempre te escondías en la cama cuando algo te disgustaba… Supongo que Jack se ha ido.

—Sí —mintió Esme—, claro.

Arabella aceptó la respuesta pero dijo:

—Me pregunto por qué dejó el coche.

—No arrancaba —balbuceó Esme—. Después de que paró para dejarme aquí.

—Supongo que te soltó y salió pitando —continuó Arabella marchando hacia la sala—. Mientras tanto yo me tuve que quedar con esa mujer. Rebecca insistió en que nos quedáramos una hora más, y luego se perdió camino a casa. ¡Increíble! ¡Las mujeres estadounidenses pueden ser tan estúpidas!

«No tanto como algunas británicas», decidió Esme pensando que Rebecca les había estado dando tiempo a Jack y a ella. Se sonrojó al recordar cómo lo habían empleado.

Arabella lo notó y comentó:

—En cuanto a ti, sí que puedes estar avergonzada. No fue teatro de aficionados… Quizás debería ir a la casa grande y disculparme por tu comportamiento.

Esme casi no podía contener la risa, pero contestó en tono seco:

—Sí, ¿por qué no vas?

Arabella se quedó confundida por su actitud y ya se iba a marchar cuando oyeron que una puerta se abría.

Ambas se volvieron a la vez y vieron a Jack que entraba completamente vestido. Pero la camisa desabrochada y el atuendo de Esme los delataban.

—¡Bueno! ¡Bueno! —el tono de Arabella era estridente—. Así que no estabas escondiéndote en tu dormitorio sola…

—No estábamos escondiéndonos —dijo Jack con frialdad—. Estábamos haciendo el amor.

Esme se sonrojó ante tanta franqueza y Arabella se quedó anonadada.

Pero se recobró de inmediato y respondió:

—¿No es una forma muy grandilocuente de describir un revolcón por lástima? ¿Qué hiciste? —inquirió a su hermana—. ¿Representar la función: Pobre pequeña Esme. Sintamos lástima de ella? ¿No pensarás que va en serio contigo?

Esme no tenía ni idea de lo que Jack sentía, pero se dio cuenta de que Arabella hablaba así por celos. Jack se acercó a ella y la rodeó con un brazo.

—En realidad, estoy loco por ella y siempre lo he estado.

Miró a Esme de tal forma que ella casi lo creyó.

Arabella lo puso en duda.

—Nunca la miraste dos veces cuando éramos jóvenes.

—¿Ah, no? —miró a Esme—. Entonces, ¿cómo te explicas a Harry?

—¿Harry?

—Mi hijo.

Estaba claro que Arabella nunca había sospechado la verdad. Miró a su hermana sorprendida.

Envalentonada por la actitud de Jack, Esme confirmó:

—Harry es hijo de Jack.

—¡Eso sí que es bueno! —Arabella recriminó a Jack—. Todo ese verano fingiendo que estabas por encima de las relaciones promiscuas y estabas acostándote con mi hermana pequeña.

Esme se avergonzó por la crudeza de su hermana, aunque confirmaba que Jack nunca se había acostado con Arabella.

—Tuviste tu venganza —dijo Jack mirando con desprecio a Arabella—. Lástima que esta vez no puedas hacer que me echen de la

finca.

—Supongo que vas a devolverme el favor.

—Es tentador —admitió él—. Pero, en aras de nuestras futuras relaciones como cuñados, prefiero una tregua.

—¿Cuñados? —exclamó Arabella—. ¿No irás a casarte con ella? ¡No te creo!

Esme tampoco se lo creía, teniendo en cuenta que no se lo había pedido. Solo serían palabras para desconcertar a Arabella.

—Está bromeando —dijo Esme—. Estoy cansada, así que perdonadme…

Se fue a su habitación y cerró la puerta para no oírlos. Vio la cama deshecha y recordó. Estaba tan viva que no se arrepentía de nada. Era como si él fuera el príncipe que la había despertado. Estaba completamente segura, Jack Doyle era el único para ella. Lástima que él no sintiera lo mismo aunque se lo dijera a Arabella.

Cuando él entró en la habitación estaba acurrucada en una silla.

—Tu hermana se ha ido a la cama.

—Bien.

—¿Tienes una maleta de fin de semana?

—Sí, ¿por qué? —dijo ella mirando hacia el armario.

Él la bajó y la abrió sobre la cama.

—Creo que deberías mudarte a la casa grande —declaró él, y Esme se preguntó «¿temporalmente?»—. Arabella tiene un efecto demoledor sobre ti y no quiero que derrame veneno en tu oído cuando se vaya por la mañana.

«Entonces es temporalmente», pensó ella.

—No sé…

—Bueno… mientras lo piensas te haré la maleta —buscó en los cajones y puso ropa interior y sacó varios conjuntos del armario.

«Entonces, es para más de una noche…».

—No me gustaría que Harry me encontrara en la casa y se hiciera una idea equivocada.

Él cerró la maleta.

—¿Y cuál sería esa idea equivocada? —preguntó él divertido. Ella no lo sabía tampoco—. ¿Quieres que salga al pasillo mientras te

vistes? —preguntó.

Eso sí que era divertido. Ofrecerle cuidar de su pudor, cuando habían compartido tanta intimidad.

—No —dijo con una mueca, mientras se ponía ropa interior y vaqueros antes de quitarse el camisón.

—La mujer de mis sueños —comentó él—. Una que puede vestirse en solo un minuto.

Ella sonrió para disimular lo mucho que deseaba que fuera en verdad la mujer de sus sueños y no la chica de al lado.

¿Cómo lo había llamado Arabella? Un revolcón por lástima. ¿Había sido eso?

—Vamos —Jack quería salir de allí antes de que ella cambiara de opinión.

Había luz en los antiguos establos, pero el dormitorio de los chicos estaba apagado.

—En cuanto a Harry…

—Hablaremos dentro —aseguró él acompañándola hasta su antigua habitación—. Pensé que preferirías esta y que te sentirías más cómoda.

—Oh, sí —al parecer había llegado a conclusiones equivocadas.

Él puso la bolsa sobre la cama.

—Hay que darle tiempo a Harry para que se acostumbre…

—¿Que se acostumbre a qué?

—A ti y a mí —se volvió hacia Esme y ella lo miró intrigada. ¿Qué tenía en mente?—. A que nos vamos a casar —aclaró él. Ella lo miró y se rio—. Si tú aceptas, claro.

El corazón de Esme dio un vuelco.

—¿Es una proposición? —quería asegurarse.

Él asintió.

—No tengo una alianza, pero si quieres que me arrodille…

—No, gracias —la situación era surrealista.

—¿Quieres decir, «No, gracias» al matrimonio o a que me arrodille?

—Decían que la caballerosidad había desaparecido…

—¿Qué?

—Por eso quieres casarte conmigo, ¿verdad? Para convertirme en una mujer honrada y darle a Harry tú nombre.

Jack se rio. Era una idea tan absurda…

La abrazó y le dio un dulce beso en los labios antes de decirle:

—¿Y no podría ser porque te adoro? ¿Porque quiero dormirme todas las noches abrazado a ti? —la miraba fijamente—. En cuanto a Harry, no necesita nada mío para que sea un chico estupendo. Es a ti a quien quiero darle mi nombre, Esme. Es a ti a quien quiero tener y abrazar. Debes saberlo.

—¿Esme Doyle?

—¿Quieres decir…? —preguntó anhelante y ella asintió—. ¿Te casarás conmigo? —ella volvió a asentir—. Entonces dilo.

Pero Esme escogió algo más importante que decir.

—Te amo. Te amo tanto que me duele el corazón. ¿Es eso lo que querías oír?

—Desde hace meses —confirmó Jack—. Solo que tú parecías preferir que sufriera un infierno.

—Solo tenía miedo —admitió ella—. Pensaba… Bueno, ya no importa.

—Nunca quise causarte dolor, y te compensaré aunque haga falta una vida entera.

Era una promesa muy tierna y Esme correspondió entregándole el corazón para que latiera a su cuidado y diciéndole:

—Solo quiero que me ames. Que me ames para siempre.

—Para siempre y un día más —juró él tomándole la mano.

Fin